

DEL TEMPLO DE SALOMÓN LIBRO. (C)

CARTA AL MISMO ACCA, SOBRE EL TEMPLO DE SALOMÓN.

Nos exhorta el vaso de elección y maestro de las naciones a la lectura de las palabras divinas, testificando con voz veraz que todo lo que ha sido escrito, ha sido escrito para nuestra enseñanza, para que por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Rom. XV). Donde declara excelentemente que para obtener la esperanza de los bienes celestiales, debemos tener paciencia y buscar la consolación de las Escrituras. Paciencia, es decir, para que lo adverso que nos ocurra, lo toleremos con mente humilde y sumisa, como si fueran azotes infligidos por un juez justo y un padre piadoso; ya sea para la gloria de las virtudes y el aumento de los méritos, si somos justos e inocentes; o para la corrección de los hábitos, si estamos implicados en vicios. La consolación de las Escrituras, para que con su frecuente meditación recordemos cuánto aquellos sumos padres y brillantes luces de la Iglesia soportaron a menudo en la vida presente la oscura aflicción, cuánto en la vida futura de gloria con el Señor recibieron merecidamente por su piedad y paciencia, y cuánto también en esta vida dejaron entre todos los fieles de inextinguible alabanza y claridad, diciendo la Escritura (Prov. X): La memoria del justo con alabanzas, y de nuevo (Ecli. XLIV): Los cuerpos de los santos están sepultados en paz; y sus nombres vivirán por generaciones y generaciones. Y el apóstol Santiago (Sant. V): He aquí, bienaventuramos, dice, a los que sufrieron. Habéis oído la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor. No en vano añadió a las presiones de los justos recordadas: Y habéis visto el fin del Señor; porque ni siquiera Él salió de aquí sin azote, quien aquí vivió sin pecado; y quien apareció en el mundo para sanar a los enfermos y resucitar a los muertos, Él mismo, para mostrarnos un ejemplo de paciencia, quiso regresar del mundo a través de la debilidad de la muerte. De donde el Salmista, cuando dijo (Salmo LXVII): Nuestro Dios es un Dios de salvación; inmediatamente añadió admirando o más bien asombrándose: Y del Señor Dios son las salidas de la muerte. Así que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza, también nosotros de ser consolados después de nuestras aflicciones y presiones, cuando también nosotros hayamos sido pacientes en la tribulación, y hayamos recordado las acciones de aquellos que nos precedieron en mérito de justicia y soportaron pruebas de adversidad mucho mayores que las nuestras. Porque ellos, debido a la justicia en la que sobresalían excelentemente, a menudo sufrían persecuciones de los injustos, para que con la obra de la justicia recibieran además la corona de paciencia insuperable, y además dejaran sus gloriosas huellas de perseverancia para todos los que los siguieran. Nosotros, sin embargo, a menudo somos castigados por la misericordia y previsión de nuestro Creador por nuestros errores, para que, volviendo a nuestra conciencia con saludable compunción, castigemos diligentemente con lágrimas lo que admitimos por engañosas seducciones y negligencias; y así, corregidos con la ayuda del Señor, merezcamos pertenecer a la esperanza de vida, al consorcio de aquellos que, siendo inocentes, fueron afligidos. Porque también encontramos en la consolación de las Escrituras que el Señor bendijo a todos los que le temen, pequeños con grandes (Salmo CXIII), y nos declaró que hay muchas moradas en la casa de su Padre. Con cuya consolación ahora, y a ti, amadísimo de los obispos, no dudo que alivies diariamente las angustias presentes de las cosas temporales, y que te animes sublimemente a ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Juan XIV), trascendiendo los males de los hombres que reinan en la tierra de los moribundos, como alguien abundante no solo en las páginas de las letras divinas, sino también en sus piadosas exposiciones, que la venerable Escritura de los padres nos dejó. Pero porque las cosas nuevas a veces deleitan más, me ha parecido bien enviar a tu santidad un pequeño trabajo que recientemente había compuesto alegóricamente sobre la construcción del templo de Dios, siguiendo las huellas de grandes tratadistas, para que lo recorras. Cuanto más atento

estés a su lectura, y más sacramentos de Cristo y de la Iglesia encuentres en las antiguas páginas, y más dones de Dios, ya dados en el presente o prometidos en el futuro, percibas allí, tanto más creo que juzgarás más leves y menos dignos de cuidado los adversos y prósperos de todas las cosas pasajeras; según el ejemplo del bienaventurado Juan, quien, relegado por un emperador impío a las estrecheces de una pequeñísima isla, fue inmediatamente introducido por el piadoso Creador, en espíritu, a contemplar aquellos infinitos arcanos de las moradas celestiales; y donde se pensó que estaba privado de la ayuda y compañía de amigos humanos por los engañados enemigos, allí mereció disfrutar de la visión y conversación de los amigos ángeles. De quienes instruido, aprendió más y más a despreciar las seducciones del siglo y sus amargas, cuanto más sublimemente contemplaba aquellas cosas que, por su grandeza y eternidad, se sabe que son mucho más dignas de ser temidas o amadas. Que siempre estés bien, amadísimo, e intercede por nosotros.

COMIENZA EL LIBRO.

CAPÍTULO PRIMERO. Que la edificación del tabernáculo y del templo designa una y la misma Iglesia de Cristo.

La casa de Dios que edificó el rey Salomón en Jerusalén, fue hecha en figura de la santa Iglesia universal, que desde el primer elegido hasta el último, que nacerá al final del mundo, se edifica diariamente por la gracia del rey pacífico, es decir, de su Redentor. La cual en parte aún peregrina de Él en la tierra, en parte, habiendo escapado de las penalidades de la peregrinación, ya reina con Él en los cielos, donde, una vez realizado el juicio final, toda reinará con Él. A esta casa pertenecen los ángeles elegidos, cuya semejanza se nos promete en la vida futura, diciendo el Señor: Pero aquellos que sean tenidos por dignos de aquel siglo, y de la resurrección de los muertos, ni se casan ni se dan en matrimonio, porque ya no pueden morir. Pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección (Mat. XIX). A esta pertenece el mismo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, atestiguando Él mismo cuando dice: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II). Lo cual, explicando el evangelista, añadió: Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Dice además el Apóstol de nosotros: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (II Cor. VI). Si, por tanto, Él fue hecho templo de Dios por la humanidad asumida, y nosotros somos hechos templo de Dios por el Espíritu que habita en nosotros, es evidente que el templo material sostuvo la figura de todos nosotros y de Él mismo, es decir, del Señor y de sus miembros que somos nosotros. Pero de Él, como piedra angular singularmente elegida y preciosa, fundada en el fundamento, y de nosotros como piedras vivas, sobreedificadas sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, es decir, sobre el mismo Señor (Efes. II). Lo cual se hará más claro al considerar el orden mismo del templo edificado, para que en algunas cosas la figura se refiera al mismo Señor, en otras a todos los elegidos, en algunas describa la felicidad inmaculada de los ángeles en los cielos, en otras la invicta paciencia de los hombres en la tierra, en algunas los auxilios dados a los hombres por los ángeles, en otras las luchas de los hombres recompensadas con los ángeles. Designa la misma casa del Señor espiritual, también el tabernáculo que una vez fue hecho en el desierto por Moisés (Éxodo XXV). Pero porque aquella casa estaba en el camino hacia la tierra de la promesa, y esta se edificaba en la misma tierra de la promesa y en la ciudad de Jerusalén; aquella para ser llevada de un lugar a otro frecuentemente por el ministerio de los levitas hasta ser introducida en la tierra de la herencia prometida, esta para ser construida inmediatamente en la misma patria y ciudad real, permaneciendo siempre en un fundamento inviolable hasta que cumpliera el don de las figuras celestiales que le fue dado; puede en aquella figurarse el trabajo y exilio de la Iglesia presente, y en esta la futura paz y bienaventuranza. O ciertamente porque aquella fue hecha solo por los hijos de Israel, y esta

por prosélitos y también por gentiles, pueden en aquella expresarse figurativamente principalmente los padres del antiguo testamento y aquel antiguo pueblo de Dios, y en esta la Iglesia congregada de las naciones. Aunque el edificio de ambas casas, discutido más detalladamente en sentido espiritual, se muestra que insinúa de múltiples maneras tanto los trabajos diarios de la Iglesia presente como las recompensas eternas en el futuro, y las alegrías del reino celestial, y la elección de la primera Iglesia de Israel, y la salvación de todas las naciones en Cristo. Por lo tanto, al tratar, con la ayuda del Señor, sobre la edificación del templo, y al buscar en la estructura material la morada espiritual de Dios, parece oportuno que primero digamos algo sobre sus obreros, quiénes y de dónde fueron, y también sobre la misma materia de la que fue hecho. Pues el Apóstol testifica que también estas cosas están cargadas de sacramentos espirituales, quien dice: Todo les acontecía en figura, y está escrito para nosotros (I Cor. X).

CAPÍTULO II. Cómo Hiram el rey ayudó a Salomón en la obra.

La historia de los Reyes narra que Salomón, al querer edificar una casa al Señor, buscó ayuda de Hiram, rey de Tiro, quien fue amigo de David en todo tiempo, y con el mismo Salomón, después de que obtuvo el reino, ya había comenzado a tener paz; y encontró en él un ánimo pronto para ayudarlo en todo, de modo que le dio artesanos y madera, y oro, según lo necesitaba. Por cuya gracia del beneficio, Salomón le daba cada año muchos coros de trigo y aceite, como alimento para su casa (III Reyes V). No hay duda de que Salomón, que se interpreta como pacífico, tanto por su nombre como por el estado serenísimo de su reino, significa a aquel de quien dice Isaías: Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin (Isa. IX). Hiram, que en latín se dice viviente excelso, expresa figurativamente a los creyentes de entre los gentiles, gloriosos en vida y fe. Y nada impide que Hiram, porque era rey y ayudaba a Salomón con poder real en la edificación de la casa del Señor, tipifique a los mismos señores de las cosas convertidos a la fe, por cuya ayuda se sabe que la Iglesia ha sido a menudo asistida, noblemente aumentada, y erigida contra herejes, cismáticos y paganos con decretos principales. Salomón, por tanto, pide ayuda a Hiram en la obra del templo, porque cuando el Señor, viniendo en carne, dispuso edificar su amada casa, es decir, la Iglesia, eligió ayudantes de la obra no solo de los judíos, sino también de los gentiles. Pues de ambos pueblos tomó ministros de la palabra. Hiram envió a Salomón madera de cedro y abeto cortada del Líbano, para que se pusiera en la casa del Señor, porque la gentilidad convertida envió al Señor hombres que antes eran ilustres en el mundo, pero ya derribados y humillados del monte de su soberbia por el hacha de la repreensión del Señor, quienes, instruidos según la norma de la verdad evangélica, son colocados en el edificio de la Iglesia según su mérito o tiempo. También envió artesanos, porque la gentilidad ofreció al Señor filósofos convertidos a la verdadera sabiduría, quienes, por la gracia de la erudición, también fueron justamente puestos al frente de los pueblos para gobernarlos. Como Dionisio Areopagita en los tiempos de los apóstoles, como después el dulce doctor y fortísimo mártir Cipriano, y muchos otros. También envió oro, que se toma en el mismo sentido, porque muestra a hombres ilustres en sabiduría. Por todas estas ofrendas, la gentilidad espera del Señor los dones de la gracia celestial, a saber, el trigo de la palabra de Dios, y el aceite de la caridad y la unción, y la iluminación del Espíritu Santo. Conviene además adecuadamente a las cosas de la Iglesia lo que Salomón, solicitando ayuda en la obra santa, dice a Hiram: Manda, pues, que corten para mí cedros del Líbano, y que mis siervos estén con tus siervos. Los siervos de Hiram, que cortaban cedros para Salomón, son los doctores elegidos de entre los gentiles, cuyo oficio es corregir y abatir a aquellos que se alegraban en este mundo con cosas y gloria, y transferir sus votos al servicio de su Redentor. Con los cuales siervos estaban también los siervos de Salomón, y juntos se dedicaban a la mencionada obra; porque los primeros doctores de entre

los gentiles necesitaban ser instruidos en la palabra de fe por la enseñanza de los mismos apóstoles, quienes habían aprendido del Señor, para que no comenzaran a enseñar sin maestros y se convirtieran en maestros del error. Por eso Salomón quiso que los siervos de Hiram le cortaran madera del Líbano, porque eran más hábiles que sus siervos para cortar. Y por eso quiso que sus siervos estuvieran presentes, para mostrar a los que cortaban de qué medida debían ser las maderas. La figura de esto está a la vista, porque los apóstoles conocían más ciertamente la palabra del evangelio, que merecieron escuchar del Señor, para predicarla a otros; pero los gentiles convertidos del error y transformados a la verdad del Evangelio, conocían mejor los errores de los gentiles, y cuanto más ciertamente los conocían, tanto más hábilmente aprendieron a refutarlos y anularlos. Pablo ciertamente conocía mejor el sacramento del Evangelio, que había aprendido por revelación, pero Dionisio podía refutar mejor los falsos dogmas de Atenas, cuyos errores y todos sus argumentos conocía desde niño. A este sentido conviene adecuadamente lo que sigue: Sabes que no hay en mi pueblo hombre que sepa cortar madera como los sidonios. No había en el pueblo de los judíos, donde el Señor enseñaba corporalmente presente, ninguno de ellos que supiera refutar tan doctamente los errores de los gentiles, como los mismos gentiles convertidos a la fe, y hechos cristianos de entre los gentiles. Pues los sidonios y los tirios, porque eran pueblos de gentiles, se toman con razón en figura de los gentiles.

CAPÍTULO III. Cuántos obreros tuvo Salomón en la obra del templo.

Cuántos siervos envió nuestro Salomón para esta obra, se designa en los siguientes términos místicos cuando se dice: Salomón eligió trabajadores de todo Israel, y la cuota era de treinta mil hombres, enviándolos al Líbano diez mil por mes, de manera que durante dos meses estuvieran en sus casas. Aquí, en primer lugar, se debe notar que no fue en vano que Salomón eligiera trabajadores de todo Israel, ni había ninguna porción del pueblo de la que no se pudieran tomar hombres tan dignos, porque ahora no se trata de elegir de una sola estirpe del sacerdote Aarón, sino de buscar en toda la Iglesia a quienes sean suficientes para edificar la casa del Señor, ya sea con su ejemplo o con su palabra, y dondequiera que se encuentren, deben ser promovidos al oficio de doctores sin acepción de personas. Y cuando son ordenados para instruir a los infieles y llamados al colegio de la Iglesia, son nutridos como hombres valientes y elegidos para cortar materiales del templo en el Líbano. Y ciertamente, el número de treinta mil, en el que se contaban los cortadores de madera, puede referirse adecuadamente a la figura de aquellos que son perfectos en la fe de la Trinidad, lo cual es muy apropiado para los doctores. Pero dado que los treinta mil estaban organizados de tal manera que diez mil se dedicaban a la obra santa cada mes, debemos considerar más el sacramento del número diez. Diez mil hombres de Israel son enviados a cortar madera para la obra del Señor; porque cualquiera que sea ordenado como doctor y educador de los ignorantes, debe observar los diez mandamientos de la ley en todo, y también debe mostrar a sus oyentes que deben observarlos, y debe esperar las recompensas futuras en los cielos, que suelen ser figuradas por el denario, y siempre debe comunicar a sus oyentes que deben esperarlas. Además, los tres meses, cuya distancia se imponía a cada cortador, anuncian típicamente la perfección de las tres virtudes del Evangelio, a saber, la limosna, la oración y el ayuno. Porque cuando el Señor dijo en el Evangelio: Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos (Mat. VI); en la prosecución de esa sentencia, no hizo mención de otra cosa que de la limosna, la oración y el ayuno, que no deben hacerse para la ostentación de los hombres, sino para la sola gloria del inspector interno, de lo contrario quedarían vacías del fruto de la eternidad. Con estas palabras enseñó claramente que todos los frutos de las virtudes se insinúan en estos tres, como ramas que brotan de una sola raíz de caridad. Porque por la limosna se comprenden todas las cosas que hacemos

benevolentemente para cumplir con el amor al prójimo. Por la oración, todo aquello por lo que nos unimos a nuestro Creador a través de la compunción interna. Por el ayuno, todo aquello por lo que nos guardamos de la contaminación de los vicios y las tentaciones del mundo, para que con mente libre y cuerpo casto, podamos adherirnos siempre al amor de nuestro Creador y del prójimo. Y estos son los tres meses de los trabajadores del templo. Porque como el mes se completa con la plenitud de los días del ciclo lunar, por él se muestra la plenitud de cada virtud espiritual, en la que la mente de los fieles es iluminada diariamente por el Señor, como la luna por el sol. Un mes en el que se cortaba la madera para la obra del templo es la limosna, es decir, la obra de misericordia por la cual trabajamos para la salvación del prójimo, para que, progresando bien, lleguen a la unidad de la santa Iglesia, enseñando, corrigiendo, gastando bienes temporales y mostrando ejemplos de vida. Los otros dos meses restantes, en los que se les permitía permanecer en sus casas y atender sus necesidades, son la oración y el ayuno, por los cuales, además de lo que trabajamos externamente para la necesidad de los hermanos, nos ocupamos internamente de nuestra propia salvación, volviendo la mente al Señor. Y puesto que solo aquellos que humildemente se someten a la intuición de la gracia divina cuidan perfectamente de su propia salvación o de la de sus hermanos, sigue correctamente: Y Adoniram estaba sobre esta cuota. Adoniram, que en latín se dice Dominus meus excelsus, ¿a quién mejor que al mismo a quien imita en nombre, es decir, al Señor Salvador? Y ahora Adoniram es puesto sobre los trabajadores del templo, para que con su provisión se ordene debidamente cuándo deben salir a trabajar y cuándo deben regresar para cuidar de su casa; cuando el Señor y Salvador nuestro informa familiarmente las mentes de los santos predicadores con su iluminación para discernir cuándo es necesario comenzar la obra de edificar la Iglesia predicando, o realizando otras obras de piedad; y cuándo conviene volver a examinar su propia conciencia, como para inspeccionar su casa, y hacerla digna del visitante y inspector celestial con oraciones y ayunos. Así que Salomón tenía setenta mil de los que llevaban cargas, y ochenta mil canteros en el monte, sin contar los tres mil trescientos capataces que dirigían al pueblo y a los que hacían la obra. Llama canteros a los cortadores de piedra. Los mismos cortadores de piedra, que también los de madera, designan figurativamente a los santos predicadores, que ejercitan las mentes de los ignorantes con el trabajo de la palabra de Dios, y se esfuerzan por transformarlos de la vileza y deformidad en la que nacieron, y cuidarlos para que, instituidos regularmente, sean aptos para la unidad de los fieles, es decir, para la edificación. Pero el hecho de que tanto la madera como las piedras se corten en el monte, y que ambos materiales cortados y preparados se transfieran al monte de la casa del Señor, muestra claramente que todos los hombres nacemos en el monte de la soberbia, porque de la transgresión del primer hombre, que la soberbia causó, hemos tomado el origen de la carne. Pero cualquiera que sea preordenado por la gracia de Dios para la vida es cortado por la catequesis y la recepción de los sacramentos de la fe, y transferido del monte de la soberbia al monte de la casa del Señor, porque, rescatados del poder de las tinieblas, llegamos a la cima de las virtudes, que está en la unidad de la santa Iglesia. Sin embargo, se debe notar que los mismos trabajadores estaban distribuidos de tal manera que una parte cortaba piedras en el monte, y otra parte llevaba cargas. Porque diversos son los dones del Espíritu, y algunos tienen mayor constancia para hablar y reprender a los obstinados, otros son más suaves para consolar a los pusilánimes y levantar a los débiles, y algunos, dotados del don de ambas virtudes, se reúnen para la obra del Señor; tales como quiso que fueran aquellos a quienes el Apóstol habla diciendo: Reprended a los inquietos, consolad a los pusilánimes, sostened a los débiles, sed pacientes con todos. Pero los capataces que estaban sobre cada obra son los autores de la Sagrada Escritura, por cuyo magisterio somos instruidos en todo, cómo enseñar a los ignorantes, corregir a los despreciadores, cómo llevar nuestras obras mutuamente, para que cumplamos la ley de Cristo. Cuanto más trabaja uno en sostener las necesidades de los prójimos, o en corregir sus

errores, tanto más ciertas son las recompensas futuras que espera, ya sea de descanso de las almas después de la muerte, o de la bienaventurada inmortalidad de los cuerpos. Por lo tanto, correctamente se dice que los mencionados trabajadores eran setenta mil y ochenta mil. Setenta, a saber, por el sabbatismo de las almas; porque el séptimo día fue consagrado para el sábado, es decir, para el descanso. Ochenta, por la esperanza de la resurrección, que precedió en el Señor el octavo día, es decir, después del sábado, y que también se espera en nosotros el octavo día y en la octava edad. Pero los capataces eran tres mil trescientos (II Part. II), por la fe de la santa Trinidad, que las sagradas escrituras nos predicán. Pero el hecho de que en el libro de las Crónicas se mencionen tres mil seiscientos capataces en lugar de tres mil trescientos, se refiere a la misma perfección de los hombres sublimes. Porque como en el número seis el Señor completó la ornamentación del mundo, correctamente en él se suelen figurar las obras perfectas de los buenos; y porque la Sagrada Escritura, con la fe de la verdad, enseña que las obras de justicia deben ser tenidas, correctamente se dice que los capataces del templo eran tres mil seiscientos. Tampoco debe pasarse por alto que estos setenta y ochenta mil que llevaban cargas, y los canteros con sus capataces, no eran de Israel, sino de prosélitos, es decir, de extranjeros que habitaban entre ellos. Porque está escrito en el libro de las Crónicas: Salomón contó a todos los hombres prosélitos que estaban en la tierra de Israel, después del censo que su padre David había hecho, y se encontraron ciento cincuenta y tres mil seiscientos, e hizo de ellos setenta mil que llevaran cargas, etc. Los prosélitos eran llamados en griego aquellos que, nacidos de otras naciones, pasaban a la fe y al consorcio del pueblo de Dios tras recibir la circuncisión. Así que los trabajadores de la casa del Señor eran de los hijos de Israel, de los prosélitos, y de las naciones. De los hijos de Israel, a saber, treinta mil, que fueron enviados a cortar cedros del Líbano. De los prosélitos, estos de los que ahora hemos hablado, cortadores de piedra. De las naciones, Hiram mismo y sus siervos, que con los siervos de Salomón cortaban madera del Líbano. Así que toda clase de hombres, por la cual debía edificarse la iglesia, precedió en la edificación del templo. Porque los judíos, los prosélitos y los gentiles convertidos a la verdad del Evangelio, construyen una y la misma Iglesia de Cristo, ya sea viviendo rectamente o también enseñando.

CAPÍTULO IV. De qué tipo de piedra está hecho el templo.

Y el rey ordenó que se tomaran grandes piedras preciosas para el fundamento del templo, etc. El fundamento del templo no debe entenderse mística sino como lo que muestra el Apóstol diciendo: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo (I Cor. III). Quien por eso puede ser llamado correctamente el fundamento de la casa del Señor, porque (como dice Pedro) no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en el que debamos ser salvos (Hechos IV). En este fundamento se toman grandes y preciosas piedras, cuando los hombres principales en hechos y santidad se adhieren a su Creador con la santidad familiar de la mente, de modo que cuanto más firmemente ponen su esperanza en él, más fuertemente pueden dirigir la vida de otros, lo que es llevar la amplitud. Por lo tanto, las piedras que se colocaban en el fundamento del templo para sostener todo el edificio son propiamente los profetas y apóstoles, que recibieron la palabra y los sacramentos de la verdad, ya sea visible o invisiblemente, de la misma sabiduría de Dios. Por lo cual, también nosotros que nos esforzamos por imitar la doctrina o la vida de estos, el Apóstol dice que estamos fundados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Efesios II). Pero también, en general, cualquiera que sea perfecto, que haya aprendido a adherirse fielmente al Señor y a llevar con fortaleza las necesidades impuestas de los hermanos, puede ser indicado por estas piedras grandes y preciosas. Que bien las piedras primero se ordenan cuadrar, y así se colocan en el fundamento. Porque todo lo cuadrado, dondequiera que se gire, suele

permanecer fijo. A esta figura se asemejan los corazones de los elegidos, que han aprendido a permanecer en la firmeza de la fe, de modo que ninguna adversidad de las cosas que ocurren, ni siquiera la misma muerte, puede inclinarlos de su estado de rectitud. Tales doctores, la Iglesia no solo los recibió de Judea, sino también de las naciones. Por lo cual, bien se añade de estas piedras grandes, preciosas y cuadradas: Que los canteros de Salomón y los canteros de Hiram las labraron. Porque las piedras preciosas son labradas cuando los elegidos de los creyentes, por la instrucción e insistencia de los santos, dejan lo que tienen de nocivo y vano, y ante la vista de su Creador muestran solo la regla de la justicia innata, como la forma de la cuadratura. Pero las piedras no solo las labraron los canteros de Salomón, sino también los canteros de Hiram; porque de ambos pueblos de Dios hubo algunos que, con derecho, se convirtieron en doctores de los mismos doctores sublimes, y como cuadrándolos, los prepararon para levantar el edificio de la casa del Señor. Porque no solo Jeremías e Isaías, y los demás profetas de la circuncisión; sino también el bienaventurado Job con sus hijos, que eran de las naciones, proporcionó la mayor forma de vida o paciencia, y los mayores anuncios de doctrina saludable a los doctores del siglo siguiente, para que, desechando palabras, actos y pensamientos superfluos, fueran dignos y aptos para llevar la carga de la santa Iglesia. Además, los Gíblis prepararon la madera y las piedras para edificar la casa. Giblos es una ciudad de Fenicia, de la cual Ezequiel hace mención, diciendo: Tus sabios, Tiro, se convirtieron en tus gobernadores, los ancianos de Giblos y sus prudentes (Ezequiel XXVII); por la cual en hebreo se contiene Gobel o Gebel, que se interpreta como definiendo o delimitando. Este vocablo se adapta adecuadamente a aquellos que preparan los corazones de los hombres para el edificio espiritual, que se construye a partir de las virtudes del alma. Así, solo aquellos que han aprendido diligentemente de las sagradas páginas qué fe debe mantenerse, por qué camino de virtudes se debe andar, pueden enseñar a sus oyentes la fe y las obras de justicia. Porque en vano se atribuye a sí mismo el oficio de doctor quien ignora la discreción de la fe católica. Ni edifican un santuario para el Señor, sino una ruina para sí mismos, quienes intentan enseñar a otros la regla que ellos mismos no han aprendido. Porque en la edificación de la casa del Señor, primero deben cortarse la madera y las piedras del monte; porque a aquellos que buscamos instruir en la fe de la verdad, primero es necesario enseñarles a renunciar al diablo, y a ser rescatados del lote de la primera transgresión en la que nacieron. Luego deben buscarse piedras preciosas y grandes, y colocarse en el fundamento del templo; para que recordemos, después de haber renunciado a la conversación anterior, examinar en todo la vida y las costumbres de aquellos que proponemos a nuestros oyentes como ejemplos a seguir, a quienes conocemos que se adhieren especialmente al Señor por la virtud de la humildad, a quienes vemos perdurar de manera invencible en la estabilidad de la mente, como de alguna manera cuadrados e inmóviles ante todos los ataques de las tentaciones, a quienes encontramos preciosos y grandes por su fama y mérito. Después de que el fundamento ha sido compuesto con tales y tan grandes piedras, la casa debe ser edificada, con la madera y las piedras preparadas diligentemente, y colocadas en un orden decente, que antes habían sido extraídas de su antiguo sitio o raíz: porque después de los rudimentos de la fe, después de haber colocado en nosotros, según el ejemplo de hombres sublimes, los fundamentos de la humildad, debe añadirse en alto la pared de las buenas obras, como con órdenes de piedras superpuestas, caminando y progresando de virtud en virtud. O ciertamente, las piedras del fundamento grandes, preciosas y cuadradas, son los primeros maestros de las iglesias, que escucharon del mismo Señor la palabra de salvación. Pero los órdenes de piedras o maderas superpuestas son los sacerdotes y doctores que siguen en su tiempo, por cuya predicación y ministerio crece la fábrica de la Iglesia, o se ordena con virtudes. De qué color eran las piedras con las que se hizo el templo, se declara claramente en el libro de las Crónicas, cuando David dice a Salomón, al mostrarle las provisiones del templo que había preparado: He preparado en abundancia toda piedra preciosa y mármol de

Pario. El mármol de Pario, dice, es mármol blanco, del tipo que la misma isla suele producir; de donde el poeta dice: Olearon, y la nívea Paro, y las Cícladas esparcidas por el mar, y leemos que los estrechos se agitan con frecuentes vientos.

Por lo tanto, dice nívea Paro, porque envía mármol de un género muy blanco: es una de las Cícladas, de la cual José insinúa que el templo fue hecho, diciendo: Así que elevó el templo hasta la cámara, construido de piedra blanca, la altura fue de 60 codos y cien (Lib. VIII Antiq. 3); y el sentido del misterio no está oculto. Porque es evidente para cualquiera que el mármol blanco, del cual se construyó la casa del Señor, designa la acción pura de los elegidos y la conciencia castigada de toda mancha de corrupción. Tales quiso ser el sabio arquitecto aquellos a quienes colocaba sobre el fundamento de Cristo, piedras preciosas adornadas con oro y plata: Amados, dice, limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios.

CAPÍTULO V. Cuándo o dónde se edificó el templo.

Por lo tanto, sucedió en el año cuatrocientos ochenta de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, etc. Lo que se dice en el cuarto año, mes de Ziv, que es el segundo mes del reinado de Salomón sobre Israel, es el orden del sentido. En el cuarto año del rey Salomón, en el mes de Ziv, que es el segundo mes. Llama al segundo mes mayo: pues abril, en el que se celebra la Pascua, era el primer mes del año para los hebreos. De lo cual se manifiesta claramente que, apenas concluida la Pascua, comenzó a edificar la casa del Señor, y el pueblo, consagrado por la solemne mística, puso manos a la obra mística. Se hace, además, conmemoración de la salida de Egipto, cuando se comenzó a edificar el tabernáculo, para que el lector sea advertido de cuántos años transcurrieron entre la edificación de ambas casas, y también conozca el sacramento espiritual de este tiempo total. Cuatrocientos ochenta hacen cuatro veces ciento veinte. Cuatro se adaptan perfectamente a la perfección evangélica, por el mismo número de evangelistas. Ciento veinte, a la doctrina legal, por los mismos años del legislador. En este número también la primitiva Iglesia recibió la gracia del Espíritu Santo, mostrando claramente que quienes usan legítimamente la ley, es decir, quienes reconociendo la gracia de Cristo en ella la abrazan, con razón se llenan de la gracia de su Espíritu, para que ardan más en su amor. Hemos dicho, además, que el tabernáculo que Moisés y los hijos de Israel hicieron en el desierto puede designar la sinagoga; pero el templo que Salomón y los hijos de Israel construyeron con la ayuda de prosélitos y gentiles, puede designar la iglesia de los gentiles. El culto y la religión del tabernáculo permanecieron durante cuatrocientos ochenta años, y así se comenzó a edificar el templo, porque la escritura del Antiguo Testamento abunda en tal perfección, que si alguien la entiende bien, contiene en sí todos los misterios del Nuevo Testamento. Muchos de los padres del Antiguo Testamento alcanzaron viviendo la cima de tal perfección, que no deben considerarse en nada menores que los apóstoles y los hombres apostólicos. El tabernáculo permaneció hasta la construcción del templo en el pueblo de Dios durante cuatrocientos ochenta años, es decir, ciento veinte, multiplicados por cuatro: porque desde el tiempo de la entrega de la ley de Dios hasta la encarnación del Señor, y el tiempo de la gracia revelada, no faltaron hombres que, establecidos en la ley, guardaran en todo la perfección evangélica en mente y obra; no faltó escritura que indicara la gracia del Nuevo Testamento en el Antiguo con elocuencias proféticas. Que la casa del Señor comenzara a edificarse en el cuarto año del rey Salomón, puede referirse místicamente a que, después de completada la dispensación de la encarnación del Señor, que está escrita en los cuatro libros del Evangelio, con el envío del Espíritu Santo desde el cielo, comenzó la estructura de la iglesia. Y que comenzara en el segundo mes, puede referirse a la elección de los gentiles, que en segundo lugar después de Israel recibieron

en sí la edificación de los creados. Por eso también se concedió el segundo mes en la ley para hacer la Pascua a aquellos que, impuros por el alma, o colocados lejos en el camino, no podían acudir a hacer la Pascua en el primer mes. Donde nosotros estamos claramente designados, que impuros por la muerte de nuestra alma, y aún colocados lejos del pueblo de Dios, no pudimos hacer la primera Pascua, que se hacía en la carne y sangre del Cordero. Pero hoy celebramos la segunda Pascua, que se realizó en el cuerpo y sangre de nuestro Redentor, por quien fuimos buscados y purificados. En cuanto al lugar donde se edificó el templo, se muestra más claramente en el libro de las Crónicas, donde está escrito: Y comenzó Salomón a edificar la casa del Señor, en Jerusalén, en el monte Moria, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo (II Crón. III). Se edifica, pues, en el monte la casa del Señor, en la visión de la paz, porque la iglesia, extendida por el mundo, consiste en una misma fe y en la sociedad de la verdad católica. Porque en la división de las mentes Dios no está, sino que su lugar se hizo en paz, y su habitación en Sion (Sal. LXXV). Se edifica en el monte, a saber, en el mismo Señor Salvador, de quien Isaías dice: En los últimos días será preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes (Isa. II). Y él mismo de sí en el Evangelio: No puede, dice, esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V). Él es, en efecto, el monte de los montes, que de la tierra, por el origen de la carne asumida, surgió, pero que trasciende la potencia y santidad de todos los terrígenas con la cumbre singular de su dignidad. En este monte, ciertamente, se construyó la ciudad o casa del Señor, porque si no echa raíz en él, nuestra esperanza y fe no son nada. Que con razón se llama monte Moria, es decir, de la visión, porque a sus elegidos, a quienes conserva para la visión eterna de su claridad, se digna ver y ayudar mientras trabajan en esta vida. Él es, en efecto, el lugar donde Abraham ofreció a Isaac su hijo al Señor, y mereció ser visto por él con la devoción de la obediencia, de donde también tomó su nombre. Finalmente, donde el Señor dice: Toma a tu hijo único, a quien amas, Isaac, y ve a la tierra de la visión, y ofrécelo en holocausto (Gén. XXII). Por tierra de la visión, en hebreo tiene tierra de Moria. Y porque la inmolación de Isaac fue tipo de la pasión del Señor, con razón se edifica el templo en el lugar de su inmolación; porque por la fe y los misterios de la pasión del Señor, la iglesia dedicada crece en templo santo en el Señor. De este monte se dice bien: Que había sido mostrado a David su padre. Había sido mostrado a David, como también a los demás profetas, el Señor que vendría en la carne, quien lavaría a la iglesia llamada de los gentiles, por los sacramentos de su encarnación, de los pecados, y la consagraría como casa fiel y amada para sí. Bien se añade: En el lugar que David había preparado. David había preparado, cantando salmos, y otros profetas, profetizando, el lugar para el Señor, el verdadero Salomón, en el que edificara su casa, porque instruyeron los corazones de sus oyentes en la fe de la verdad; advirtiendo diligentemente que recibieran con mente fiel y devota al Hijo de Dios que vendría en la carne. De aquí el Señor, de los pueblos preparados para creer en él, dice a los discípulos: Levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque ya están blancos para la siega; y el que siega, recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra, se regocije juntamente con el que siega (Juan IV). Como si con otras palabras dijera sobre la edificación del templo: Levantad vuestros ojos, y ved el lugar, porque ya está preparado para edificar la casa del Señor. Y el que edifica enseñando, recibe salario, y recoge piedras preciosas para vida eterna, para que el que prepara el lugar para el edificio, se regocije juntamente con el que edifica; es decir, el profeta que predice al Señor que vendrá, y el apóstol que predica al Señor que ha venido, obtengan juntos la misma recompensa en él. Bien el mismo lugar estaba en la era de Ornán jebuseo, porque la iglesia suele designarse con el nombre de era, diciendo Juan del Señor: Su aventador está en su mano, y limpiará su era (Mat. IV). Ornán, que se interpreta iluminado, era de nación jebuseo. De nación significa a los gentiles, pero con su nombre muestra que serán iluminados por el Señor, y convertidos en hijos de la Iglesia, a quienes con razón dice el Apóstol: Fuisteis en

otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V). Jebus es la misma ciudad que Jerusalén. Y Jebus se interpreta como pisoteada; Jerusalén, en cambio, como visión de paz: en la cual, mientras Ornán el gentil reinaba, se llamaba Jebus. Pero cuando David compró en ella el lugar del holocausto, cuando Salomón edificó en ella el templo del Señor, ya no se llamaba Jebus, sino Jerusalén; porque ciertamente la gentilidad, mientras permanecía ignorante del culto divino, era pisoteada y burlada por los espíritus inmundos hacia los ídolos mudos, según era conducida. Pero cuando la gracia de su Creador la miró, inmediatamente encontró en sí el lugar y el nombre de la paz; diciendo el Señor de ella: Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mat. V). Por lo tanto, mientras Ornán tenía aún el reino en esta ciudad, se llamaba Jebus; pero cuando vendió el lugar de su era con los bueyes y trillos al rey David, recibió el nombre de Jerusalén; porque la gentilidad, persistiendo aún en su obstinación, era pisoteada, como vil y despreciable, por los espíritus malignos. Pero cuando aprendió a vender todas sus cosas y ofrecerlas al verdadero rey, ya no pudo ser pisoteada por los demonios y vicios, sino que se hizo más partícipe de la paz interior que tenía con su Creador.

CAPÍTULO VI. De qué medidas fue hecha.

La casa que el rey Salomón edificaba al Señor tenía 60 codos de longitud, etc. La longitud de la casa designa la longanimidad de la santa Iglesia, con la que en el exilio de esta peregrinación soporta pacientemente todas las adversidades, hasta que llegue a la patria que espera. La anchura insinúa la caridad, con la que, dilatado el seno de la mente, se alegra de amar no solo a los amigos en Dios, sino también a los enemigos por Dios, hasta que llegue el tiempo en que, convertidos o completamente extinguidos, se regocije con solo los amigos en Dios. La altura anuncia la esperanza de la futura retribución, cuya visión desprecia voluntariamente todas las cosas bajas, ya sean las que halagan o las que adversan, hasta que, trascendidas ambas, merezca ver solo los bienes del Señor en la tierra de los vivientes; de donde la longitud de la casa se comprende adecuadamente en el número sesenta de codos. El número seis, en el que fue hecho el mundo, suele designar la perfección de las obras buenas. Y es necesario que soportemos las molestias de nuestra peregrinación con longanimidad, para que, por el mérito de la buena obra, podamos entrar en la patria prometida cuando aparezca. La anchura se determina por el número veinte, por la doble distancia de la misma caridad, con la que amamos a Dios y al prójimo. La altura por el número treinta, por la fe en la santa Trinidad, que es un solo Dios, en cuya visión se suspenden todos los deseos de nuestra esperanza. Seis, pues, pertenecen a la perfección de la obra, dos a la dilección de Dios y del prójimo, tres a la esperanza de la visión divina. Pero cada número se multiplica correctamente por diez, porque no es sino por la fe y la custodia del decálogo de la ley que nuestra paciencia se ejercita saludablemente, o la caridad arde útilmente, o la esperanza se eleva sublimemente a los deseos eternos. Donde se debe notar que los 30 codos de altura no llegaban hasta el techo del templo, sino hasta el piso inferior: pues en el libro de las Crónicas está escrito claramente que la altura era de 120 codos (II Crón. III). De cuyos sacramentos se tratará más adecuadamente en lo siguiente, cuando el orden de la lectura haya llegado hasta el piso medio y el tercero. Había un pórtico delante del templo de 20 codos de longitud, según la medida de la anchura del templo, y tenía 10 codos de anchura delante de la fachada del templo. De este pórtico está escrito en el libro de las Crónicas: El pórtico delante de la fachada que se extendía en longitud según la medida de la anchura de la casa, de 20 codos. Está claro, pues, que este pórtico se hizo en la parte oriental del templo. El templo estaba orientado hacia el este, al igual que el tabernáculo, y tenía la puerta del pórtico al este frente a la puerta del templo, según lo enseña claramente el historiador judío Josefo: de modo que el sol naciente en el equinoccio, con las líneas directas de sus rayos, pudiera iluminar a través de las tres

puertas, a saber, del pórtico, del templo y del oráculo, el arca del testimonio (Antiq. l. VIII, c. 3). Porque el templo designa la santa Iglesia, el pórtico que estaba delante del templo y más cercano, solía recibir la luz del sol; ¿qué más apropiado que tipificar aquella parte de ella que precedió a los tiempos de la encarnación del Señor? en la que están los patriarcas y profetas, que fueron los primeros en recibir al Sol de Justicia que nacía para este mundo, y dieron testimonio al Señor naciente en la carne, ya sea viviendo, predicando, naciendo o muriendo. La puerta del templo, pues, es el Señor; porque nadie viene al Padre sino por él. De aquí dice en otro lugar: Yo soy la puerta; por mí si alguno entra, será salvo (Juan X). La puerta del pórtico es el discurso profético, que como un camino recto conducía a los que entraban a la puerta del Señor; porque predicaba la gracia del Señor Salvador, con la que iba a redimir al mundo. La estructura del pórtico, por tanto, en su totalidad, significa a los fieles de aquel tiempo. La puerta en el pórtico, entonces, representa a los doctores, que abrían a los demás la luz de la vida y la puerta de entrada al Señor. Y bien una puerta por la fe y el amor a la verdad consonante en todos los santos; este pórtico, según la anchura del templo, tenía 20 codos de largo, porque ciertamente los justos antiguos esperaban con mucha paciencia y longanimidad, cuando el Señor apareciendo en la carne traería al mundo la nueva gracia del Evangelio, no habiendo recibido ellos las promesas, sino viéndolas y saludándolas desde lejos. Igualaban, pues, con su longitud la longitud del templo, porque por la longanimidad de su mente devota deseaban llegar a la dilatación de la Iglesia en el amor de Dios, que está en Cristo Jesús nuestro Señor; quienes, aunque aún estaban separados en el tiempo de los sacramentos de la encarnación del Señor, fueron cercanos en la fe y la predicación. En la primera fachada de este santísimo pórtico, estuvieron el bienaventurado protomártir Abel, y Set, y Enoc, y los demás justos del mundo original; pero en el interior de su santuario y casi cerca del muro del templo místico ocuparon lugar los padres del precursor del Señor, Simeón, y Ana, y los demás. Quienes, aunque merecieron ver su nacimiento, no pudieron llegar a la audición de su doctrina y a la percepción de sus sacramentos. Este pórtico tenía bien 10 codos de ancho, porque tales, aunque aún no recibieron las palabras o misterios del Evangelio, que iban a ser entregados por el Señor; sin embargo, guardaban los preceptos del decálogo, que recibieron con perfecta dilatación del corazón en el Señor.

CAPÍTULO VII. De sus ventanas y tablas alrededor.

Fecit en el templo ventanas oblicuas. Las ventanas del templo son los doctores santos y los espirituales en la Iglesia, a quienes, al elevarse con la mente hacia Dios, se les concede ver los secretos celestiales de manera más especial que a los demás. Cuando revelan públicamente a los fieles lo que ven en secreto, se dice que las ventanas oblicuas, al recibir la luz del sol, son más anchas por dentro; porque es necesario que quien percibe el rayo de la contemplación celestial, aunque sea por un momento, amplíe inmediatamente el seno de su corazón mediante la corrección y se prepare con diligente ejercicio para alcanzar cosas mayores. Y construyó sobre la pared del templo pisos alrededor, en las paredes de la casa, alrededor del templo y del oráculo, e hizo lados alrededor. El piso superior tenía cinco codos de ancho, el piso medio seis codos de ancho, y el tercer piso tenía siete codos de ancho (Mat. IV). Estos pisos en el Evangelio, donde el Señor fue tentado por el diablo, se llamaban pináculos del templo. También leemos que Santiago, el hermano del Señor apóstol, fue elevado al pináculo del templo desde donde predicaba al pueblo (Egesip. l. V). Sin embargo, no encontramos en las Escrituras que fuera costumbre de los doctores sentarse en estos pisos para predicar a la multitud que estaba abajo. Por lo tanto, se revela el significado del sacramento, ya que estos tres pisos designan los grados de los fieles, a saber, de los casados, los continentes y las vírgenes, distintos en la altura de la profesión, pero todos pertenecientes a la casa de Dios y adheridos a ella con mente firme en la misma fe y verdad. Se dice

bellamente que el piso superior tenía cinco codos de ancho, el medio seis, y el tercero siete. Así, el piso superior era más estrecho que los demás, el medio más ancho que el superior, pero más estrecho que el inferior, porque una profesión de virtud más alta debe mantener una vida más elevada [Fort., rito... vivendi]. Pues quienes renuncian al vínculo conyugal y consagran su virginidad al Señor, deben mostrar costumbres dignas de la virginidad. Deben abstenerse de palabras ociosas, ira, riña, detracción, vestimenta impúdica, comilonas, borracheras, contienda y emulación; y, por el contrario, dedicarse a vigiliass santas, oraciones, lecturas divinas, salmos, doctrina y limosnas, y a los demás frutos del Espíritu, para que quienes mantienen el estado de la vida futura en la profesión en la que no se casan ni se dan en matrimonio, sino que son como ángeles de Dios en el cielo, se esfuercen por imitar este estado tanto como sea posible para los mortales en el presente. Pero el piso inferior era de mayor anchura, porque no se dice a los casados: Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; sino, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, y otros (Mat. XIX). Los continentes ocupan un lugar intermedio entre estos, inferiores a las vírgenes, pero superiores a los casados. Su porción más gloriosa edificaba la iglesia primitiva en Jerusalén, escribiendo el bienaventurado Lucas, porque la multitud de los creyentes era un corazón y un alma, y otros (Hech. IV). La historia de San Esteban testifica que la mayor parte de ellos había dejado el abrazo conyugal, donde a las mujeres que compartían la misma religión no se les llamaba esposas, sino viudas. Cada uno de los pisos tenía lados alrededor, es decir, torrecillas, para que nadie que estuviera en esos pisos, ya sea de pie o sentado, pudiera caer a los niveles inferiores (Hech. VI), lo que leemos que le sucedió al rey Ocozías en Samaria. Estos lados, sin duda, designan adecuadamente las defensas diarias de la protección divina hacia nosotros. De las cuales el Salmista dice: Envió el ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los librará (Sal. XXXIII). El rey Ocozías de Samaria subió al piso superior, quien se había separado de la casa de David, pero cayó por las celosías; porque aunque los herejes o cismáticos parecen ascender a alguna altura de buena acción, como no tienen la unidad de la estructura de la Iglesia, siempre recaen en los vicios más bajos, mientras, desprovistos de la ayuda divina, perecen en la arrogancia de su obstinación. La manera en que los pisos mencionados estaban fijados a las paredes del templo se declara cuando se añade: Puso vigas en la casa alrededor por fuera, para que no estuvieran adheridas a las paredes del templo. Las vigas, que fortificaban y adornaban la casa por dentro, eran de tal longitud que sus extremos sobresalían por fuera, en el orden inferior siete codos, en el medio seis, en el superior cinco. Y en esos extremos se componían los pisos, no fijados a las paredes del templo, sino sobre las vigas que salían de las paredes. ¿Quiénes son, pues, tipológicamente designados por las vigas de la casa que sostenían los pisos, sino los predicadores? Quienes, mientras ocupan un lugar sublime y honorable en la iglesia de Dios, elevan a los más débiles y frágiles de los apetitos inferiores con sus predicaciones, y los suspenden para desear y esperar las cosas celestiales, ayudándolos también con sus intercesiones para que persistan en lo comenzado. Leemos en el libro de las Crónicas que las vigas del templo, al igual que sus demás interiores, estaban revestidas de oro. No hay duda de que así fue, de modo que las partes de las vigas que estaban dentro del templo estaban cubiertas con láminas de oro, mientras que las que se veían por fuera no estaban doradas, mostrando a todos la apariencia y forma del cedro. Sobre las cuales, sin embargo, se colocaban los pisos. Lo que sobresalía por fuera de las vigas representa la vida de los santos, que pudo ser conocida por nosotros aquí abajo. Lo que brillaba dorado dentro del templo figurativamente anuncia aquella claridad con la que gozan en la patria celestial, en la presencia de su Creador. Esta claridad dorada de las vigas solo era visible para quienes habían entrado en el templo; porque cuán grande es la multitud de la dulzura de Dios, que oculta a los que le temen y esperan perfectamente en Él, solo lo saben aquellos que han merecido entrar en el reino celestial. Sin embargo, cuando contemplamos la

vida, las pasiones y la doctrina de los santos, o las leemos en las Escrituras, nos sentimos impulsados a hacer el bien por su ejemplo, como si nos eleváramos desde la tierra en los extremos de las vigas visibles por fuera, porque aunque aún no podemos percibir la gloria interna de los santos, por lo que hemos podido ver externamente, nos adherimos fielmente a los miembros sublimes de la Iglesia. También podemos entender esto de los santos que aún están en esta vida, cuya pureza de amor, que resplandece en el secreto del corazón ante el Señor, no podemos contemplar. Sin embargo, de lo que muestran externamente al hablar, actuar o sufrir, encontramos ayuda para nuestra salvación.

La casa, cuando se construía de piedras labradas, etc. Esto se refiere propiamente a la parte de la iglesia que, después de los trabajos y luchas de este siglo, ha merecido ser introducida en las recompensas eternas. Allí solo entran los perfectos e inmaculados, castigados de toda mancha de iniquidad. Porque nada contaminado que haga abominación y mentira entrará en esa ciudad, como escribió Juan en el Apocalipsis. El martillo y el hacha, y toda herramienta de hierro, no se oyen, porque aquí somos golpeados por adversidades y ejercitados en la disciplina de la verdad, para que allí seamos dispuestos en lugares adecuados según el mérito, y cesando la corrección, seamos unidos solo por el pegamento del amor, para que, unidos entre nosotros, seamos llenos de un solo espíritu. Sin embargo, aunque se dice: Noé, varón perfecto en sus generaciones, y bienaventurados los inmaculados en el camino, y otros similares, nadie puede verdaderamente ser perfecto y sin mancha mientras camina en el camino de esta vida. No hay justo en la tierra que haga el bien y no peque. Sin embargo, según el modo de este tiempo, se llaman perfectos e inmaculados, quienes serán verdaderamente perfeccionados cuando, liberados de los lazos del cuerpo, lleguen a la inmortal belleza de la casa del Señor, y asciendan al lugar del tabernáculo de su gloria, y solo los perfectos e inmaculados, castigados de toda mancha de iniquidad, entrarán en esa ciudad.

CAPÍTULO VIII Sobre el ascenso o la construcción del segundo y tercer tabernáculo.

La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa, etc. Algunos, entendiendo mal este lugar, piensan que la puerta del templo estaba al sur, sin considerar que si la Escritura hubiera querido significar esto, no diría así: la puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa, sino más bien simplemente, y la casa tenía una puerta al sur. Ahora, sin embargo, significa algo muy diferente. La parte derecha de la casa se refiere al lado sur del templo. En cuya parte oriental estaba la puerta hecha en el mismo ángulo, junto al suelo. Al entrar en ella, ascendían inmediatamente a lugares más altos gradualmente, teniendo el camino de ascenso por el interior de la pared, hasta que por tal camino llegaban al piso medio, y desde el medio llegaban al tercero. No hay duda de que esto es así, aunque la Escritura no lo diga, porque al ascender así tenían ventanas muy frecuentes al sur, cuya luz les permitía avanzar con certeza y sin ofensa. Este lugar se refiere propiamente al cuerpo del Señor, que asumió de la virgen. La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa, porque cuando el Señor murió en la cruz, uno de los soldados abrió su costado con una lanza. Y bien en la parte derecha de la casa, porque la santa Iglesia cree que fue el lado derecho el que el soldado abrió. Donde también el evangelista usó una palabra adecuada, no diciendo golpeó o hirió, sino abrió, como una puerta del lado medio, por la cual se nos abriría el camino a las cosas celestiales. De hecho, así añadió: Y al instante salió sangre y agua. Agua, a saber, con la que somos lavados en el bautismo, y sangre con la que somos consagrados en el cáliz santo. Por esta puerta tenemos el ascenso al piso medio, y desde el medio al tercero; porque por la fe y los misterios de nuestro Redentor, desde la conversación presente de la iglesia, ascendemos al descanso de las almas después de la muerte, y nuevamente desde el descanso de las almas en el día del juicio venidero, también a la inmortalidad de los cuerpos, como al tercer piso, con un progreso más sublime, penetraremos,

para que vivamos perpetuamente en la gran bienaventuranza de ambos, cuerpo y alma. Este camino se realizaba invisiblemente, de modo que solo lo conocían quienes habían entrado, aunque la puerta también era visible para los que estaban afuera, porque los actos de los fieles en este siglo, y las celebraciones de los sacramentos, también los réprobos pueden ver; pero los secretos de la fe y la gracia del amor íntimo nadie los conoce, sino quien, guiado por el Señor, asciende a las cosas celestiales. Porque quien dice conocer a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso. Es digno de notar que los 30 codos de altura, de los que se lee arriba, llegaban hasta el piso medio. De hecho, se añadían otros treinta codos hasta el tercer piso, hasta llegar al pórtico que estaba alrededor del templo al sur, norte y oeste, como aprendemos de la narración de Josefo. Luego, hasta el techo superior del templo, se contaban otros 60 codos, y así toda la altura de la casa, según el libro de las Crónicas, se completaba en 120 codos. El pórtico que estaba frente al templo hacia el oriente, según la fe del volumen mencionado, tenía la misma suma de codos en altura. El libro mencionado llama a esos pórticos alrededor del templo, celdas y cámaras. David dio, dice, a Salomón su hijo la descripción del pórtico y del templo, y de las celdas, y del piso superior, y de las cámaras en los adytos y de la casa de la propiciación. Donde también hizo mención de las casas exteriores, que estaban fuera del atrio de los sacerdotes alrededor del templo, cuando añadió inmediatamente: Y también de todo lo que había pensado de los atrios y de las salas alrededor, en los tesoros de la casa del Señor, y en los tesoros de los santos. Que toda la altura del templo era de 120 codos, se refiere al mismo sacramento, que la iglesia primitiva en Jerusalén, después de la pasión, resurrección y ascensión del Señor a los cielos, recibió la gracia del Espíritu Santo en este número de hombres. Porque quince, que consisten en siete y ocho, a veces se refieren a la significación de la vida futura, que ahora se lleva a cabo en el sabbatismo de las almas fieles, pero se perfeccionará al final del siglo con la resurrección de los cuerpos inmortales. Estos quince, multiplicados en triángulo, es decir, sumados con todas sus partes, hacen 120. Por lo tanto, la gran bienaventuranza de los elegidos en la vida futura se designa adecuadamente con el número de cien y veinte. Adecuadamente en esto se completa el tercer piso de la casa del Señor, porque después de los trabajos presentes de los fieles, después de recibir en el futuro el descanso de las almas, la plena felicidad de toda la iglesia se completará en la gloria de la resurrección. A este misterio también se refiere, como hemos dicho, que el Señor resucitado de entre los muertos y ascendiendo a los cielos, envió el Espíritu Santo en lenguas de fuego a este número de hombres, quienes, estando separados por la diversidad de lenguas, tuvieron un lenguaje común en alabanza de Dios. Porque también la iglesia, resucitando a su tiempo de la muerte, y ascendiendo a los cielos en carne incorruptible, será plenamente y perfectamente iluminada por el don del Espíritu Santo, cuando según la promesa del apóstol, Dios será todo en todos. Entonces habrá una plena unificación de lenguas en todos para proclamar las maravillas de Dios, porque con mente y voz concordantes, todos alabarán la gloria de la majestad divina, que verán presente.

CAPÍTULO IX. Que las paredes sean cubiertas de cedro y el pavimento de abeto.

Y edificó la casa, y la terminó, etc. Los artonados son tablas, que, compuestas y adornadas con gran belleza, se fijan a las vigas por la parte inferior. Y como la casa del Señor fue hecha de tres alturas, tenía, sin duda, tres artonados. ¿Qué podría significar más adecuadamente por los artonados que a los justos más sublimes en la santa iglesia? Cuya obra y doctrina, propuesta como ejemplo para todos, sobresale como si estuviera más lejos en lo alto, y quienes con sus intercesiones y exhortaciones protegen las almas de los débiles para que no desfallezcan en las tentaciones. Estos artonados, correctamente, se describen como de cedro. El cedro es un árbol de naturaleza completamente imputrescible, de olor agradable, de aspecto brillante, que, encendido, ahuyenta y mata a las serpientes. Estas cualidades

convienen a los perfectos, cuya paciencia es insuperable, su fama de virtudes es eminente, su presencia es gratisima para todos los buenos, y su autoridad para refutar y confundir a los que resisten a la verdad es muy constante, quienes brillan con una eminencia singular sobre los demás santos tanto en esta vida como en la futura.

Y construyó un entablado sobre toda la casa, etc. Las torrecillas significan las que estaban hechas alrededor del techo de la casa, para que nadie, al llegar a las alturas, cayera repentinamente a lo más bajo. Moisés ordenó que esto se hiciera en toda casa que alguien construyera. Cuando hayas construido, decía, una casa nueva, harás un muro alrededor del techo, para que no se derrame sangre en tu casa y seas culpable si alguien cae y se precipita. Estos entablados o torrecillas, arriba son llamados laterales; donde se dijo: Construyó sobre el muro del templo entablados alrededor, en los muros de la casa, alrededor del templo y del oráculo; inmediatamente se añadió: E hizo los laterales alrededor. En estos laterales entendemos que se designan las ayudas divinas, que nos asisten diariamente en este mundo mientras trabajamos y nos esforzamos por alcanzar lo superior, para que no desfallezcamos. Debemos entender este lugar según su forma, pero con la distinción de que en esta vida, entre las frecuentes tentaciones del enemigo implacable o los obstáculos de nuestra fragilidad, somos defendidos continuamente por el don de la piedad celestial para que no caigamos. En aquella vida, que el techo supremo del templo insinúa, como hemos enseñado antes, estamos tan protegidos por la gracia presente que ni queremos pecar más, ni podemos, ni somos afectados por el miedo a la muerte, al dolor o al adversario tentador. De las ayudas presentes del Señor, como de los laterales de los entablados, dice el mismo Señor, hablando de su pueblo: Me invocará, y yo le escucharé, y le glorificaré. De su futura gracia, con la que se ilumina aquella ciudad celestial, el profeta dice a la misma ciudad: Alaba, Jerusalén, al Señor, y demás hasta: Tus fronteras paz. Bien se recuerda que este entablado en el techo de la casa del Señor tenía cinco codos de altura, porque en esa patria la presencia divina nos llena de tal claridad que nuestra vista, oído, olfato, gusto y tacto no encuentran dulzura sino en amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza; amar al prójimo como a nosotros mismos. Y cubrió la casa con maderas de cedro. Aquí se refiere al mismo techo supremo de la casa, es decir, al entablado que estaba sobre las vigas superiores. El templo no tenía un techo en la parte superior, al igual que el tabernáculo; sino que era plano, como es costumbre hacer en Palestina y Egipto al construir casas. Este mismo entablado, con el que la casa y los techos estaban cubiertos, designa a los hombres eminentes en la gloria de la resurrección, y a aquellos que, con singular santidad, alcanzan la cima de la virtud; de uno de los cuales se dice: Entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista (Mat. XI). Si deseas conocer la magnitud de su comparación, escucha lo que el Ángel dijo a su padre: Y él irá delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías (Luc. I). Y construyó las paredes de la casa por dentro con entablados de cedro, desde el suelo de la casa hasta la cima de las paredes, y hasta los techos las cubrió con maderas. Por dentro, la casa estaba revestida de cedro. Pues por fuera, la piedra misma, de la que estaba hecha, brillaba con tal esplendor, como si estuviera cubierta de mármol blanco. Según los sentidos místicos, las paredes del templo son los pueblos fieles, de los cuales consiste la santa Iglesia universal, cuya expansión por el mundo es designada por la anchura de las paredes, y la esperanza y toda intención elevada hacia lo celestial por la altura. O ciertamente, la altura de la pared, que consta de órdenes de piedras colocadas una sobre otra, designa el estado presente de la Iglesia; donde los elegidos, edificados todos sobre el fundamento de Cristo, se suceden unos a otros en orden a lo largo de los tiempos, llevándose unos a otros, cumplen la ley de Cristo, que es la caridad. Pues cuando los que ahora son instruidos por maestros precedentes, a su vez instruyen a otros, como órdenes de piedras vivas colocadas una sobre otra en la casa de

Dios, son llevados por otros con firmeza constante, de modo que también ellos son suficientes para llevar a otros, hasta los últimos justos que nacerán al final del mundo; quienes, como colocados en la cima de la casa de Dios, son enseñados y llevados por otros, pero no tienen a quienes enseñar ni cuya fragilidad soportar; quienes, por cierto, están cubiertos por dentro con entablados de cedro, cuando los corazones de los fieles rebosan de amor por la virtud. Pues así como la naturaleza del cedro anuncia típicamente a los hombres perfectos, como hemos enseñado antes, así también en lugares oportunos designa no sin razón la altura de las virtudes, por las cuales se alcanza esa misma perfección. Todo está cubierto con maderas, desde el suelo de la casa hasta la cima de las paredes, y hasta los techos, cuando los elegidos, desde los primeros rudimentos de la fe hasta la perfección de la buena acción, y hasta la entrada en la patria celestial, no cesan de esforzarse en buenas obras, cuando desde los primeros justos hasta los últimos, en la consumación del siglo, todos se dedican a las virtudes, por cuyo mérito pueden justamente protestar, porque somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar. Y cubrió el suelo con entablados de abeto. Cómo se hizo esto se explica más plenamente en el libro de las Crónicas, donde está escrito: También cubrió el suelo del templo con mármol preciosísimo, cubierto con gran esplendor (II Crón. III). De donde se desprende que no colocó las tablas de abeto, con las que cubrió el suelo, directamente en la tierra; sino que primero lo cubrió con mármol, y luego colocó las tablas encima, y añadió un tercer revestimiento de oro sobre estos dos, como se lee más adelante: Así como la altura de la pared que se eleva hacia arriba y llega hasta los techos, el progreso de las virtudes, por las cuales los elegidos llegan al reino celestial, o ciertamente los mismos coros de los elegidos, que se suceden en tiempos cambiantes, significan, así la igualdad del suelo demuestra no sin razón la concorde humildad de los mismos, que aún en la vida temporal, socialmente se relacionan entre sí dictados por la caridad. El suelo estaba cubierto con mármol preciosísimo, con gran esplendor, y el mismo mármol estaba cubierto inmediatamente con tablas de abeto; porque la vida de los justos debe ser primero fortificada con la firmeza de la fe en el corazón, y luego adornada con la amplitud de las virtudes espirituales en la obra; de lo contrario, ¿qué utilidad tendría el esplendor del mármol preciosísimo cubierto con tablas de madera, si no señalara silenciosamente algo místico, y enseñara que la amplitud de las buenas obras debe ser sostenida por la fortaleza de una fe inmaculada? El abeto, por su altura y duradera robustez, demuestra no incongruentemente la mente de los elegidos, despreciando los deseos más bajos de la mente, y siempre atenta a la contemplación celestial, y excelente en la virtud de la paciencia. Las láminas de oro, que están superpuestas al mármol y a las tablas de abeto, son la misma amplitud de la caridad, de un corazón puro, y una buena conciencia, y una fe no fingida; que así como el oro es más precioso que otros metales, así también resplandece con singular luz en el templo de Dios, más excelente que otras virtudes. Por eso bien el Apóstol, cuando enumeraba muchos bienes de las virtudes que debían ser guardados por los humildes de corazón, como ornamento del suelo, diciendo: Vestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, paciencia, modestia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro: como Cristo nos perdonó, así también haced vosotros (Col. III); de repente, como añadiendo un velo de oro desde arriba, añadió: Pero sobre todo, tened caridad, que es el vínculo de la perfección.

CAPÍTULO X. De la medida distinta del mismo templo y del oráculo.

Construyó también veinte codos, etc. Se refiere a la parte posterior occidental del templo. Pues el templo tenía su entrada desde el oriente, y desde el occidente la casa interior, esto es, el santo de los santos. Pero cuando dice que los entablados, que separaban la casa interior de la exterior, fueron contruidos desde el suelo hasta lo más alto: no significa hasta los techos,

que estaban suspendidos a treinta codos de altura desde el suelo, como ya se ha dicho antes, sino solo hasta veinte codos de altura, como se lee claramente más adelante. Lo restante estaba abierto y vacío sobre los entablados, hasta los techos de diez codos de altura, y veinte codos de longitud, según la anchura de la casa, por la cual ciertamente el humo del incienso solía ascender al santo de los santos, y penetrar para cubrir el arca del Señor (Hebr. IX). En esta distinción de la casa del Señor se revela una figura mística, y con la explicación del apóstol es más claro que la luz, porque la primera casa, en la que siempre entraban los sacerdotes, consumando los oficios de los sacrificios, es la Iglesia presente, donde diariamente, insistiendo en obras piadosas, ofrecemos al Señor sacrificios de alabanza. La casa interior, que estaba hecha en la parte posterior del templo, es la vida prometida a nosotros en los cielos, interior a esta conversación de nuestro exilio; porque en la presencia del Rey supremo, allí se celebra perpetuamente la solemnidad de los ángeles y hombres bienaventurados. Por eso bien se dice con razón al siervo: Entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV). Pero es posterior en el tiempo, porque después de los trabajos de este siglo, somos llevados a su entrada. Los entablados que dividen ambas casas entre sí, son las puertas del cielo, cuya apertura suspiramos diariamente, y cuanto el Señor nos concede, siempre con piadosa insistencia, hasta que se abran, y se nos permita entrar, llamamos: donde aunque aún no se nos permite entrar antes de la disolución de los cuerpos, sin embargo, tenemos abierta la puerta de la piedad divina, por la cual enviamos por adelantado los inciensos de nuestras oraciones, limosnas, ayunos y otras obras. De aquí es que la pared de cedro de la casa interior tenía una puerta en lo alto por todo, donde entraba el humo del incienso; porque los ojos del Señor están abiertos sobre su casa, de noche y de día, y sus oídos atentos a las oraciones de sus siervos, y esto por toda la latitud de la Iglesia difundida por el mundo. El altar del incienso, que estaba en la casa exterior, pero cerca de la puerta de la casa interior, fue un tipo de los justos perfectos, que aunque retenidos aún en el mundo por la carne, están con todo deseo suspendidos hacia lo celestial, y como incienso encendido emiten humo ascendiendo al santo de los santos, porque ardiendo de amor celestial, con frecuentes voces de oración golpean los oídos de su autor. Y el humo del incienso encuentra una puerta abierta de par en par en lo alto, porque cuanto más puros son algunos en la tierra, y como más cercanos a la patria celestial habitan, tanto más pronto reciben del Señor todo lo que piden. Bien la casa interior fue hecha de veinte codos de largo, por el misterio del doble amor, del que hemos hablado antes, que en esta vida por ahora ilumina en gran parte las mentes de los elegidos, pero en esa patria, cesando las obras de otras virtudes, solo reina perpetuamente. Por otro lado, el templo mismo era de cuarenta codos, delante de las puertas del oráculo. Hemos dicho que el templo mismo llevaba el tipo de la Iglesia; por lo que fue de cuarenta codos: número que a menudo se pone en significación del trabajo presente de los fieles, así como el cincuenta en significación de la futura paz y descanso. En el número diez se contienen los mandamientos, cuya observancia lleva a la vida. En el número diez igualmente se significa la misma vida eterna que deseamos y por la que trabajamos. El mundo es cuadrado, en el que luchamos por adquirir esa misma vida. Por eso el salmista, previendo la congregación de la Iglesia de entre las naciones, decía: Los reunió de las regiones, del oriente y del occidente, del norte y del mar (Sal. CVI). Diez multiplicado por cuatro, hacen cuarenta. Por eso el pueblo liberado de Egipto, en figura de la Iglesia presente, fue ejercitado durante cuarenta años en el desierto con muchos trabajos, y al mismo tiempo era alimentado con el pan celestial, y así finalmente llegó a la patria prometida desde antiguo. Se ejercita en tentaciones durante cuarenta años, para que se insinúen los portadores de la Iglesia, por los cuales se esfuerza en observar la ley de Dios por todo el mundo: se alimenta con maná del cielo durante esos mismos cuarenta años, para mostrar que las mismas pasiones que la Iglesia soporta deben ser aliviadas con la esperanza del denario celestial, esto es, de la eterna bienaventuranza: donde aquellos que ahora tienen hambre y sed de justicia, serán saciados; y

como la misma Iglesia canta a su Redentor Dios: Pero yo con justicia apareceré ante tu vista, me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Sal. XVI). Igualmente, el pueblo de Dios es afligido por las adversidades y alimentado con maná; para que sea aquello del Apóstol: Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII). En esta figura también nuestro Señor ayunaba cuarenta días antes de la muerte de su carne (Mat. IV): también comía con sus discípulos durante cuarenta días después de la resurrección de su carne, apareciéndoles con muchas pruebas, y hablando del reino de Dios, y comiendo con ellos. Ayunando, mostraba nuestro trabajo en él, comiendo y bebiendo con los discípulos, mostraba su consuelo en nosotros. Ayunando clamaba: Mirad que no se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez, y con las preocupaciones de esta vida (Luc. XXI): comiendo y bebiendo, clamaba: He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII); y de nuevo dice: Os veré, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo (Juan XVI). Al mismo tiempo que recorremos el camino del Señor, ayunamos de la vanidad de este mundo presente, y somos alimentados con la promesa del futuro, aquí no poniendo el corazón, allí alimentando el corazón hacia arriba.

CAPÍTULO XI. Que toda la casa esté revestida de cedro y oro.

Y toda la casa estaba revestida de cedro por dentro, etc. Hemos dicho del cedro que simboliza la insuperable belleza de las virtudes. Con esta madera, toda la casa del Señor está revestida por dentro, cuando los corazones de los justos brillan solo por el amor a las buenas obras. La casa del Señor tiene en las tablas de cedro sus tallados y uniones trabajadas, cuando los elegidos se conectan entre sí con el bellissimo vínculo de la caridad; de modo que, aunque la multitud de fieles sea innumerable, con razón se dice que tienen un solo corazón y una sola alma por la sociedad de la fe y el amor común (Hechos III). Pues los tallados, que se añadían a las uniones de las tablas para que de todas se hiciera un solo pavimento, son los oficios de la caridad, por los cuales la santa fraternidad se une entre sí y se compone en una sola casa de Cristo en todo el orbe de la tierra. Esta casa también tiene relieves prominentes, cuando las obras de las virtudes los santos no las ocultan en secreto, sino que las manifiestan abiertamente a todos, mostrando cómo son ellos mismos, qué hacen, como ejemplo de vida, como lo hizo el apóstol Pablo, quien no solo predicando a Cristo a las naciones y sufriendo por Cristo mostraba cuánto sobresalía, sino que también en las cartas enviadas a las Iglesias declaraba con feliz glorificación cuántos peligros había soportado por Cristo, cuántas revelaciones había recibido de Cristo, quien no dudaba en decir a sus oyentes: Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (I Cor. XI). ¿Qué muestra en la casa del Señor, sino relieves prominentes, porque se presentó a todos como imitable por la singular cumbre de la virtud? Todo estaba revestido con tablas de cedro, y no se podía ver piedra alguna en la pared. Y las piedras de la pared o del pavimento, y las tablas y el oro, designan toda la vida de los santos en la Iglesia. Pero con la distinción, cuando se colocan juntos, de que los santos sean piedras vivas, unidos por la fortaleza de la fe en una misma regla; las tablas de cedro o de abeto sean los santos, conectados entre sí por la amplitud de diversas virtudes, según los dones del Espíritu Santo en una misma fe; las láminas de oro son los santos sobresalientes, que tienen la caridad del conocimiento, y con este resplandor gratísimo se regocijan mutuamente. El bienaventurado apóstol abarcó estas tres cosas en una sola sentencia, diciendo: Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gál. V). La piedra invicta representa la fe, el cedro la acción fragante, el oro la caridad que trasciende todo. Y la pared de piedra está revestida con tablas de cedro, cuando la profesión de fe se adorna con buenas obras, para que no sea juzgada ociosa o muerta sin obras. Pero porque la ley está escrita en piedra, y la doctrina del Evangelio está confirmada por la madera de la pasión del Señor, de donde también el pueblo era circuncidado en el prepucio con

pedra, nosotros somos consagrados en la frente con la señal de la cruz. No es incongruente que las paredes del templo, de piedra, o el pavimento cubierto con mármol preciosísimo, representen el tipo de aquellos que vivieron fiel y perfectamente bajo la ley; y que las tablas de cedro o de abeto indiquen a los justos del Nuevo Testamento, que queriendo seguir al Señor, se niegan a sí mismos y, tomando su cruz, lo siguen diariamente. Y puesto que a los justos de ambos tiempos les espera la gloria común de la recompensa celestial, a las piedras y maderas preciosas se les añade la triple especie de láminas de oro. No debe parecer contradictorio lo que dijimos antes, que el pórtico que estaba delante del templo representa la figura de los fieles antiguos; y el mismo templo, de aquellos que vinieron al mundo después del tiempo de la Encarnación del Señor; y la casa interior representa las alegrías del reino celestial, que se dan a ambos justos; ahora digamos que las paredes de piedra representan al antiguo pueblo de Dios, las tablas de cedro al nuevo, y las láminas de oro, las recompensas de ambos en los cielos, ya que las mismas paredes del templo, tanto en el pórtico como en el mismo templo y en el santo de los santos, estaban compuestas de igual manera de piedras, maderas y oro. Hay, de hecho, en diversas cosas, una repetición múltiple de las mismas figuras. Pero también debe decirse que hubo muchos, tanto bajo la ley como antes de que se escribiera la ley, que servían al Señor legalmente, no matando, no fornicando, no robando, no dando falso testimonio, honrando a su padre y madre, y amando a sus prójimos como a sí mismos. Estos pertenecían a las paredes de piedra del pórtico. Hubo otros, que con mayor perfección, dejando los negocios del mundo y tomando su cruz, seguían al Señor, quienes, como dice el Apóstol: Experimentaron burlas y azotes, además de cadenas y cárceles, fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron errantes en pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos, de los cuales el mundo no era digno (Hebr. XI). Estos que antes de los tiempos manifestados del Evangelio llevaron una vida evangélica, ¿qué otra cosa eran sino las tablas de cedro que brillaban en el pórtico antes de la entrada del templo? A ambos, porque el mismo reino celestial los recibe en común, aunque en mansiones distintas, como el pórtico del templo, después de las piedras y el cedro, está cubierto de oro por dentro. Hay, sin embargo, en este tiempo muchos que, contentos con los preceptos legales que mencionamos antes, creen que es suficiente para ellos si merecen llegar a la vida. Hay otros que, esforzándose por la perfección, venden todo lo que tienen y siguen al Señor, recordando aquella promesa, en la que a tales personas en la resurrección no solo se les predijo la vida, sino también un honor especial: En verdad os digo, dice, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX). Estos pertenecen figurativamente a las paredes del templo hechas de piedra blanca, aquellos a las tablas de cedro, ambos esperan del Señor las recompensas de la luz eterna, como láminas de oro con las que se decoran. Hay en los recovecos del templo piedras preciosas, hay tablas de madera aromática, ambas cubiertas de oro; porque tanto aquellos que caminaron inmaculadamente en la ley del Señor, como los que recibieron perfectamente la gracia del Evangelio, disfrutaron juntos de la vida eterna. El oráculo en medio de la casa en la parte interior fue hecho para colocar allí el arca del pacto del Señor. Esto se explicó anteriormente, porque la casa interior representa los secretos de la patria celestial, y el arca del pacto designa al Señor Salvador, en quien solo tenemos el pacto de paz con el Padre; quien después de su resurrección ascendió al cielo, y la carne que asumió de la virgen, la colocó a la derecha del Padre. Además, el oráculo tenía veinte codos de longitud, y veinte codos de anchura, y veinte codos de altura. Significa la pared de cedro, que separaba el oráculo, es decir, el santo de los santos, del edificio exterior, como dijimos antes. El oráculo, por tanto, donde estaba el arca, tenía veinte codos de longitud, anchura y altura, es decir, en forma cuadrada; porque en aquella patria celestial, donde los ojos de los santos ven al Rey en su belleza, solo la caridad de la gracia divina y fraterna brilla por todas partes; lo cual se

afirma también con las palabras presentes, cuando se dice: Y lo cubrió y revistió con oro purísimo; lo cual es decir abiertamente que los muros de la ciudad celestial están llenos de la gracia de la caridad.

CAPÍTULO XII. Que el altar del oráculo esté cubierto de cedro y oro.

Pero también el altar lo revistió de cedro. Se refiere al altar del incienso, que estaba delante del oráculo, del cual se añade poco después: Pero también cubrió todo el altar del oráculo con oro. De donde se da a entender que el mismo altar fue hecho de piedra, revestido de cedro, y luego cubierto de oro. Significa, sin embargo, típicamente la vida de los justos perfectos, que están como en la vecindad del oráculo; porque, abandonando las bajas delectaciones, dedican todo su cuidado solo a la entrada del reino celestial. Por lo cual, bien en este altar no se quemaban carnes de víctimas, sino solo incienso; porque tales personas no necesitan ya matar en sí mismas los pecados de la carne y las tentaciones de los pensamientos, sino que solo ofrecen en presencia de su Creador los aromas de oraciones espirituales y deseos celestiales, por el fuego del amor eterno. Pero lo que en este altar de piedra, cedro y oro figura, se puede entender fácilmente por lo que se ha dicho anteriormente. También cubrió la casa delante del oráculo con oro purísimo, y fijó las láminas con clavos de oro. Dijimos que la casa delante del oráculo tiene el tipo de la iglesia presente, donde ardemos con el amor de nuestro Redentor, aunque aún no podemos verlo cara a cara. Por lo cual, apropiadamente esta casa está cubierta de oro excelente, pero separada del oráculo por una pared intermedia. Se llama oráculo cuando se concede a los hombres la comunicación divina o angélica con la revelación de ciertos secretos. Por lo cual, bien el oráculo está hecho en lo oculto, es decir, en la casa interior, porque en la patria celestial se nos revelará la visión y comunicación de los ángeles, y la misma presencia de Dios; según lo que la misma Verdad promete a los que lo aman, diciendo: Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él (Juan XIV); y de nuevo: Viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré abiertamente acerca de mi Padre (Juan XVI). Por tanto, la casa delante del oráculo está cubierta de oro, porque todos los justos perfectos en esta vida, donde aún no pueden escuchar abiertamente acerca del Padre, es decir, aún no pueden verlo abiertamente, adornan la fe y la obra de la justicia con el amor divino, por el cual merecen la visión perfecta y el pleno conocimiento de Dios. Las láminas de oro, con las que está cubierta la casa, son las operaciones de la piedad multifacética, que el amor casto ofrece en servicio ya sea de su Creador o de la necesidad fraterna. Los clavos de oro con los que estaban fijadas las láminas son los mismos preceptos de la caridad, o las promesas de la claridad eterna, por las cuales, en el ejercicio y estudio de la virtud, no desfallecemos, sostenidos por la gracia de Cristo. Por lo cual, bien de estos mismos clavos está escrito en el libro de las Crónicas: Pero también hizo clavos de oro, de modo que cada clavo pesaba cincuenta siclos (II Crón. III). Porque en el número cincuenta suele figurarse en las Escrituras la remisión de los pecados, la gracia del Espíritu Santo y el descanso eterno, ya que el salmo cincuenta es de penitencia y remisión, el año cincuenta es jubilar, y en el quincuagésimo día después de la Pascua, el Espíritu Santo descendiendo consagró a la Iglesia primitiva. Y los clavos eran de cincuenta siclos cada uno, con los que se fijaban las láminas de oro en las paredes de la casa del Señor; porque las palabras celestiales, por las cuales progresamos y nos conservamos en el amor de las buenas obras, nos prometen el perdón de los pecados, la gracia del Espíritu Santo, y el sabbatismo eterno en el futuro. Y estos son los clavos de la caridad. Pero hay otros clavos del temor, con los que los principiantes, y los que aún no han llegado a la perfección, mortifican las tentaciones de los vicios carnales y las voluptuosidades; aquellos discursos de la verdad, cuya instrucción nos enseña a crucificar nuestra carne con sus vicios y concupiscencias, que el profeta deseaba tener cuando decía: Clava con tus clavos de temor mi carne, porque de tus

juicios he temido (Sal. CXVIII). Quien, llegando de nuevo a la perfección, dice de los clavos de la caridad: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Sal. LXXII). Y no había nada en el templo que no estuviera cubierto de oro. Pero también cubrió todo el altar del oráculo con oro. Arriba se ha dicho del altar, pero estas cosas se explican más plenamente en el libro de las Crónicas, donde también se dice que el pórtico que estaba delante de la fachada del templo estaba dorado por dentro, y que las cámaras también estaban cubiertas. Donde la figura del misterio está a la vista, porque toda la Iglesia, tanto en este siglo como en el futuro, abunda en el don de la caridad, que agrada a Dios más que todas las demás virtudes, y aquí sola parece claramente eminente. El pórtico está dorado delante del templo, porque los padres del Antiguo Testamento agradaron a Dios por la caridad; el templo está dorado, porque la misma caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado; la casa interior está dorada, porque en la patria celestial solo reina la caridad. Pero allí más verdaderamente y con más seguridad, porque se ve al mismo Dios presente, que es caridad: allí más ciertamente, porque el mismo Mediador entre Dios y los hombres, que solo es consciente de los secretos del Padre, es siempre visto como el arca del Testamento. Pero que las cámaras también estén cubiertas de oro se refiere al mismo sentido. Así como la casa interior del santo de los santos, donde estaba el arca del pacto, designa la vida de los santos en la presencia de su Creador y Redentor, según aquello del salmista: Los esconderás en el secreto de tu rostro de la perturbación de los hombres (Sal. XXX); así las cámaras designan que la misma vida está en lo alto, es decir, en los cielos, y no en este mundo, como dice el Apóstol: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

CAPÍTULO XIII. De la hechura de los Querubines.

Y en el oráculo hizo dos querubines, etc. Querubines, como el profeta Ezequiel declara abiertamente, es un término de dignidad angélica, y en singular se dice Querub, en plural Querubines. Por lo tanto, en las figuras de los querubines, que fueron hechas en el oráculo, se pueden entender los ministerios angélicos que siempre asisten a su Creador en los cielos. Se dice correctamente que están hechos de madera de olivo, porque las virtudes angélicas, por la gracia del Espíritu Santo, están unguadas para que nunca se marchiten del amor de Dios. Ellos son partícipes con nosotros de aquel del que el profeta dice en alabanza a Cristo: "Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros" (Salmo 44). Correctamente están hechos figurativamente de madera de olivo, porque el mismo que los creó los llenó de la luz de la sabiduría celestial. Por eso quiso que se les llamara Querub, que en latín se interpreta como ciencia multiplicada o multitud de ciencia. Tienen diez codos de altura, porque disfrutaban del denario de la vida eterna, teniendo en sí la imagen inviolada de su Redentor, conservando para siempre la santidad, la justicia y la verdad que recibieron desde la primera creación. El denario consta de diez óbolos y solía contener en sí el nombre y la imagen del César. Por lo tanto, también se adapta perfectamente a las figuras del reino celestial, donde los santos ángeles permanecen siempre en la imagen de su Creador, a la cual fueron hechos, y los hombres elegidos recuperan su imagen, que habían perdido al pecar. Porque sabemos, dice, que cuando Él aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3). Un ala del querubín mide cinco codos, y el ala del otro querubín también mide cinco codos, es decir, tienen diez codos desde la punta de un ala hasta la punta de la otra. Cuando las alas se colocan en la figura de los santos hombres, significan sus virtudes, con las cuales siempre vuelan hacia las cosas celestiales y se deleitan en tener su conversación en ellas. Pero cuando las alas se colocan en la significación de los ángeles, ¿qué más apropiado que la gracia de su felicidad perpetua e indefectible, con la cual siempre persisten en el ministerio de su Autor en los cielos? O ciertamente porque están dotados de la

ligereza de la naturaleza espiritual, de modo que dondequiera que deseen, llegan casi volando, y aquí están figurados con alas, y se muestran a los profetas con alas. Bien se dice que el ala de un querubín mide cinco codos, y el ala del otro querubín también mide cinco codos; porque las virtudes angélicas guardan la ley de Dios, que está escrita en cinco libros, con devoción incansable, amando a Dios y a su Señor con todas sus fuerzas, y amando a sus prójimos como a sí mismos. Porque la plenitud de la ley es la caridad. Sus prójimos son los espíritus angélicos, y los hombres elegidos son igualmente sus conciudadanos. Por lo tanto, se dice que ambas alas tienen la misma medida, porque con la misma devoción con la que se aman mutuamente en Dios, también desean nuestra compañía cuando ascendemos hacia ellos. Así, las alas juntas completan diez codos cuando en la exhibición de la caridad gemela los ángeles se alegran de la presencia de su Creador. El segundo querubín también tenía diez codos de medida, y la obra era una en los dos querubines. Los dos querubines fueron hechos para significar la comunión de la misma caridad de la que hablamos, porque la caridad no puede existir con menos de dos. Por eso el Salvador se preocupó por enviar a sus discípulos de dos en dos a predicar, para enseñar tácitamente que aquellos que predicán la palabra de fe deben mantener la virtud del amor sobre todas las obras. Los dos querubines eran de la misma medida y obra, porque en esa patria celestial no hay disparidad de voluntades o pensamientos, donde todos son iluminados por la misma visión y gloria del Dios presente. Y puso los querubines en medio del templo interior. Extendían sus alas, y un ala tocaba una pared, y el ala del segundo querubín tocaba la otra pared. Las otras alas se tocaban entre sí en medio del templo. Es evidente por lo que se ha dicho antes por qué los querubines están colocados en medio del templo interior, cuya morada está siempre en los cielos. Extendían sus alas como para volar, porque los espíritus angélicos siempre tienen su ánimo preparado para obedecer la voluntad divina. Que un ala toque una pared y el ala del segundo querubín toque la otra pared se refiere a la administración de la caridad que los ángeles nos exhiben. Que las otras alas se toquen entre sí en medio del templo expresa la gracia del amor con la que se abrazan mutuamente. Bien se sigue: "Cubrió también a los querubines con oro", porque el Creador elevó su naturaleza con amor inmortal y llenó su mente con la verdadera luz del amor y la humildad. Es digno de notar que Moisés, al hacer el tabernáculo, hizo también dos querubines de oro, que colocó en el propiciatorio, que estaba sobre el arca. Salomón añadió otros dos más grandes, que colocó en el templo, bajo cuyas alas colocó el arca en medio con el propiciatorio y los querubines anteriores. Así se hizo que en el tabernáculo hubiera dos querubines, pero en el templo cuatro. Ambos pertenecen a una misma significación. Pero la obra fue repetida y hecha magníficamente por Salomón, para enseñar típicamente que la Iglesia, multiplicada por la Encarnación del Señor, debe extender la sublimidad de los ciudadanos celestiales más ampliamente a las naciones. Así alaban a su Creador por el don de la bienaventuranza que les ha sido concedido, y se regocijan también por nuestra liberación y nuestra introducción a la misma bienaventuranza. Extienden sus alas sobre el arca, cuando refieren todo el bien que han recibido a la alabanza del Señor Salvador. Extienden sus otras alas hacia las paredes del oráculo, cuando se alegran de ver también a los santos hombres con ellos, y los tocan como con las puntas de sus alas, a quienes se regocijan de haber sido consortes e imitadores de su pureza en esta vida. Tocan igualmente con sus alas las dos paredes, porque tienen como poseedores con ellos en el palacio celestial a los fieles de ambos pueblos, es decir, judíos y gentiles. No porque en esa patria haya una distinción local entre ambos pueblos, sino porque la festividad de la bienaventuranza interna se hace mayor por la compañía de la fraternidad unida. Así, los querubines extienden sus alas hacia ambas paredes del oráculo, porque regocijándose en la patria celestial, los justos de ambos pueblos también los excitan a la alabanza de su Creador con la visión de su gloria. Y no solo se alegran las huestes celestiales de la felicidad de los hombres justos que tienen con ellos dentro, sino que también cuidan diligentemente de nosotros, que aún estamos afuera,

clamando al Señor desde las profundidades. Por eso bien se dice de los mismos querubines en el libro de las Crónicas: "Ellos estaban de pie con los pies erguidos, y sus rostros estaban vueltos hacia la casa exterior". Los querubines estaban de pie con los pies erguidos, porque nunca se desviaron del camino de la verdad en el que fueron puestos tan pronto como fueron creados. Los ángeles tienen sus rostros hacia la casa exterior, porque desean que nosotros, arrebatados de esta peregrinación de aflicción, lleguemos a su compañía. Así, estaban de pie con los pies erguidos, así extienden sus alas hacia las paredes del oráculo cubiertas de oro, mientras tienen sus rostros vueltos hacia la casa exterior, porque los ángeles así conservan perpetuamente su inocencia, así se regocijan de la bienaventuranza de las almas santas en los cielos, que no dejan de ayudar a los elegidos que aún ven peregrinar en la tierra, hasta que también los introduzcan en la patria celestial. Porque todos son espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación (Hebreos 1). También se pueden figurar por los dos querubines los dos Testamentos; que ciertamente los querubines fueron hechos en el oráculo, porque en el consejo de la providencia divina, inaccesible e incomprensible para nosotros, fue dispuesto antes de los siglos cuándo, y cómo, y por qué autores se escribiría la Sagrada Escritura. Están hechos de madera de olivo, porque los libros divinos fueron escritos por hombres de misericordia, cuyas obras de piedad no faltaron, por hombres iluminados por la unción del Espíritu Santo. Están hechos de madera de olivo, porque nos otorgan la luz del conocimiento, ayudados por la llama del amor de Dios, que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Tienen diez codos de altura, porque predicán que se debe servir a Dios mediante la observancia del decálogo de la ley; porque muestran que los que sirven fielmente a Dios serán recompensados con el denario del reino eterno. Tienen alas gemelas, que los Testamentos a través de lo adverso y lo próspero siempre se han extendido con propósito incansable hacia las cosas celestiales, y han llegado a ellas; porque esto es lo que demuestran que sus oyentes deben hacer. Un ala del querubín mide cinco codos, y el ala del otro querubín también mide cinco codos; porque en toda la variedad de los días que pasan, los santos extienden todos los sentidos de su cuerpo en servicio de su Creador, teniendo siempre sus ojos puestos en el Señor, deseando escuchar la voz de su alabanza, y narrar todas sus maravillas, teniendo sus palabras dulces a su paladar, más que la miel y el panal a su boca, corriendo en el olor de sus ungüentos, y mientras les quede aliento, y el Espíritu de Dios en sus narices, no hablan iniquidad con sus labios, ni pronuncian necedad con su lengua. Así, avanzando con las armas de la justicia a diestra y siniestra, llegan a la percepción del denario celestial, que el sumo padre de familia prometió a los cultivadores de su viña. Y la obra era una en los dos querubines, porque los escritores de ambos instrumentos servían a Dios con la misma castidad de obra y devoción de caridad, predicando con una sola y concordante voz y fe del Señor. Y ciertamente el Nuevo Testamento narra los hechos de la encarnación del Señor, su pasión, resurrección, ascensión, la vocación de los gentiles, la expulsión de los judíos, la múltiple tribulación de la Iglesia; estas mismas cosas el Antiguo Testamento, si se entiende correctamente, predicaba que se harían verdaderamente. Por lo tanto, la venida del Anticristo, el fin del siglo, el día del juicio final, y la gloria eterna de los buenos, y el castigo de los reprobos, ambos Testamentos lo prueban con verdad concordante. Por lo tanto, las alas interiores de los querubines se tocaban sobre el arca, porque ambos Testamentos concuerdan con igual testimonio del Señor. Asimismo, con sus alas exteriores, uno tocaba una pared y el otro la otra, porque el Antiguo Testamento fue escrito propiamente para el antiguo pueblo de Dios, y el Nuevo para nosotros, que venimos a la fe después de la Encarnación del Señor: y correctamente se nos compara con la segunda pared, es decir, la septentrional, a quienes después de los fríos y las tinieblas de la idolatría se nos ha dado conocer la luz de la verdad. Porque aunque la Iglesia primitiva floreció principalmente de los judíos, y se cree que todo Israel será salvo cerca del fin del siglo, sin embargo, muchos de los fieles de este tiempo se congregan de entre los gentiles

para recibir los sacramentos del Evangelio; a quienes también se les ha dado divinamente que, con los ojos de su corazón revelados, reconozcan claramente que la letra del Antiguo Testamento está llena de los misterios de la gracia evangélica. Los querubines tienen sus rostros vueltos hacia la casa exterior, porque los libros divinos fueron escritos para nosotros que aún estamos afuera, y no en realidad, sino que hemos sido salvados en esperanza; porque sus escritores, ya reinando con el Señor y alabándolo en los cielos, cuidan de nuestra salvación, e interceden ante su piedad por nuestros errores. Los querubines están cubiertos de oro, porque la autoridad de los Testamentos se confirma con las obras ilustres de sus escritores. Por el conocimiento manifiesto de las Escrituras divinas en el mundo, o por la gloria interna de las huestes celestiales (porque ambos querubines, como hemos dicho, designan tanto a los ángeles como a los Testamentos), muchos comenzaron a convertirse a la fe y a abundar en buenas obras, de donde se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XIV. Que las paredes esculpidas y el pavimento estén revestidos de oro.

Y esculpió todas las paredes del templo alrededor, etc. Todas las paredes del templo alrededor son todos los pueblos de la santa Iglesia, que, colocados sobre el fundamento de Cristo, llenaron el ámbito de todo el mundo, y no cesan de aumentar diariamente el edificio de la fe comenzado, como con la adición de una nueva prole de sus miembros, como con la adición de piedras preciosas. Estas paredes son esculpidas con diversas tallas, cuando a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de sanidades en un Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Y para llegar a aquellas virtudes que todos podemos tener, caridad, gozo, paz, longanimidad, paciencia, benignidad, bondad, fe, modestia, continencia, y los demás frutos del Espíritu, ¿qué son sino las tallas de las paredes del templo, porque son los ornamentos de las mentes del pueblo de Dios? Las mismas paredes son esculpidas también con torno, cuando los fieles tienen un ánimo dispuesto para hacer todo lo que el Señor ha mandado, para sufrir todo lo que permite, diciendo de corazón en cada cosa que ocurre: "Bendeciré al Señor en todo tiempo" (Salmo 33); y "Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado; cantaré y salmodiaré al Señor" (Salmo 56). Son esculpidas con torno, cuando dedican tanto esfuerzo a las virtudes, que no pueden ser desviados del camino de estas por ningún peligro de las cosas circundantes, ni por ninguna lisonja. Porque la tornería supera a las demás artes en velocidad, y se establece a sí misma como regla para completar la obra sin error, se representa adecuadamente por esta la vida piadosa de los santos, que siempre está preparada para obedecer la voluntad divina, y ha aprendido a cumplirla sin desvío de error, ejercitada por largo uso de virtudes. Por eso la santa Iglesia, admirando las virtudes de su esposo y Redentor en el Cantar de los Cantares, decía: "Sus manos son tornadas de oro, llenas de jacintos" (Cantar 5). Sus manos son tornadas, porque apareciendo en la carne, la virtud y la sabiduría de Dios realizó sin ninguna tardanza de demoras, sin ningún rodeo de errores, todas las santidades y milagros que quiso. Son de oro, porque lo que mandó que se hiciera exteriormente, lo dio más plenamente con su poder divino. Están llenas de jacintos, porque refirió todo lo que hizo a la gloria del Padre, porque por las obras que hizo, eleva nuestros sentidos a buscar las cosas celestiales. Por lo tanto, todas las paredes del templo alrededor son esculpidas con diversas tallas y torno, cuando la Iglesia en el mundo se dedica a la ejecución de las virtudes espirituales con devoción pronta, sin ningún error en absoluto, donde bien se dice: "Y en ellas hizo querubines y palmas, y pinturas diversas, como prominentes de la pared, y salientes". Porque Salomón hace querubines en las paredes del templo, cuando da a sus elegidos dirigir su vida según la regla de las Sagradas Escrituras, en las que hay multitud de ciencia. Hace querubines, cuando les

enseña en este mundo a imitar, en la medida de lo posible, la castidad de la conversación angélica, que se lleva a cabo principalmente con vigiliias y alabanzas divinas, con sincero amor al Creador y al prójimo. Hace palmas, cuando imprime en sus mentes la memoria de la retribución eterna, para que se desvíen menos de la cima de la justicia, cuanto más siempre tienen ante los ojos de su corazón: hace pinturas diversas, como prominentes de la pared, y salientes, cuando les concede operaciones de virtudes multifacéticas; por ejemplo, entrañas de misericordia, benignidad, humildad, paciencia, modestia, soportarse mutuamente y perdonarse unos a otros, sobre todo esto, tener caridad, que es el vínculo de la perfección. Y cuando estas virtudes han llegado a tal costumbre en los elegidos, que parecen estarles naturalmente implantadas, ¿qué son sino pinturas de la casa del Señor prominentes como saliendo de la pared? Porque tanto las palabras como las obras de la verdad no las aprenden ya de otros desde fuera, sino que, profundamente arraigadas, siempre están listas para ser sacadas de lo más íntimo del corazón, lo que debe hacerse o enseñarse. Pero también cubrió el pavimento de la casa con oro por dentro y por fuera. Por dentro y por fuera, significa en el oráculo y en el mismo templo. Hemos dicho antes que la igualdad del pavimento designa la humilde concordia de la santa fraternidad; donde, siendo judíos y gentiles, bárbaros y escitas, libres y esclavos, nobles e ignobles, todos se glorían de ser hermanos en Cristo, todos tienen el mismo Padre, que está en los cielos. Porque no es lícito a nadie dudar de la concordia más perfecta de los ciudadanos celestiales. Por lo tanto, Salomón cubrió el pavimento de la casa con oro por dentro y por fuera, porque nuestro Rey pacífico llenó perfectamente y plenamente con el don del amor tanto a los ángeles como a las almas de los justos en los cielos, y a los peregrinos en este mundo, ciudadanos de la misma patria celestial, los separó de la vileza de los demás mortales con el sello del amor: "En esto conocerán", dice, "todos, que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros" (Juan 13).

CAPÍTULO XV. Sobre la entrada del templo, o del oráculo.

Y en la entrada del oráculo hizo puertas de madera de olivo, etc. Lo que primero había dicho: Hizo puertas de madera de olivo, parece querer explicarlo más claramente cuando añade: Y dos puertas de madera de olivo; pues había una entrada al oráculo, pero la misma entrada se cerraba con dos puertas. Y nuevamente, al abrirse, se abría, así como el templo y el pórtico frente al templo no tenían más que una entrada; ciertamente por una razón de misterio, porque un Señor, una fe, un bautismo, un Dios, una entrada debe esperarse en la Iglesia presente por el bautismo, una en el reino celestial por las obras de la fe. Pues que había una entrada al oráculo, lo testifica lo que está escrito más abajo sobre el arca: Y cuando sobresalían las varas, y se veían sus extremos fuera del santuario frente al oráculo, no se veían más afuera (III Reyes VIII). Donde se muestra claramente, si no me equivoco, que había una entrada al oráculo, y esta estaba hecha frente al arca, que estaba en medio del mismo oráculo; cuyas puertas de entrada, por significación, pueden ser interpretadas de muchas maneras. Pues designan claramente a los espíritus angélicos, por cuyo ministerio somos introducidos en la morada de la patria celestial; y también a los hombres apostólicos, que tienen la figura de los apóstoles, a quienes se les dieron las llaves del reino de los cielos; quienes, habiendo recibido del Señor el poder de atar y desatar, admiten dentro de la puerta del reino a los dignos, y eliminan del ingreso a la vida eterna a los contumaces, impuros y soberbios excomulgándolos o anatematizándolos. Pero también las obras de justicia, por cuyo mérito se llega al reino celestial, pueden ser correctamente designadas típicamente por las puertas, por las cuales se ingresaba al santo de los santos; según lo que está escrito en el libro de la Sabiduría: La observancia de las leyes es la consumación de la incorruptibilidad, y la incorruptibilidad acerca a Dios. El deseo de la sabiduría conduce al reino eterno (Sab. VI). A todo esto se adapta adecuadamente que las mismas puertas estén hechas de madera de olivo,

porque ciertamente tanto los ángeles como los hombres perfectos se muestran gloriosos en la casa de Dios por el fruto de la misericordia y las obras de luz; más aún, todos los elegidos abren para sí mismos el acceso a la patria celestial por las armas de la luz y la piedad. Sin embargo, hay dos puertas, ya sea porque los ángeles y los hombres santos aman a Dios y al prójimo; y no pueden entrar por la puerta de la vida sino por este doble amor; o porque la misma puerta de la vida se abre a ambos pueblos fieles, a saber, judíos y gentiles. Los postes tienen cinco ángulos, porque no solo el aula del cielo recibe las almas de los elegidos, sino que también abrirá sus puertas a los cuerpos dotados de gloria inmortal en el juicio. Pues hay cinco sentidos en nuestro cuerpo, de los cuales ya hemos mencionado: vista, oído, gusto, olfato y tacto. O ciertamente, cada poste del tabernáculo está hecho de cinco codos, porque la entrada a la patria celestial se abre solo a aquellos que han procurado servir al Señor con todos los sentidos de su cuerpo y corazón; del cuerpo, a saber, cuando actúan por esos mismos sentidos; del corazón, cuando piensan sobriamente, justamente y piadosamente sobre lo que deciden hacer a través de esos sentidos del cuerpo. Y esculpió en ellos querubines, y caras de palmas, y relieves muy prominentes, y los cubrió de oro. Γλυφή en griego, en latín se dice talla. Todas estas cosas, junto con los querubines, se colocaron en la ornamentación de las paredes del templo y se explicaron según nuestra capacidad. No hay que esforzarse en afirmar que a las obras de las virtudes, que la Iglesia ejerce en sus santos y perfectos por todo el mundo, deben dedicarse con toda diligencia aquellos a quienes se les ha confiado el cuidado de los fieles y se les han dado las llaves del reino de los cielos, para que, en la medida en que sobresalen en grado sobre los demás, también sobresalgan en mérito de buena acción. Pues tienen en sí la pintura de los querubines esculpida, imitan en la tierra la vida angélica, en la medida en que es posible para los mortales, tanto en mente como en obra. Tienen también las figuras de las palmas, cuando meditan con intención fija los dones de la retribución celestial. La palma es el ornamento de la mano victoriosa. Tienen relieves muy prominentes, cuando muestran a todos los que los contemplan los documentos más seguros de las buenas obras, y que nadie puede interpretar en sentido negativo. Y todas estas obras están cubiertas de láminas de oro, cuando, como se ha dicho a menudo y siempre se debe decir, el resplandor del amor sobresale especialmente en los grandes miembros de la Iglesia sobre las demás flores de las virtudes. También se dice en las Crónicas que se añadió un velo a estas puertas. Hizo también un velo, dice, de jacinto, púrpura, escarlata y lino fino, y tejió en él querubines. Esto se hizo por la gracia del adorno, para que entre las paredes doradas también brillara la seda. Pero en la significación del mismo misterio, del cual también las puertas ante el arca y la entrada del oráculo estaban colgadas; para que así como las puertas se abrían en las horas convenientes, así también el velo se revelara cada vez que vinieran aquellos a quienes se les permitía entrar en el santo de los santos. Por lo tanto, la revelación diligente de este velo significa la apertura de la ley y del reino celestial, que nos ha sido dada por la encarnación de nuestro Señor y Salvador. Por lo cual, cuando fue bautizado, los cielos se abrieron, para mostrar que por el bautismo que él mismo nos consagró deberíamos entrar en la puerta de la patria celestial. Y cuando murió en la cruz, el mismo velo se rasgó de arriba abajo, para enseñar abiertamente que las figuras legales ya habían llegado a su fin, y que la verdad del Evangelio y los secretos celestiales, y el mismo ingreso al cielo, no debían ser ya profetizados y figurativamente significados, sino que ya estaban a punto de ser abiertos a todos, quienes desde el principio del mundo hasta ese momento habían pasado del mundo en la fe de la verdad. Pues en el cuadragésimo día después de la resurrección del Señor, todos con él ascendieron al cielo, y removido todo velo, cada uno recibió en la casa del Padre las muchas moradas según sus méritos. Pero también para nosotros, que aún habríamos de venir, en esa misma hora se abrió ya el ingreso a esa ciudad celestial y casa del Padre. A esta ciudad, ciertamente, no se asciende sino por los deseos internos de los bienes eternos, por la fe y los sacramentos de la pasión del Señor, por el fervor del amor sincero, por la

mortificación de la concupiscencia carnal, y por la ayuda diaria de los ángeles. Por lo cual, bien se recuerda que el mismo velo, bajo el cual se entraba al oráculo, fue hecho de jacinto y púrpura, escarlata y lino fino, y que también se tejieron en él querubines. Pues el jacinto, que imita el color del cielo, se compara adecuadamente con los deseos de las cosas celestiales; la púrpura, que se confecciona con la sangre de los moluscos y presenta la misma apariencia sanguínea, no sin razón significa el sacramento de la pasión del Señor, por el cual debemos ser iniciados, y que debemos imitar llevando nuestra cruz. La escarlata, que resplandece con color rojo, expresa adecuadamente la virtud del amor, de la cual dijeron admirados los discípulos que caminaron con el Señor: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV). El lino fino, que nace de la tierra con un brote verde y, tras un largo ejercicio de los artesanos, pierde su verdor natural y se lleva a una apariencia blanca, insinúa adecuadamente la castidad de nuestra carne. De cuyo humor innato el apóstol Pablo manda que se seque, diciendo: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, pasión, malos deseos y avaricia, que es idolatría (Col. III). A qué gracia de blancura quiere llevar esto, lo muestra el mismo apóstol, diciendo: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; que sea vuestro culto racional (Rom. XIII). Se tejen en el velo querubines, confeccionados con esos mismos cuatro colores exquisitos, cuando en todo lo que hacemos piadosamente somos protegidos de los dardos venenosos de los demonios por la ayuda de los ángeles, con el don del Señor. Se tejen en el velo querubines, cuando en las buenas obras que hacemos usamos incesantemente la multitud del conocimiento, mirando siempre a las palabras divinas; y para que no nos desviemos del camino de las virtudes, guiamos nuestros pasos con su mirada. Y en la entrada del templo hizo postes de madera de olivo cuadrados, y dos puertas de madera de abeto a cada lado; y cada puerta era doble, y se abría sosteniéndose mutuamente. Así como la entrada del oráculo, por la cual se llegaba al arca del Señor y a los querubines, significa la entrada al reino celestial, donde esperamos y deseamos ser introducidos a la visión de nuestro Creador y de los ciudadanos celestiales, así la entrada al templo, los comienzos de nuestra conversión a Dios, cuando ingresamos a la Iglesia presente, lo demuestra típicamente. Esta señala nuestra entrada a la fe, aquella a la visión. Por lo cual, adecuadamente los postes de esta entrada fueron hechos cuadrados, por los cuatro libros del santo Evangelio, cuya doctrina nos instruye en la fe de la verdad, o por las cuatro virtudes principales, prudencia, fortaleza, templanza, justicia, sobre las cuales, como un fundamento muy firme, se apoya toda la estructura de las buenas obras. Pues la prudencia es por la cual aprendemos qué debemos hacer, cómo debemos vivir. La fortaleza, por la cual cumplimos lo que hemos aprendido que debemos hacer, virtudes que el profeta abarca brevemente en un versículo, diciendo: El Señor es mi luz y mi salvación (Sal. XXVI). Luz, para que nos enseñe lo que debemos hacer; salvación, para que nos fortalezca para cumplirlo. La templanza, por la cual discernimos para no encontrarnos dando más o menos de lo justo a la prudencia o a la fortaleza. Y puesto que quien usa la prudencia, la fortaleza y la templanza, sin contradicción alguna se prueba justo. La cuarta virtud, después de la prudencia, la fortaleza y la templanza, es la justicia. Las dos puertas que se hicieron en esta entrada son el amor a Dios y al prójimo; que bien se dice que se hicieron a cada lado, porque se miran mutuamente, de modo que una no puede existir sin la otra: Pues todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios. Y todo el que ama al que engendró, ama al que ha nacido de él (I Juan V). Y como dice nuevamente: Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? (Ibid., IV). Por lo cual, correctamente la puerta exterior se entiende como el amor fraterno, y la interior como el amor divino, porque aquella es anterior en el tiempo, esta es más sublime en dignidad. Y por aquella se entra a esta, porque del amor al prójimo se aprende cómo debe amarse al Creador. Sin embargo, cada puerta era doble, y se abría sosteniéndose mutuamente, porque en cada

amor hay dos cosas que principalmente debemos observar. En el amor a Dios, es necesario que tengamos la fe de la verdad y la pureza de la buena obra. Pues sin fe es imposible agradar a Dios; y la fe sin obras está muerta; en el amor al prójimo, se debe guardar la paciencia y la benignidad, dice el apóstol Pablo: La caridad es paciente, es benigna (I Cor. XIII). Paciente, a saber, para soportar las molestias e injurias de los prójimos; benigna, para perdonar de corazón y hacer el bien a aquellos cuyas injurias soporta. Tal caridad quiso el Señor que tuviéramos, cuando dijo: Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI). Perdonad las injurias a los que os hieren, dad ayudas de piedad a aquellos a quienes perdonáis las injurias. Tal amor desea que ofrezcamos él mismo, quien nos mandó decir en la oración: Danos hoy nuestro pan de cada día; y Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI). Sin embargo, cada puerta era doble, y cada amor se perfecciona en un doble orden. Cada una se abría sosteniéndose mutuamente, porque las virtudes están unidas, y no pueden ser separadas entre sí. Pues ni la fe sin obras, ni las obras buenas sin fe pueden agradar. Ni tampoco basta soportar las injurias, quien desprecia ministrar lo necesario a aquel a quien tolera, cuando podría hacerlo; ni a quien tiene la sustancia del mundo le basta dar de ella al prójimo necesitado, si no perdona sinceramente de corazón las molestias que tal vez le haya causado. Pues lo que se dice de cada una de esas puertas, que se abría sosteniéndose mutuamente, esta apertura no designa la separación de las virtudes espirituales; sino que más bien indica que por la conjunción de estas, la entrada a la santa Iglesia se nos abre más, para que cuanto más abundemos en ellas, tanto más verdaderamente nos asociemos a los coros de los santos. Así también la división del mar Rojo, por la cual el pueblo de Dios escapó del egipcio que lo perseguía, no significó la división del único bautismo, sino más bien la apertura por la cual, extinguidos todos los pecados, pasamos a la orilla y al desierto de las virtudes; o ciertamente la puerta que se abría sosteniéndose mutuamente se abre, cuando por el ministerio del predicador se discierne qué pertenece propiamente al conocimiento de la fe, qué a la castidad de vida, que sin embargo ambas no pueden separarse de su conexión; cuánto dista entre sí soportar los males de los prójimos, y encomendarles nuestros bienes, cuando estas ciertamente suelen permanecer indisolubles en un mismo corazón de los perfectos. Es de notar, ciertamente, que en la entrada del oráculo se dice que había dos puertas, pero no se dice que estas fueran dobles; en la entrada del templo, es decir, de la casa anterior, había dos puertas, de modo que cada una era doble, porque ciertamente en la iglesia presente es necesario que llevemos una vida en la que guardemos el amor a Dios y al prójimo por la fe y la obra, por la paciencia y la benignidad. En la vida futura, sin embargo, donde veremos a Dios y a los prójimos en la luz de la eterna bienaventuranza, ciertamente con el mismo amor doble, sin ningún trabajo, más bien en gran descanso, disfrutaremos de la multitud de la dulzura divina. Por lo cual, adecuadamente la entrada de la casa interior tenía dos puertas, pero estas eran simples. Pues allí no es necesaria la fe, donde todo lo que ahora creemos y esperamos lo veremos en plena luz; no es necesario el trabajo de las obras, donde seremos recompensados con la recompensa perpetua de lo que aquí trabajamos; no es necesaria la paciencia, donde nadie inflige algo adverso; no es necesaria la munificencia de la benignidad, donde nadie necesita lo que es necesario. Estas cosas sobre la figura de las puertas, según nuestra medida, siguiendo las huellas de los Padres, hemos discutido; pero, según la forma de la obra, por la gracia del adorno, se proveyó que en una misma entrada del templo hubiera dos puertas. Pues era necesario que las paredes de la casa, que tenían veinte codos de altura, tuvieran también algunas grosos, en cuyo extremo de grosor las puertas estaban fijadas, de modo que cada puerta fuera igual a la pared y, ya sea que alguien estuviera dentro o fuera del templo, al mirar la puerta, le pareciera ser una sola pared en todo. De manera similar, la pared de cedro, que tenía veinte codos de longitud y altura, también debía tener un grosor no pequeño. Por lo cual, en esta entrada se hicieron dos puertas, para que desde ambos lados, es decir, dentro y

fuera, la puerta fuera igual a la pared; y puesto que la puerta tenía las mismas pinturas que la pared, verdaderamente parecía ser una sola pared extendida en todo, mostrando una gracia de adorno, prefigurando otra cosa en la dispensación del misterio. Lo que sigue, después de describir las puertas del templo: Y esculpió querubines y palmas, y relieves muy prominentes, y cubrió todo con láminas de oro, obra cuadrada a la regla, ya se ha expuesto anteriormente, porque tanto en las paredes de la casa, como en las puertas, y en los interiores de la Iglesia, se hicieron pinturas o relieves. Y se muestra la razón de la figura, por qué la misma pintura y relieves, los mismos querubines, recibe la primera puerta del templo que también la interior, porque ciertamente los mismos arcanos de la fe, la esperanza y la caridad, los sublimes y perfectos los captan sublimemente. Y lo que todos los elegidos perciben plenamente en la visión divina en los cielos, también se enseña y se entrega confesando a los catecúmenos rudos, para que, iniciados en los sagrados misterios, cuando sea, también lleguen a captar lo que piadosamente creyeron.

CAPÍTULO XVI. De los atrios de la casa del Señor.

Construyó el atrio interior con tres órdenes de piedras pulidas, etc. Habla brevemente del atrio interior, y parece guardar silencio sobre el exterior. Sin embargo, en los Libros de las Crónicas se menciona a ambos, donde está escrito: También hizo el atrio de los sacerdotes y una gran basílica, y las puertas de la basílica que cubrió con bronce (I Pedro IV). El atrio interior, llamado de los sacerdotes, porque los sacerdotes y levitas ministraban en él, estaba rodeado por el templo en todas sus partes, pero al este, donde estaba la entrada del templo, estaba mucho más alejado del templo que en las otras tres direcciones, porque en esa dirección, es decir, frente al templo, se realizaban los ministerios sagrados. Allí estaba el altar de bronce para ofrecer sacrificios al Señor, allí estaban las diez pilas para lavar los mismos sacrificios, allí estaba el mar de bronce para lavar las manos y los pies de los sacerdotes cuando entraban a ministrar. Este atrio tenía tres codos de altura, como narra Josefo, para prohibir la entrada de extraños al templo y significar que solo los sacerdotes podían entrar. Había una puerta en el lado oriental, hasta donde el pueblo llevaba sus sacrificios y ofrendas, para ser recibidos por los sacerdotes y llevados al altar.

Sobre el atrio exterior, que los Libros de las Crónicas llaman la gran basílica, Josefo escribe: Fuera de este templo, construyó otro patio, de forma cuadrangular, erigiendo grandes y anchas columnatas; y estableciendo puertas altas y amplias en las cuatro direcciones del mundo, en cada una de las cuales colocó puertas de bronce (Libro VIII). Y poco después: En este santuario entraban todos los pueblos que tenían purificación y observancia de las leyes. Estas columnatas, el senador Casiodoro en los Pandectas, como él mismo recuerda en su exposición de los Salmos, las distinguió en tres órdenes. El primer orden lo situó fuera del atrio de los sacerdotes en todas partes en forma cuadrada; el segundo de la misma manera fuera de las columnatas internas, alrededor en círculo; el último de manera similar en todos los lados de las columnatas anteriores en circuito. Así, el templo estaba protegido en todas sus partes por una triple defensa de edificios, con un pavimento al aire libre entre cada edificio de mármol, y las paredes interiores de las casas; es decir, las que miraban hacia el templo, hechas entre columnas, mientras que las exteriores eran sólidas. Así, toda la estructura del templo estaba razonablemente distinguida por la variedad de grados. Pues cuando el sumo sacerdote entraba en el Santo de los Santos, los sacerdotes estaban purificados en el mismo templo; en el atrio de los sacerdotes, los sacerdotes no purificados junto con los levitas y cantores en el atrio interior de la gran basílica, los hombres judíos purificados de pie y orando al aire libre, si el tiempo era sereno; si había tormenta, se refugiaban en las columnatas cercanas; en el atrio exterior, las mujeres judías purificadas; y

en el atrio más extremo, los gentiles y los judíos que recientemente habían venido de entre los gentiles, hasta el sexto día de purificación. Esto, como lo encontramos distinguido en la pintura de Casiodoro, nos hemos preocupado de anotar brevemente, así como él lo aprendió de los antiguos judíos, y no quiso proponer como ejemplo de lectura algo que él mismo no hubiera conocido como verdadero. Estos son los lugares a los que se refiere el supremo Salmo de los grados, que comienza así: Mirad ahora, bendecid al Señor, todos los siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Salmo CXIII). En estas columnatas Jeremías y otros profetas, en estas el Señor y los apóstoles predicaban la palabra al pueblo. En alguna de estas se sentaba el Señor enseñando, cuando los fariseos que lo tentaban le presentaron a la mujer adúltera para ser juzgada. En estas encontró a los que vendían y compraban bueyes, ovejas y palomas, y los expulsó del templo con sus mercancías. En estas Pedro y Juan, encontrando al cojo, lo sanaron y lo llevaron con ellos al interior para orar. En estas oraba toda la multitud del pueblo, cuando al poner incienso Zacarías, el ángel apareció junto al altar del incienso y le enseñó sobre el nacimiento del precursor del Señor. Sin embargo, estos atrios con sus columnatas no pudieron ocultar la vista del templo a los que lo miraban desde lejos, porque el lugar donde estaba situado el templo era mucho más elevado que donde se fundaron las columnatas. Pues así escribe Josefo: Las fábricas extremas de los atrios, aunque se erigieron en cuatrocientos codos, sin embargo, llegaron hasta la cima del monte en el que se construyó el templo (Ibid.); creímos que esto debía ser comunicado al lector estudioso sobre la destrucción del templo. Pero en lo que la Sagrada Escritura consideró conveniente relatar, busquemos las figuras de los misterios, y usemos simplemente el conocimiento histórico para lo demás.

El edificio del templo dentro del atrio de los sacerdotes expresa la vida de los perfectos en la santa Iglesia, y de los hombres sublimes, es decir, de aquellos que, por la excelencia de sus virtudes, se acercan al Señor y suelen mostrar a otros el camino de la salvación con palabra y obra. Pues el sacerdote recibió su nombre en latín porque debe ofrecer una guía sagrada a los menores. Con este nombre en las Escrituras, mística y ciertamente no solo se consideran los ministros del altar, es decir, obispos y presbíteros, sino todos aquellos que, por la altura de su recta conversación y la eminencia de su doctrina salvadora, no solo se benefician a sí mismos, sino a muchos, mientras presentan sus cuerpos como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Pues no solo a los obispos o presbíteros, sino a toda la Iglesia hablaba el apóstol Pedro cuando decía: Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II). Con cuyo honor de dignidad también estaba adornado el antiguo pueblo de Dios, diciendo él mismo a Moisés: Esto dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel (Éxodo XIX). Y poco después: Y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.

La gran basílica, que estaba fuera del atrio de los sacerdotes, en la que solía adorar toda la multitud del pueblo o acudir a escuchar la palabra, insinúa figurativamente la vida de los carnales en la santa Iglesia y las costumbres de los seculares, a quienes el Apóstol dice: Y yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo; os di a beber leche, no alimento sólido (I Cor. III). Que bien se designa por la gran basílica, porque sin duda alguna, en la santa Iglesia, el número de tales es mucho mayor que el de los perfectos. Pero tanto como sobresalen en número, tanto sucumben en mérito. Por lo que esta gran basílica, aunque acoge a muchos, no los introduce en el interior del templo dorado, ni al servicio del altar, ni siquiera en el atrio de los sacerdotes, porque los carnales y débiles aún en las Iglesias, aunque por el mérito de la fe casta y la piedad devotos a Dios, pertenecen a la suerte de los elegidos, sin embargo, están lejos de igualarse a aquellos que con confianza proclaman: No me atrevo a hablar de nada de lo que Cristo no ha hecho por

medio de mí para la obediencia de los gentiles, con palabra y hechos (Rom. XV). Y de nuevo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV).

El pueblo, en efecto, se acercaba hasta el atrio de los sacerdotes y llevaba sus sacrificios hasta la puerta de este, recibidos por los sacerdotes, y los seguía con la vista cuando eran ofrecidos en el altar. Incluso cuando el templo se abría, dirigía su mirada desde lejos, pero no tenía la facultad de entrar en el atrio de los sacerdotes; sin embargo, clamaba al Señor desde los lugares inferiores, porque la simplicidad de los carnales en la Iglesia no es despreciada por el Señor cuando ofrecen fielmente los votos de piedad que pueden. Dirigen su mirada desde lejos al templo de Dios cuando se alegran en aprender e imitar la vida de los sublimes, y abrazan con afecto de veneración piadosa a aquellos a quienes no pueden seguir en la imitación de la virtud. Ven los sacrificios de los sacerdotes consumirse en el altar por el fuego sagrado, porque reconocen las grandes recompensas de las obras dignamente recibidas del Señor por el Espíritu Santo. También llevan sus sacrificios al atrio de los sacerdotes para ser ofrecidos al Señor por ellos, cuando, haciendo el bien que pueden, son fortalecidos por la exhortación de los mayores y más doctos, y recomendados por su intercesión. Ofrecen también entonces sus sacrificios a los sacerdotes para que sean presentados al Señor por ellos, cuando dan a los santos necesitados las cosas necesarias de este mundo, de las que ellos mismos abundan, con la mirada puesta en la gran recompensa, siguiendo la advertencia del Señor que dice: Haced amigos con las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas (Lucas XVI). Y cualquiera que (dice) dé de beber a uno de estos pequeños, aunque solo sea un vaso de agua fría en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa (Mateo X). Y así, el mismo fuego en el altar de Dios consume los sacrificios de ambos, cuando el Señor juzga dignas las limosnas de los ricos, con las que han ministrado a los santos, junto con las grandes virtudes de los mismos santos, de su mirada y retribución.

La multitud de creyentes que, dejando sus posesiones, servían al Señor con un solo corazón y alma, es el templo de Dios, y el lugar dentro del atrio de los sacerdotes especialmente consagrado a él. Pero la gran basílica, y los que oran en ella alrededor del atrio de los sacerdotes en círculo, llevan la figura de aquellos que en ese tiempo creían de entre los gentiles en Siria y Antioquía, y en otras provincias y ciudades, a quienes los apóstoles y ancianos que estaban en Jerusalén no imponían más carga que abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de lo estrangulado y de la fornicación. Sin embargo, querían que sus ofrendas sustentaran a los pobres santos que estaban en Jerusalén, para que, ministrándoles sus cosas carnales, pudieran ser partícipes de sus cosas espirituales. Bernabé y Pablo con sus compañeros, que llevaban sus ofrendas a Jerusalén, son los sacerdotes que, recibiendo las ofrendas, las llevaban al altar del Señor para ser consagradas, porque trajeron la devoción de aquellos por quienes los santos debían orar. El atrio, por tanto, que estaba situado entre el lugar del pueblo y el de los sacerdotes, significa aquella división que en la santa Iglesia separa a los carnales, que recién comienzan el camino de la justicia, de la cumbre de los perfectos, no por la suerte de la elección, sino por la cantidad de méritos. Pues los carnales creen que les basta tener fe, esperanza y caridad, y la pureza de las obras. Pero los perfectos tienen también esto, y además se esfuerzan en predicar la palabra, dan todo lo suyo a los pobres, se dedican a vigiliias, ayunos, himnos y cánticos espirituales, a las sagradas lecturas, soportan persecuciones y peligros por la justicia, y ejecutan con pronta devoción de mente las demás cosas que Pablo se gloria de haber hecho con sus compañeros. Por lo que bien se recuerda que el atrio de los sacerdotes fue construido con tres órdenes de piedras pulidas y un orden de maderas de cedro. Tres son, en efecto, los órdenes de piedras pulidas: fe, esperanza

y caridad. Y correctamente pulidas, porque ciertamente es necesaria la habilidad para discernir cómo debe uno creer, esperar o amar. Pero un orden de maderas de cedro es la buena obra presentada sin corrupción de simulación, sin cuya adición, la fe, la esperanza y la caridad no pueden ser verdaderas. Pues se ha dicho a menudo que las maderas de cedro, por su fragancia y la incorruptible potencia de su naturaleza, designan la perseverancia y la fama de la acción piadosa. Hasta este atrio ascienden todos los elegidos que desean agradar a Dios con fe, esperanza, amor y obra. Los perfectos lo trascienden con la alta gracia de los méritos, cuando progresan tanto en la cumbre de las virtudes que pueden decir a sus oyentes: Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (I Cor. IV); y se glorían diciendo: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más las cosas de esta vida! (I Cor. VI).

CAPÍTULO XVII. Cuántos años se tardó en construir el templo.

En el cuarto año se fundó la casa del Señor, etc. El sentido de la alegoría es claro, por qué la casa del Señor se construyó en siete años, porque ciertamente la santa Iglesia se construye con almas elegidas durante todo el tiempo de este siglo, que se completa en el circuito de seis días, y con el fin del siglo, también lleva su crecimiento a su fin. O ciertamente se construye en siete años, por la significación de la gracia espiritual, por la cual la Iglesia recibe ser Iglesia. Isaías enumera siete dones del Espíritu Santo (Isa. XI), sin los cuales nadie puede llegar a ser fiel, ni guardar la fe, ni alcanzar la corona de justicia por el mérito de la fe. Pero que en el séptimo año, y en el octavo mes de este, la casa del Señor fue completada en toda su obra y en todos sus utensilios, se refiere al siglo futuro y al día del juicio, cuando la santa Iglesia alcanzará tal perfección que no se podrá encontrar nada que se le pueda añadir. Pues entonces tendrá lo que aquel piadoso deseador suplicante buscaba del Señor, diciendo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV). Es sabido que el día del juicio a menudo se expresa típicamente en las Escrituras con el número ocho, porque sigue a este siglo, que corre en siete días. Por eso el profeta puso el título para el octavo en el salmo que cantó por temor a ese mismo Juez estricto, comenzando así: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor, y lo demás (Salmo VI). Pero surge una cuestión que no debe ser despreciada, cómo se dice que la casa del Señor fue completada en el octavo mes en toda su obra y en todos sus utensilios, cuando en lo siguiente se lee que en el séptimo mes se completó su perfección y dedicación. Sin embargo, no es increíble que Salomón, construyendo el templo durante siete años, lo haya completado en el octavo mes del octavo año, o que haya diferido perfectamente la dedicación hasta el séptimo mes del noveno año. Por lo que parece más verosímil que la casa se construyó en siete años y siete meses, de modo que en ese mismo séptimo mes se celebró la solemnidad de la dedicación, y el día veintitrés de ese mes, como narran los Libros de las Crónicas (II Crón. VII), Salomón despidió al pueblo a sus tiendas, y así, después de una semana, al llegar el octavo mes, la casa del Señor se encontró completa, tanto en todas sus obras como en la dedicación previamente completada. A menos que se deba pensar que después de dedicado el templo, algo de los utensilios aún se añadió a sus ministerios hasta la entrada del octavo mes, apresurándose el rey para que el templo fuera dedicado completamente en el séptimo mes, que era todo solemne; y así se encuentra verdadero ambos, que el templo fue completado en el octavo mes en toda su obra y utensilios, y que fue dedicado en el séptimo mes.

También el rey Salomón envió y trajo a Hiram de Tiro, hijo de una mujer viuda de la tribu de Neftalí, de padre tirio, artesano en bronce, lleno de sabiduría, inteligencia y conocimiento para hacer toda obra en bronce. Cuando llegó al rey Salomón, hizo toda su obra (III Reyes VII). Y esto se hizo por la gracia del misterio. Pues el artesano tirio, que Salomón tomó como ayudante, significa a los ministros de la palabra elegidos de entre los gentiles; que, en efecto, el artesano se dice bien, porque era hijo de una mujer viuda de Israel. En cuya persona a

veces se suele figurar la Iglesia del tiempo presente, para la cual su esposo, es decir, Cristo, después de probar la muerte, resucitó y, ascendiendo a los cielos, la dejó mientras tanto peregrinando en la tierra. No es necesario esforzarse en explicar cómo los santos predicadores son hijos de esta viuda, cuando todos los elegidos individualmente se confiesan hijos de la Iglesia, cuando incluso de estos mismos predicadores del nuevo testamento se promete especialmente, diciendo el profeta: En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Salmo XLIV). Hiram hizo toda la obra para Salomón; porque ciertamente los santos predicadores, mientras insisten fielmente en el ministerio de la palabra, realizan en verdad la obra de Dios, porque abren el camino de la verdad a aquellos a quienes Dios ha preordenado para la vida eterna, iluminándolos interiormente. Yo planté, Apolo regó, pero Dios ha dado el crecimiento (I Cor. III). Hizo la obra en bronce, porque el doctor valiente busca confiar la palabra a aquellos que desean recibirla piadosamente y guardarla perseverantemente, y que también se esfuerzan por difundir más ampliamente lo que han aprendido correctamente. Pues se sabe que el metal de bronce es muy duradero y completamente sonoro.

CAPÍTULO XVIII. De las columnas de bronce.

Y formó dos columnas de bronce, etc. Estas son las columnas de las que Pablo dice: Santiago, Cefas y Juan, que parecían ser columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de comunión, para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a la circuncisión (Gálatas II). Con estas palabras parece explicar el misterio de las columnas materiales, y qué figuraban, y por qué se hicieron dos. Pues significan a los apóstoles y a todos los doctores espirituales, fuertes en la fe y en la obra, y elevados en la contemplación hacia lo alto. Son dos para que, predicando, introduzcan en la Iglesia tanto a los gentiles como a los de la circuncisión. Estaban en el pórtico ante las puertas del templo, y adornaban maravillosamente la entrada de este con su belleza y esplendor desde ambos lados. La puerta del templo es el Señor, porque nadie viene al Padre sino por Él; y como dice en otro lugar: Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, será salvo (Juan X). Esta puerta está rodeada por las columnas colocadas a cada lado, cuando los ministros de la palabra muestran a ambos pueblos la entrada al reino celestial, para que, ya sea desde la luz del conocimiento legal o desde la severidad del paganismo, quien venga a la fe del Evangelio, tenga preparados a aquellos que le muestren el camino de la salvación tanto con la palabra como con el ejemplo. O ciertamente porque de esas columnas en el libro de las Crónicas está escrito: Y puso las columnas en el vestíbulo del templo, una a la derecha y otra a la izquierda (II Crónicas III): por eso se hicieron dos columnas, y se dispusieron de tal manera que nos enseñen que debemos tener ante los ojos de la mente la entrada a la patria celestial tanto en la prosperidad como en la adversidad. De aquí que Pablo, columna ciertamente excelentísima de la casa del Señor, nos exhorta diligentemente con sus ejemplos y los de los suyos a que nos armemos con las armas de la justicia a la derecha y a la izquierda, para que ni seducidos por la prosperidad, ni quebrantados por la adversidad, nos desviemos en parte alguna del camino real de la vida, por el cual debemos avanzar hacia la herencia prometida de la patria celestial (II Corintios VI). Cabe señalar en esta sentencia de las Crónicas, que he mencionado, que el mismo pórtico del templo también se llamaba vestíbulo del templo; y que lo que leemos en los profetas: Entre el vestíbulo y el altar oraban los sacerdotes, debe entenderse entre el pórtico y el altar.

Sin embargo, se recuerda que cada columna tenía una altura de 18 codos. Pues tres veces seis hacen dieciocho. Y es claro que el número tres se refiere a la fe por la Santísima Trinidad, y

el seis a la obra, ya que en ese número de días fue creado el mundo. Y el tres se multiplica por seis cuando el justo, que vive por la fe, acumula el conocimiento de la pía creencia con la ejecución de buenas acciones. La columna frente a las puertas del templo tiene una altura de dieciocho codos cuando un predicador destacado insinúa abiertamente a todos que solo a través de la fe y las obras de justicia podemos alcanzar las alegrías de la vida celestial. Aunque también puede entenderse de manera más elevada, ya que el nombre de Jesús en griego comienza con este número. La primera letra del nombre de Jesús en griego significa diez, y la segunda ocho. Y es apropiado que las columnas de la casa de Dios tengan dieciocho codos de altura, porque los santos doctores, o más bien todos los elegidos, se esfuerzan por vivir bien para merecer ver a su Creador cara a cara. Pues no tendrán nada más que buscar cuando lleguen a Él, que está sobre todo. Y una línea de doce codos rodeaba cada columna. La línea de doce codos es la norma de la institución apostólica, que rodea cada columna cuando un doctor, enviado a predicar tanto a judíos como a gentiles, se preocupa por hacer y enseñar lo que la Iglesia ha recibido y aprendido santamente a través de los apóstoles. Porque si alguien quiere vivir o predicar de otra manera, y prefiere despreciar los decretos apostólicos o establecer cualquier cosa nueva según su propio capricho, tal columna no es apta para el templo de Dios, porque al despreciar seguir los estatutos apostólicos, no se ajusta a la línea de doce codos, ya sea por la delgadez de su inercia o por la grosura de su hinchada arrogancia. El Señor rodeó con estas líneas las columnas de su templo cuando, enviando a sus discípulos a enseñar y bautizar a todas las naciones, dijo: "Enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mateo XXVIII). Por lo tanto, quien guarda y enseña todo lo que el Señor mandó a los apóstoles, sin añadir nada más ni omitir nada de esto, es ciertamente una columna en la casa de Dios, que es la Iglesia, y el pilar de la verdad, tal como el apóstol Pablo advirtió a Timoteo. Pero como sin el conocimiento de las Escrituras no puede haber firmeza ni en la vida ni en el discurso de los doctores, se añade apropiadamente: "También hizo dos capiteles, que se colocarían sobre las cabezas de las columnas, fundidos en bronce. Un capitel de cinco codos de altura, y otro capitel de cinco codos de altura". Porque las cabezas de las columnas, es decir, la parte superior de ellas, son los corazones de los doctores fieles, cuyas devotas meditaciones a Dios dirigen todas sus obras y palabras, como la cabeza dirige los miembros. Y los dos capiteles que estaban sobre estas cabezas son los dos Testamentos, a cuya meditación y observancia los santos doctores se someten con todo su ser y cuerpo. Por lo tanto, es apropiado que cada capitel tenga cinco codos de altura, porque la Escritura de la ley mosaica está comprendida en cinco libros, y toda la serie del Antiguo Testamento abarca cinco edades del mundo. El Nuevo Testamento no nos predica otra cosa que lo que Moisés y los profetas predijeron que debía ser predicado. Por eso el Señor dijo a los judíos, que se aferraban en vano a la letra del Antiguo Testamento y despreciaban la gracia del Nuevo: "Si creyeráis a Moisés, quizás me creeríais a mí; porque él escribió de mí" (Juan V). Moisés escribió de Dios, tanto figuradamente como claramente, cuando narra la promesa hecha a Abraham por el Señor, "porque en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra"; y cuando él mismo dice a los hijos de Israel: "Porque el Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo, a él escucharéis, conforme a todo lo que os hable". La voz del Padre desde el cielo advirtió a los discípulos de esta profecía cuando, al aparecerles el Señor en gloria, entre Moisés y Elías, en el monte santo, tronó diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad" (Lucas IX). Así, con la admirable concordia de la operación divina, la gracia del Nuevo Testamento estaba oculta en el velo del antiguo, y ahora los sacramentos del Antiguo Testamento son revelados por la luz del nuevo, como el capitel de cada columna tiene cinco codos de altura, porque es evidente que en el Antiguo Testamento, cuyos sacramentos están prefigurados en los cinco libros de la ley o en las cinco edades, está inscrita la gracia de la perfección evangélica. Así, un predicador destacado, ya sea enviado a los judíos o a los gentiles,

confirmado por el testimonio concordante de las palabras divinas, conserva sin error la lucha de la fe y la rectitud de la obra, y sabe enseñar sacando de su tesoro cosas nuevas y viejas. No solo los Testamentos se armonizan entre sí en la relación de los sacramentos divinos, sino que todos los elegidos que están escritos en los libros de esos mismos Testamentos, dotados de una sola fe, están unidos entre sí con la misma caridad. Por lo tanto, se añade apropiadamente sobre la hechura de los capiteles: "Y como en forma de red, y cadenas entrelazadas entre sí con una obra maravillosa, cada capitel de las columnas era fundido". Lo que en el libro de las Crónicas está escrito así: "Y también como cadenillas en el oráculo, y las puso sobre las cabezas de las columnas" (II Crónicas III). La apariencia de las cadenas, la semejanza de la red en los capiteles, es la variedad de virtudes espirituales en los santos, de la cual se canta al Señor en los Salmos: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad" (Salmo XLIV); es decir, vestida con el resplandor del amor, rodeada de la variedad de diversos carismas. O ciertamente, la múltiple conexión de las cadenas y la expansión de la red insinúan las diversas personas de los elegidos, que al escuchar y obedecer fielmente las palabras de los santos predicadores, se adhieren a ellos, como cadenillas colocadas sobre los capiteles de las columnas, ofreciendo a todos los que las contemplan el milagro de su conexión. Estas cadenas están maravillosamente entrelazadas entre sí, porque es obra verdaderamente maravillosa de la gracia del Espíritu Santo que la vida de los fieles, aunque separada por lugares y tiempos, y por grado y condición, y por sexo y edad, esté unida entre sí con una sola y misma fe y amor. Pues esta unión fraterna de los justos, separados por lugares y tiempos, se hace por la unificación de los dones espirituales, como también se muestra en las palabras siguientes, cuando se añade sobre la hechura de los capiteles: "Siete redes de hilos en un capitel, y siete redes de hilos en el otro capitel". Pues el número siete suele designar la gracia del Espíritu Santo, como atestigua Juan en el Apocalipsis; quien, al decir que vio un Cordero con siete cuernos y siete ojos, añadió explicando: "Que son los siete Espíritus de Dios, enviados por toda la tierra" (Apoc. I). Lo que el profeta Isaías explica más claramente, cuando hablando del Señor que nacería en la carne, dice: "Reposará sobre él el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de conocimiento y piedad, y lo llenará el Espíritu de temor del Señor" (Isa. XI). Por lo tanto, había siete redes de hilos en cada capitel, y los padres de ambos testamentos recibieron la gracia del mismo Espíritu septiforme para ser elegidos. Y hizo columnas y dos órdenes alrededor de cada red, para cubrir los capiteles. Había dos órdenes de redes alrededor del capitel, pero cada orden corría con el número septenario de hilos, hasta que, al rodear el capitel, volvía a sí mismo, como formando un círculo. Esta figura del sacramento no está oculta, por qué hay dos órdenes de redes, cuando es evidente que la virtud del amor tiene una doble distinción, cuando se nos manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza, y al prójimo como a nosotros mismos. Pero cada orden tiene siete redes de hilos, porque ni Dios puede ser amado sin la gracia del Espíritu Santo, ni el prójimo. Pues permanece la sentencia verídica, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, no por nuestro mérito, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Donde está el amor de Dios, ciertamente también el del prójimo se difunde en los corazones de los fieles, porque una no puede existir sin la otra. Estas redes fueron hechas para cubrir los capiteles, es decir, para rodearlos por completo, porque toda la página de la Escritura santa, cuando se entiende correctamente, resuena con la gracia del amor y la paz en todo. Pues el capitel de las palabras divinas son las redes de los vínculos del amor mutuo. Y los capiteles están cubiertos con redes, cuando las sagradas palabras, por así decirlo, se prueban por todas partes con el don del amor. Pues incluso en lo que no entendemos en las Escrituras, el amor se extiende ampliamente. Sin embargo, sobre estas mismas redes o capiteles se añade: "Que estaban sobre la cima de los granados". Pues los granados, cuya naturaleza es rodear con una sola cáscara exterior muchos granos interiores, se colocan apropiadamente en la figura de la santa

Iglesia, que suele incluir innumerables ejércitos de elegidos bajo la protección de una sola fe. También puede designar la justicia y las costumbres de cada uno, que, como si rodeara muchos granos con una sola cáscara, se preocupa por proteger con firmeza de la fe y la humildad los muchos signos de pensamientos y virtudes espirituales, para que no se dispersen. Y es muy apropiado que los capiteles de las columnas estén rodeados en círculo por granadas, porque los santos doctores deben recordar la vida de los fieles anteriores, y siempre fortalecer sus acciones y palabras con sus ejemplos, para que no vivan o enseñen de manera diferente a lo que dicta su regla, y así no se equivoquen. Así como la admirable conexión de las redes designa la unidad de los fieles, que está en el vínculo de la paz, también las granadas tipifican la misma unidad, que reúne a innumerables pueblos del mundo en una sola regla de fe católica. O ciertamente, la maravillosa conexión de las redes demuestra la manifiesta concordia de todos los fieles; pero la posición de las granadas expresa las virtudes internas del alma, que no pueden ser vistas por otros, como la paciencia, la humildad, la bondad, la modestia, y otras de este tipo. Y como la superficie exterior de las frutas aparece bellísima, pero la abundancia de granos interiores no se ve, cuando la piadosa operación de los santos se muestra abiertamente a todos, pero la gracia interior de la fe, la esperanza y el amor, y de otros bienes del alma, no se percibe. Por lo tanto, cuando se dice de las redes "que cubrían los capiteles que estaban sobre la cima de las granadas", parece según el orden de esa obra, que las granadas fueron hechas alrededor de los capiteles, en la parte inferior, y de esas mismas granadas surgían las redes, que cubrían los capiteles en alguna parte. Y la figura del misterio es clara, porque las redes estaban unidas sobre la cima de las granadas, que pertenecen casi a un solo significado, ya sea de personas o de virtudes espirituales. Pues sabemos que las virtudes nacen de las virtudes, y que los santos caminan de virtud en virtud, hasta que se vea al Dios de los dioses en Sion. Por eso también el Apóstol dice: "Sabido que la tribulación produce paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza" (Rom. VIII). Pero también en el mismo colegio universal de los elegidos, las personas de los justos se suceden entre sí de diversas maneras, y los menores se alegran de adherirse fielmente a las huellas de los mayores y predecesores, y a sus dichos o escritos, para que no puedan caer en error. Por lo tanto, las redes están colocadas sobre la cima de las granadas, cuando la concordia del amor se añade a las obras perfectas. Y cuando con ambos dones de virtud, es decir, con la operación y el amor, la vida de los santos resplandece, como la concatenación de las redes acompaña al círculo de las granadas en los capiteles de la columna. Y puesto que todos los dones de las virtudes presentes miran a la gloria de la recompensa eterna, que nos ha sido prometida y ministrada por el Evangelio, se añade apropiadamente: "Los capiteles que estaban sobre las cabezas de las columnas, como obra de lirios, estaban hechos en el pórtico, de cuatro codos". ¿Qué se designa por los lirios sino la claridad de la patria celestial, y la amenidad del paraíso perfumada con las flores de la inmortalidad? ¿Qué se designa por los cuatro codos sino el discurso evangélico, que nos promete la entrada a la bienaventuranza eterna y nos muestra el camino para llegar a ella? Por lo tanto, cuando los santos doctores nos muestran las prometidas puertas del reino celestial en los cuatro libros del santo Evangelio, exhiben en sí mismos la obra de lirios de cuatro codos en las cabezas de las columnas. Aquí se debe notar según la letra, que cuando se menciona que la obra de lirios en los capiteles era de cuatro codos, sin añadir de ancho o de alto, se deja al juicio del lector si debe entenderse en altura o en anchura. Sin embargo, está claro sin ninguna duda que la columna, que estaba rodeada por una cuerda de doce codos, tenía cuatro codos de grosor. Pues todo círculo tiene tanto espacio en el diámetro como tiene tres veces en el perímetro. De hecho, el mar de bronce, porque tenía un diámetro de diez codos, como se lee más adelante, consecuentemente tenía treinta codos en el perímetro. Pero como se dice que la obra de lirios era de cuatro codos, ya sea que designe la anchura o la altura, la razón de la figura es clara, porque no fue sino a través del Evangelio que resonó al mundo aquella voz tan deseada, diciendo: "Haced

penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo III). Lo que sigue: "Y nuevamente otros capiteles en las cimas de las columnas arriba, según la medida de la columna, frente a las redes"; dice según la medida de la columna, de tanta altura como la columna, cuya altura no se narra. Estos capiteles, cualesquiera y de cualquier tamaño que fueran (pues la Escritura no designa claramente su medida), parecen ser colocados al modo de los lirios; de cuya hechura, si se desea investigar algo místico, puede no incongruentemente designar aquella sublimidad del reino eterno, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman. Pues después de los lirios de cuatro codos, se colocan otros capiteles, cuya altura no se dice, porque muchas cosas leemos en el Evangelio sobre la bienaventuranza celestial, que los puros de corazón verán a Dios, que serán iguales a los ángeles de Dios, que no se casarán ni se darán en matrimonio, que no podrán morir más, que dondequiera que esté Cristo, allí estarán también sus ministros, que se manifestará a ellos, que les anunciará abiertamente del Padre, que nadie les quitará el gozo de su visión. Pero la misma apariencia de estas cosas que hemos dicho, el mismo estado y conversación de la patria celestial, cómo se comporta, solo es evidente para aquellos que han merecido entrar en ella, sus ciudadanos. Por lo tanto, la hechura o altura de estos capiteles, que estaban sobre el lirio, es incomprendible para los terrenales, insinuando la calidad de la habitación celestial; de la cual, sin embargo, no se oculta que todos allí disfrutaban de la común felicidad de la visión divina, tanto más sublime cuanto más puros hayan tenido los ojos del corazón para verlo. Pues quien dijo: "Bendijo a todos los que temen a Dios, pequeños con grandes"; él mismo dijo: "Porque tú recompensarás a cada uno según sus obras" (Salmo CXIII). Por lo tanto, la bendición común de todos los elegidos será allí. Sin embargo, según la distinta calidad de las obras, hay muchas mansiones de los bienaventurados en una misma casa eterna del Padre en los cielos: lo cual creo que está designado místicamente en la estructura de estas columnas, cuando se dice: "Y nuevamente otros capiteles en la cima de las columnas arriba, según la medida de la columna, frente a las redes". Pues los capiteles se hacen según la medida de la columna, cuando los santos doctores, o más bien todos los justos, siguiendo las huellas de esos mismos doctores, reciben las recompensas de la retribución celestial según los méritos de la piadosa operación. También se hacen los capiteles frente a las redes, porque según la medida del amor, con el cual la fraternidad santa está unida entre sí en esta vida, también se unirá en los cielos con la sociedad de los ciudadanos celestiales en la presencia de su Creador. Pero que esa misma sociedad de ciudadanos celestiales se otorga a los fieles de ambos pueblos, se añade correctamente: "Había doscientos órdenes de granadas alrededor del capitel segundo". Hemos dicho que las granadas tienen el tipo de toda la santa Iglesia; y el número cien, que primero llega a la mano derecha, a veces se acostumbra a figurar la vida de eterna bienaventuranza. Este número de granadas se duplica alrededor del capitel segundo, para insinuar místicamente que el pueblo de ambos testamentos, reunido en Cristo, será introducido a la corona de la vida eterna. A esta figura se ajusta lo que está escrito sobre los apóstoles pescando después de la resurrección del Señor, cuando lo vieron de pie en la orilla: "Porque no estaban lejos de la tierra, sino como a doscientos codos, arrastrando la red de peces" (Juan XXI). Pues los discípulos arrastran la red llena de grandes peces a través de doscientos codos hacia el Señor, mostrando el efecto de su resurrección en la orilla, cuando los santos predicadores confían la palabra de fe tanto a judíos como a gentiles, y llevan a los elegidos de ambos pueblos, extraídos de las olas de este mundo presente, a la gloria de la paz futura y la inmortalidad. Por lo tanto, el circuito del capitel segundo tiene doscientos órdenes de granadas, cuando la sublimidad del reino celestial reúne a los elegidos de ambos pueblos en una sola cima de bienaventuranza. Y colocó dos columnas en el pórtico del templo. Cuando colocó la columna derecha, la llamó Jachin, que significa firmeza. De igual manera erigió la segunda columna, y la llamó Booz, que significa en fortaleza. La columna derecha, como dijimos antes, expresa la

figura de los doctores que establecieron la Iglesia primitiva en Jerusalén; la segunda, de aquellos que fueron destinados a predicar a los gentiles. O ciertamente, la columna derecha significa a aquellos que profetizaron anunciando la venida del Señor en la carne; la segunda, a aquellos que testifican que ya ha venido y ha redimido al mundo con su sangre. Y apropiadamente ambas columnas se llamaban con un nombre similar, cuando una se llamaba firmeza y la otra en fortaleza; para mostrar que una sola fortaleza de fe y obra debe estar en todos los doctores, y para señalar la inercia de nuestro tiempo, donde algunos doctores, sacerdotes y columnas de Dios quieren ser vistos y llamados, cuando no tienen en sí nada de fe firme para despreciar las pompas del mundo y desear los bienes invisibles, nada de fortaleza para corregir, nada de industria siquiera para entender los errores de aquellos a quienes están prepuestos.

CAPÍTULO XIX. Del mar de bronce.

Fecit quoque un mar de bronce fundido, etc. Este mar de bronce fundido fue hecho en forma de un lavacro de salvación, en el cual somos purificados para la remisión de los pecados. Pues los sacerdotes se lavaban en él, como claramente testifican las palabras de los días. Sin embargo, es evidente que en las Escrituras todos los elegidos son llamados típicamente sacerdotes, porque son miembros del sumo sacerdote, nuestro Señor Jesucristo. Y con razón la Escritura dio a este vaso el nombre de mar, en memoria del Mar Rojo, en el cual primero, por la extinción de los egipcios y la liberación del pueblo de Dios, precedió la forma del bautismo, como lo explica el Apóstol diciendo: "Porque todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar." El sacramento del bautismo nos adquiere la limpieza de vida en este mundo y nos promete la gloria de la vida eterna en el futuro (I Cor. X). Ambas cosas están designadas en este mar de bronce en una sola sentencia, cuando se dice que tiene diez codos de labio a labio. Pues en los diez mandamientos, el Señor expresó todo lo que debemos hacer en la Ley. Igualmente, señaló la recompensa de los benefactores con el denario, cuando predijo que este sería dado a los que trabajaban en la viña. Por lo tanto, el mar tenía diez codos de labio a labio; porque desde el primero que fue bautizado en el nombre de Jesucristo hasta el último que creará y será bautizado al final del mundo, todo el coro de fieles debe entrar en un mismo camino de verdad y esperar la común corona de justicia del Señor. Era redondo en su circunferencia, para que todo el orbe en el círculo del lavacro de vida fuera designado para ser limpiado de la suciedad de los pecados; de lo cual se añade bien: "Su altura era de cinco codos," porque ciertamente todo lo que pecamos con la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, todo esto nos lo perdona la gracia de Dios por la ablución del vivificante manantial. Pero no basta con la remisión de los pecados pasados, si no se esfuerza cada uno en adelante en las buenas obras; de lo contrario, el diablo que salió del hombre, si ve que este está vacío de buenas acciones, regresa con más fuerza y hace que el último estado de ese hombre sea peor que el primero. Por lo tanto, se añade apropiadamente: "Y una cuerda de treinta codos lo rodeaba por todo su contorno." Pues por la cuerda puede ser apropiadamente señalada la disciplina de los preceptos celestiales, por la cual somos atados de nuestras voluptuosidades, como testifica la Escritura, porque un cordón triple difícilmente se rompe, ya que ciertamente la observancia de los mandamientos de Dios, que está firmada en los corazones de los elegidos con fe, esperanza y amor a la retribución celestial, no puede ser disuelta por ningún obstáculo de las cosas temporales. Y la cuerda rodea el mar, cuando nos esforzamos por fortalecer el sacramento del bautismo que hemos recibido con obras piadosas, la cual cuerda se dice apropiadamente que tiene treinta codos. Pues cinco veces seis hacen treinta. Y el número seis, en el cual Dios hizo al hombre cuando no existía, y cuando pereció, lo rehizo, representa correctamente también nuestra buena obra. Y seis se multiplican por cinco para

llegar a treinta, cuando humildemente sometemos todos los sentidos de nuestro cuerpo a los mandatos divinos. Pero también podemos tomar de otra manera este número místico de treinta del mar sin inconveniente; pues tres veces diez hacen treinta. Y el género humano después del diluvio llenó la amplitud de todo el orbe a partir de la progenie de los tres hijos de Noé. La descendencia de Sem ocupó Asia, los descendientes de Cam África, y la progenie de Jafet Europa y las islas del mar. Y porque el misterio del bautismo, junto con la ejecución de buenas obras y la esperanza de las recompensas celestiales, debía ser ministrado a todas las naciones, apropiadamente la cuerda de treinta codos rodeaba aquel mar en el cual se figuraba la ola del bautismo. Pero también debe decirse que el Señor, teniendo treinta años de edad, vino al Jordán para ser bautizado por Juan. Y puesto que con su bautismo, que recibió a los treinta años, consagró para nosotros la ola del lavacro de salvación, correctamente el mar, que figuraba nuestro bautismo, estaba rodeado por una cuerda de treinta codos; para que se significara que por el don de aquel que se sometió al bautismo sin pecado, el bautismo se dedicara a todos nosotros que creemos en él para la remisión de los pecados. Y la escultura debajo del labio lo rodeaba, abarcando el mar con diez codos. Había dos órdenes de esculturas en relieve fundidas. Como se ha dicho antes, que una cuerda de treinta codos rodeaba el mar, y ahora se añade que la escultura colocada debajo del labio lo rodeaba con diez codos; queda claro por ambas relaciones que el vaso era en forma de lirio extendido y difundido, que desde los treinta codos de circunferencia que tenía en el labio, estaba ajustado hasta diez codos. La escultura en relieve es aquella que imita historias de ciertas cosas. Por lo tanto, correctamente por las esculturas en relieve que rodeaban el mar, se designan los ejemplos de tiempos anteriores, que es necesario que observemos diligentemente, para que veamos con qué obras los santos agradaron a Dios desde el principio, con qué obstinación en los crímenes persistieron los inicuos, con cuánta iniquidad perecieron los reprobos por sus crímenes; cómo al principio del mundo naciente, Caín fue condenado por la malicia de la envidia, Abel fue coronado por el mérito de la justicia, Lamec fue maldecido por adulterio y homicidio, Enoc fue llevado al paraíso por la gracia de la piedad; cómo después del diluvio, Cam fue detestado por su impiedad por su padre, Sem y Jafet fueron donados con una bendición perpetua por su reverencia y obediencia, Abraham fue hecho heredero de la promesa divina por el mérito de la fe, y la multitud de las demás naciones fue dejada en la infidelidad ancestral; cómo, con la venida del Señor en la carne, Judea fue rechazada por la culpa de la perfidia, y los gentiles fueron llevados a la salvación por la gracia de la fe; y otras cosas de este tipo que, consideradas diligente y piadosamente en ambos Testamentos, son de gran provecho para los estudiosos. Y por eso quizás se hicieron dos órdenes de esculturas en relieve en el mar de bronce, para que aquellos que han sido imbuidos en la fuente del bautismo escuchen diligentemente las historias de ambos Testamentos. Por eso eran de diez codos en el contorno, para que cualquiera que en esas historias se dedicara a los mandatos celestiales y estuviera completamente suspendido en la intención de las recompensas celestiales, se esforzara por imitarlos. Bien se sigue: "Y estaba sobre doce bueyes, de los cuales tres miraban al norte, y tres al oeste, y tres al sur, y tres al este." Por los bueyes, ciertamente, debemos entender a los apóstoles y evangelistas, o más bien a todos los ministros de la palabra, como nos enseña el Apóstol, quien explicando el mandato de la ley, donde se dice: "No pondrás bozal al buey que trilla." ¿Acaso se preocupa Dios de los bueyes (dice) (Deut. XXV)? ¿O lo dice ciertamente por nosotros? Pues por nosotros está escrito, porque el que ara debe arar con esperanza, y el que trilla debe participar de los frutos de su esperanza (I Cor. IX). Por lo tanto, los doce bueyes son los doce apóstoles y todos los que en su lugar han asumido el gobierno de la santa Iglesia; quienes ciertamente llevan el mar sobre sí, cuando los apóstoles y los sucesores de los apóstoles se esfuerzan por cumplir con devoción el oficio de evangelizar que se les ha encomendado. Y miran tres al norte, y tres al oeste, y tres al sur, y tres al este, cuando en todas las partes del orbe cuadrado predicán la fe

de la santa Trinidad. Pues también los apóstoles fueron elegidos en ese misterio de doce, es decir, cuatro veces tres, para que evangelizando la fe y confesión de la santa Trinidad por las cuatro partes del mundo, bautizaran en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, cuyas palabras, actos y pasiones de los apóstoles y sus sucesores podemos ver fácilmente en el presente, o conocer leyendo; pero la gloria de la retribución que les espera en el futuro, aún no podemos ver. Por lo tanto, se añade apropiadamente: "Cuyas partes traseras estaban todas ocultas hacia adentro." Pues las partes traseras de los bueyes están ocultas hacia adentro; porque con qué recompensa los santos predicadores son donados para siempre, ya está dispuesto en el juicio del árbitro interno; pero para nosotros, que aún estamos afuera, permanece completamente oculto. Sin embargo, esto no puede ser oculto para aquellos, que todo el que recibe el lavacro del bautismo para la salvación, debe tener vida, fe, esperanza y caridad; ni sin estas tres virtudes puede alguien ya operar algo, ni entrar a la vida. Por lo tanto, se añade correctamente: "El grosor del lavacro era de tres pulgadas." Pues el grosor del lavacro en el mar es la firmeza de la virtud en el bautismo. Y este grosor es de tres pulgadas, cuando la percepción del bautismo se fortalece con el poder de la fe, la esperanza y el amor. Ni se muestra que sea de otra manera provechoso para los que lo reciben, a menos que la firme certeza de estas virtudes confirme la mente y las obras de los que lo reciben. Sin embargo, el lavacro del bautismo se recibe y se celebra en el ejemplo de la Pasión y Resurrección del Señor de entre los muertos; según lo que el Apóstol exponiendo dice: "Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección" (Rom. VI). Lo cual también fue típicamente señalado en la figura del mar de bronce, cuando se añade consecuentemente: "Y su labio era como el labio de un cáliz, y la hoja de un lirio extendido." Pues por el labio del cáliz, se expresa el gusto de la Pasión del Señor; por la hoja del lirio extendido, se expresa la claridad abierta de su Resurrección. Pues que en el cáliz se designa la copa de la pasión, lo dice el mismo Señor, quien viniendo a la pasión ora al Padre diciendo: "Padre, si quieres, pasa de mí este cáliz" (Luc. XXII). Pero el lirio, que con la gracia del olor más agradable muestra un color blanco por fuera, y por dentro muestra un color dorado, insinúa apropiadamente la gloria de su Resurrección, quien mostró a los discípulos la inmortalidad del cuerpo por fuera, y enseñó que el alma resplandeciente con la luz divina estaba en él. También puede en el lirio extendido ser tomado no inconvenientemente el mismo Mediador entre Dios y los hombres, coronado de gloria y honor después de la pasión de la muerte; quien antes de su pasión, ciertamente, fue como un lirio aún cerrado, cuando resplandeció como hombre claro con los signos de los milagros que hizo; pero después de su resurrección y ascensión se mostró como un lirio extendido a los ciudadanos de la patria celestial, mostrando en la humanidad asumida el poder de la claridad divina que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera. Por lo cual también en el Cantar de los Cantares quiso designarse a sí mismo con el nombre de lirio, diciendo: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles" (Cant. II). Por lo tanto, el labio del mar, en el cual se lavaban los sacerdotes, era como el labio de un cáliz, y la hoja de un lirio extendido, porque el lavacro de salvación, por el cual nos convertimos en miembros del sumo sacerdote, nos purifica en la fe de su santísima pasión de toda mancha de pecados, y purificados nos introduce a la visión de su gloria eterna: en el cual ciertamente lavacro, ambos pueblos, el de la circuncisión y el de la incircuncisión, por la fe, la esperanza y el amor, se hacen uno en el Señor, testificando él mismo, quien predicando la circuncisión por sí mismo dice entre otras cosas: "Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y a ellas también debo traer; y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor" (Juan X). Lo cual también se figuraba típicamente en este mar; pues sigue: "Contenía dos mil batos." Pues el

número mil suele ponerse en las Escrituras para significar la perfección; porque ciertamente el número diez cuadrado hace un sólido. Pues diez veces diez hacen cien. La cual figura ya cuadrada, pero aún llena. Pero para que se eleve en altura y se haga sólida, multiplicada cien por diez, y hacen mil. Con lo cual ciertamente número se designa la conciencia estable e insuperable, y como cuadrada, de los justos. Pues a donde quiera que lo gires, el cuadrado se mantendrá. Así también el ánimo de los elegidos no sabe inclinarse del estado de su rectitud por ningún encuentro de tentaciones. Pero el bato es una medida de los hebreos, que ellos llaman bath, teniendo tres modios. Es también el ephi, que ellos llaman epha. Pero el ephi pertenece a la medida de los frutos secos, trigo, cebada, legumbres; el bato es en las especies líquidas, vino, aceite, agua. Por lo tanto, los batos, que son una medida de norma cierta, designan las obras de equidad y justicia, con las cuales aquellos que son bautizados para la remisión de los pecados, necesitan ser instruidos. Y el mar contenía mil batos, cuando el agua del bautismo lavando al pueblo judío, lo transmitió al reino celestial. Y contenía otros mil, cuando también las multitudes de las naciones renacidas en la misma fuente, y confirmadas en las obras de justicia, las hizo partícipes del mismo reino eterno. Es digno de notar ciertamente en este lugar, porque hay quienes piensan que está prohibido por la ley de Dios que esculpamos o pintemos semejanzas de hombres, o de cualquier animal o cosa en la iglesia o en la pared, o en cualquier otro lugar, porque en el decálogo de la ley dijo: "No te harás escultura, ni imagen alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra" (Éxodo XX). Quienes no pensarían esto de ninguna manera, si recordaran la obra de Salomón, quien hizo palmas dentro del templo, y querubines con varias tallas; en sus columnas granadas y redes, en este mar de bronce doce bueyes, y esculturas en relieve, y también en las bases de los lavabos, como se lee en lo siguiente, leones con bueyes, palmas, ejes y ruedas, con querubines y varios géneros de pinturas; o ciertamente consideraran las obras de Moisés mismo, quien, por mandato del Señor, hizo primero querubines en el propiciatorio, y después una serpiente de bronce en el desierto, cuya mirada salvó al pueblo del veneno de las serpientes venenosas. Pues si era lícito exaltar una serpiente de bronce en un madero, a la cual mirando los hijos de Israel vivieran, ¿por qué no es lícito representar en pintura la exaltación del Señor Salvador en la cruz, con la cual venció a la muerte, para la memoria de los fieles, o sus otros milagros y sanaciones, con los cuales triunfó maravillosamente sobre el mismo autor de la muerte, cuando la vista de estos a menudo suele proporcionar mucha compunción a los que los contemplan, y también a aquellos que no saben leer, como una lectura viva de la Historia del Señor? Pues la pintura en griego se llama ζωγραφία, es decir, escritura viva. Si era lícito hacer doce bueyes de bronce, que llevando el mar sobre sí miraran en grupos de tres a las cuatro partes del mundo, ¿qué prohíbe pintar a los doce apóstoles, cómo yendo enseñaran a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; designando, por así decirlo, una escritura viva ante los ojos de todos? Si no fue contrario a la ley hacer en el mismo mar esculturas en relieve en un contorno de diez codos, ¿cómo se considerará contrario a la ley, si esculpimos o pintamos en tablas las historias de los santos y mártires de Cristo, quienes por la custodia de la ley divina merecieron alcanzar la gloria de la retribución eterna? Sin embargo, si atendemos diligentemente a las palabras de la ley, quizás parezca que no está prohibido hacer imágenes de cosas y animales, sino que está prohibido hacerlas de cualquier manera con el fin de idolatría. Pues el Señor, al decir en el monte santo: "No te harás escultura, ni imagen alguna," precedió: "No tendrás dioses ajenos delante de mí;" y luego añadió: "No te harás escultura, ni imagen alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra;" y concluyó: "No las adorarás, ni las servirás." Con estas palabras se declara claramente que se prohíben hacer aquellas imágenes que los impíos suelen hacer en veneración de dioses ajenos, y que la gentilidad errante inventó para adorar y servir. Sin embargo, hacerlas simplemente, ninguna

letra de la ley divina, según creo, lo prohibió; de lo contrario, el Señor, cuando los fariseos lo tentaban sobre el tributo a César, en el cual decían que estaba expresado el nombre y la imagen de César, no respondería así: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios" (Mat. XXII); sino que corregiría más bien su error, diciendo: "No os es lícito hacer la imagen de César en la acuñación de vuestro oro, porque tal escultura la ley divina prohíbe que exista;" ni diría esto al mostrarles la moneda del censo, si en ella la imagen de César estuviera deformada por causa de idolatría, y no más bien para el juicio de la potestad regia.

CAPÍTULO XX. De las diez bases y los lavabos.

Y él hizo diez bases de bronce, etc. De muchas maneras y en muchos modos se prefiguran los mismos sacramentos de nuestra salvación. Pues los mismos apóstoles y hombres apostólicos, que son designados por los bueyes que llevan el mar, también son designados por las bases, que estaban preparadas para llevar las pilas, de la misma manera que las pilas de ese mismo lavacro espiritual, del cual el mar también llevaba el tipo. En efecto, como narran las palabras de los días, en ellas lavaban todo lo que iban a ofrecer en holocausto (II Par. IV). Por lo tanto, el holocausto del Señor puede entenderse generalmente como toda la multitud de los elegidos, que según la voz del precursor fue bautizada por él en el Espíritu Santo y fuego. Así como los sacerdotes, que se lavaban en el mar, expresan la forma de aquellos que por el bautismo se convierten en consortes del sumo sacerdocio, que está en el Señor Jesucristo; así también los holocaustos manifiestan abiertamente la figura de los mismos, cuando por la ablución del bautismo se llenan de la gracia del Espíritu Santo. Pues se lava en la pila la víctima, cuando uno de los fieles es rociado con agua; y se ofrece en holocausto, cuando por la imposición de manos del obispo, recibe el don del Espíritu Santo. Felipe el evangelista, cuando predicaba en Samaria, ¿qué hacía sino lavar en la pila del templo las víctimas del Señor? Pero como aún no había descendido el Espíritu Santo sobre ninguno de ellos, sino que solo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús, como víctimas lavadas aún no habían llegado al fuego del altar sagrado; pero cuando Pedro y Juan, enviados allí, imponían las manos a los bautizados, y recibían el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas, ya las víctimas habían llegado al fuego del altar, para que se convirtieran en holocausto, que en latín se dice "totum incensum", porque evidentemente la gracia del Espíritu Santo llenando su conciencia, los hizo arder en amor divino. Y porque para llevar las pilas se hicieron diez bases, se podría interpretar mística y así, que los ministros del lavacro vital, hacia las alegrías de la eterna bienaventuranza, que suele ser figurada por el número diez, sostienen con la obra del ejemplo a aquellos a quienes instruyen con la voz. Sin embargo, porque de esas pilas está escrito distintamente en lo siguiente, que cinco de ellas fueron colocadas a la derecha del templo, y cinco a la izquierda, más bien en ellas deben contemplarse los misterios del número cinco. Pues en cada parte del templo están las bases de las pilas, para que a ambos pueblos de Dios se les designara que la gracia de la fuente sagrada debía ser revelada.

Y hay cinco en cada lado, para que, así como en la exposición del mar, que ya hemos dicho que tiene cinco codos de altura, también en las cinco bases de los lavabos se demuestre de manera simbólica que todo lo que los fieles han cometido a través de los cinco sentidos del cuerpo debe ser perdonado por el baño del bautismo. Así como en un mar sostenido por doce bueyes se expresa la unidad del bautismo, que debía ser predicado por los apóstoles a todo el mundo, también a través de los dos órdenes de lavabos se muestra místicamente que los gentiles y los judíos debían ser reunidos en una sola comunidad de fe a través de la ola del bautismo. Pues aunque en los lavabos gemelos se lavaban las ofrendas, algunas a la derecha

del atrio y otras a la izquierda, todas eran consumidas por el mismo fuego del altar para convertirse en holocausto; porque ya sea que alguien reciba el baño de Cristo en la parte de la circuncisión o en la del prepucio, todos son santificados por un mismo Espíritu para que puedan convertirse en hijos de Dios. De aquí que el Apóstol diga: "Pero habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba, Padre". Dice: "Habéis recibido un Espíritu, en el cual todos sois hechos hijos de adopción"; en el cual ciertamente clamamos, Abba, Padre; Abba, es decir, los que venimos de los hebreos a la fe; Padre, los que venimos de los gentiles, invocando a un mismo Padre Dios, aunque en diversas lenguas por la diversidad de las naciones, debido al don de un solo Espíritu.

En cuanto a que las bases eran de cuatro codos de longitud, cuatro de anchura y tres de altura, es fácil de entender. La longitud se refiere a la paciencia de la longanimidad, la anchura a la expansión del amor, y la altura a la esperanza de la recompensa celestial. Hay cuatro virtudes principales sobre las que se sostiene toda la estructura de las virtudes: prudencia, fortaleza, templanza y justicia. Por eso la longitud y la anchura de las bases eran de cuatro codos, porque los santos predicadores, ya sea que soporten las adversidades del mundo y la longitud del exilio y los trabajos presentes, o que ensanchen su corazón en el amor de su Creador y de sus prójimos en la eterna exultación, siempre se esfuerzan por practicar las virtudes, discerniendo prudentemente entre el bien y el mal, soportando valientemente las adversidades, moderando su corazón del apetito de los placeres, manteniendo la justicia en sus acciones. La altura de las bases es de tres codos cuando, a través del ejercicio de las virtudes, que practican con paciencia en las adversidades y amor en las bondades, se esfuerzan con continua intención por alcanzar la visión de la Santísima Trinidad.

Y la obra misma de las bases era calada, y las esculturas entre las juntas. Parece referirse a las juntas, por las cuales las tablas de los lavabos estaban unidas entre sí, de modo que de cuatro o cinco tablas se formara una sola base. Qué tipo de esculturas tenían entre estas juntas, es decir, en sus lados, delante y detrás, a la derecha y a la izquierda, y también encima, se aclara al añadir: "Entre coronas y trenzas, leones, bueyes y querubines, y las juntas igualmente encima". Por lo tanto, la superficie de las bases no era plana, sino que estaba esculpida por todas partes con figuras místicas; porque las mentes de los santos, o más bien toda su conversación, manifiestan la gracia de las virtudes en todo, y no pasa ninguna hora vacía y sin sentido en la que dejen de dedicarse a obras piadosas, o a palabras, o al menos a pensamientos. Tienen esculpidas coronas en sí mismos cuando anhelan con deseo infatigable la entrada a la vida eterna. Y tienen trenzas cuando, entre los deseos de la vida que está arriba, nunca disuelven los lazos de la fraternidad que está cerca. Tienen leones entre las coronas y las trenzas cuando así elevan su mente a esperar las cosas celestiales, así ensanchan su amor hacia los prójimos, que no tardan en ejercer el fervor de la invectiva áspera contra los pecadores que les han sido confiados. Tienen bueyes con los leones cuando exhiben esa invectiva de corrección con espíritu de mansedumbre; cuando en el fervor de corregir nunca dejan de girar en su boca, como si rumiaran, las palabras de la lectura divina, ni de aplicar la pezuña hendida de la acción discreta a su discurso. Finalmente, el bienaventurado Esteban, una base eminente del templo del Señor, parecía mostrar los dientes y las garras feroces del león cuando decía a sus perseguidores: "¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?" (Hechos VII), y otras cosas. Pero al decir esto, mostró cuánto de piedad y, por así decirlo, de mansedumbre bovina llevaba en su corazón, cuando, arrodillándose, dijo por los mismos perseguidores que se ensañaban hasta su muerte: "Señor, no les imputes este pecado". Pero como no podemos tener ni la esperanza de las cosas eternas en los cielos, ni el amor de los prójimos en la tierra, ni el fervor del celo mordaz, ni la suavidad de la modestia

compasiva sin el conocimiento de las santas Escrituras, se recuerda adecuadamente que entre las coronas y las trenzas, los leones y los bueyes, están esculpidos los querubines. Porque es sabido que los querubines representan el tipo de la Escritura sagrada, ya sea porque los dos querubines en el propiciatorio del arca son en figura de los dos Testamentos que armoniosamente cantan de Cristo, o porque el mismo nombre suena a multitud de conocimiento. Cuanto más diligentemente se aplique uno a la lectura de las páginas de los divinos oráculos, tanto más es necesario que tema en todo lo que hace o juzga el examen del testigo o juez interno, no sea que, al vengarse más justamente de los pecadores, o al perdonar sin la moderación de la justa discreción, incurra en la ira del justo Juez. Porque quien añade conocimiento, añade también trabajo (Eclesiastés I). Por lo tanto, aquí también, además de las esculturas de los querubines, se añade convenientemente: "Y sobre los leones y los bueyes, como correas de bronce colgantes". Porque las correas cuelgan sobre los leones y los bueyes cuando los santos doctores, tanto en la severidad de la restricción con la que juzgan a los pecadores, como en la mansedumbre de la suavidad con la que perdonan a los penitentes, temen el juicio de su autor, no sea que, al atar injustamente, merezcan ser atados justamente por aquel cuyo juicio no puede errar.

Y cuatro ruedas por cada base, y ejes de bronce, y por las cuatro partes como pequeños hombros debajo del lavabo, fundidos, mirándose unos a otros. Las cuatro ruedas son los cuatro libros de los Evangelios, que se comparan muy adecuadamente con ruedas, porque así como la volubilidad de la rueda corre con el curso más rápido a donde se la lleva, así la palabra evangélica, con la ayuda del Señor, llenó en breve todas las regiones del mundo a través de los apóstoles. Así como la rueda levanta el carro que lleva de la tierra y lo lleva elevado a donde el auriga lo dirige, así la predicación evangélica suspende las mentes de los elegidos de las codicias terrenales a los deseos celestiales, y suspendidos los lleva al progreso de la buena obra, o al ministerio de la predicación, a donde quiera que la gracia del Espíritu quiera llevarlos. Pues se dice en lo siguiente: "Porque tales eran las ruedas como suelen hacerse en los carros". Leemos sobre los santos: "Los carros de Dios son decenas de miles, múltiples miles de los que se alegran" (Salmo XLVII). ¿Qué es, entonces, que las ruedas de las bases se asemejan a las ruedas de los carros, sino que una y la misma palabra del Evangelio hace a algunos de los que instruye carros de Dios, y a otros bases? Cualquiera que sea enviado lejos y ampliamente en el mundo para evangelizar la palabra, ciertamente fueron carros de Dios, y muy veloces, porque corriendo por todas partes, llevaban a Dios a los corazones de los creyentes. Pero aquellos que, permaneciendo en un solo lugar, anuncian la palabra de salvación a los vecinos y los incitan al baño de la vida, que se celebra ya sea en el bautismo o en la compunción de las lágrimas, son como bases del templo, que llevan los lavabos para lavar las ofrendas. Porque así imparten el ministerio de la salvación a los fieles a quienes presiden, que no asumen los trabajos de correr más lejos para adquirir nuevos pueblos. Por lo tanto, las ruedas de las bases son similares a las ruedas de los carros, porque los mismos libros de los Evangelios que envían a estos doctores a predicar la fe de la verdad, ordenan a aquellos que ya están imbuidos de los sacramentos celestiales a permanecer más firmes en la fe entre los doctores. Las cuatro ruedas sostenían la base del lavabo cuando los Evangelios ordenaron a Santiago, el hermano del Señor, permanecer en Jerusalén para confirmar la Iglesia. Las ruedas, similares a los carros de Dios, estaban preparadas para correr cuando los mismos Evangelios quisieron que Pablo y Bernabé corrieran por todas partes para predicar a los gentiles. Las ruedas, colocadas debajo de la base para llevar el lavabo del templo, lo levantaban de la tierra cuando, en nuestros tiempos recientes, el bienaventurado papa Gregorio, fortalecido por los discursos evangélicos, gobernó la Iglesia romana. Las mismas ruedas, unidas al carro de Dios, estaban lejos cuando los reverendos Padres Agustín, Paulino y otros compañeros suyos, confirmados por los mismos oráculos evangélicos,

vinieron a Britania por mandato de él y confiaron la palabra de Dios a los pueblos que antes no creían. Si, por lo tanto, las bases de los lavabos son los santos doctores que nos ministran el baño de la vida, y las cuatro ruedas de las bases son los cuatro libros de los Evangelios, ¿qué son los ejes de las ruedas que llevan las bases, sino los mismos corazones de los doctores, que, mientras están atentos a los preceptos del Evangelio, los elevan del apetito de los inferiores, como ejes insertados en las ruedas elevan más alto la base de la tierra? Además, los pequeños hombros, que estaban colocados delante de las ruedas para que no pudieran deslizarse de los ejes, son las proclamaciones de los profetas, por las cuales la Escritura evangélica y apostólica se confirma, para que no venga en duda a ninguno de los lectores. De donde también el apóstol Pedro, hablando del Señor, dice: "Y tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención" (II Pedro I). Pero todos los evangelistas y apóstoles solían hacer mención de la ley y los profetas en lo que escribieron. Finalmente, Marcos dice: "El principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en el profeta Isaías"; y Mateo: "Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta" (Marcos I), y otras cosas semejantes. Pero se dice bien que los pequeños hombros, que estaban colocados debajo del lavabo en las cuatro partes, se miraban unos a otros, porque toda la Escritura profética es coherente consigo misma, como hecha por un solo Espíritu. Había cuatro pequeños hombros por cada base, según el número de las ruedas, no porque haya solo cuatro libros proféticos, sino porque en todo lo que hablaron los profetas y Moisés dieron testimonio a las palabras de los cuatro evangelistas, para que de la concordancia de ambos una fe y amor de Cristo fortaleciera nuestros corazones.

La boca del lavabo estaba en la parte superior de la cabeza, y lo que aparecía externamente de un codo era todo redondo, y tenía un codo y medio. La boca del lavabo era de un codo, por la unidad de la confesión y la fe: en la cual todos somos bautizados en la confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, diciendo el Apóstol: "Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos". Y la misma boca estaba en la parte superior de la cabeza (Efesios IV), para enseñar que a través del bautismo se nos ha abierto el camino al reino celestial. El mismo lavabo en su amplitud tenía un codo y medio, por la perfección de la obra y el inicio de la contemplación. Un codo completo en el lavabo designa la perfección de la buena acción. Esto sin duda lo tenía aquel de quien el Señor decía al antiguo tentador: "¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" (Job I). Hay, sin embargo, otro codo de la visión divina, que en parte se concede también a los fieles que aún permanecen en esta vida, como cuando Job, habiendo vencido al adversario, hablando con el Señor, dice: "De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven" (Job XLII); como cuando el Señor fue visto cara a cara por Moisés; como cuando Isaías vio al Señor sentado en el trono del reino, rodeado por los ciudadanos del cielo con la debida alabanza; como cuando fue visto por otros profetas; como cuando al bienaventurado Esteban, en el momento de su pasión, se le mostró la gloria de Dios con las puertas del cielo abiertas; como cuando a Pablo se le revelaron los misterios del paraíso y del tercer cielo. Pero todas estas cosas son en parte muy pequeñas en comparación con la gloria que ha de ser revelada en el futuro. Por eso, después del codo de la buena obra, que puede ser perfeccionada en esta vida en los santos, comienza el codo de la contemplación celestial, que en la vida futura ya se sabe que será perfeccionada en todos los elegidos. Esta medida de un codo y medio no solo estaba en los lavabos, sino también en sus ruedas y bases. Pues está escrito en lo siguiente: "Una rueda tenía una altura de un codo y medio". Y poco después: "En la parte superior de la base había una cierta redondez de un codo y medio, hecha de tal manera que el lavabo pudiera ser colocado encima". La medida de los lavabos era de un codo y medio, porque con esa fe somos lavados en la fuente de la vida, para que a través de las

obras de justicia merezcamos entrar en la vida eterna, aunque no podemos estar sin pecado mientras vivamos aquí. Sin embargo, no podemos gustar plenamente la dulzura de la vida celestial en esta vida, aunque podemos verla en parte y amarla, pero no podemos verla completamente. Las ruedas también se miden con un codo y medio, porque el estudio de la lectura evangélica muestra cómo deben vivir aquellos que quieren ser perfectos; nos muestra la esperanza de la recompensa eterna en el presente, pero promete que la calidad de esa recompensa nos será revelada y dada en el futuro. Las bases también tienen un codo y medio de amplitud en su parte superior, donde recibían los lavabos, porque los mismos doctores supremos y ministros del baño de salvación brillaron perfectos en obra en esta vida, pero disfrutaron de la luz de la contemplación en parte, de donde también dicen: "Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será abolido". De esta manera hizo diez bases, de una sola fundición y medida, y con una escultura similar. También hizo diez lavabos de bronce (I Cor. XIII). Por qué se hicieron las bases, y tantos lavabos sobre ellas, ya se ha dicho. Pero que la fundición, la medida y la escultura de todas las bases y lavabos fueran iguales, no se hizo en el sentido de que los méritos de todos los doctores puedan ser iguales; sino más bien en el sentido de que una es la fe del Evangelio, en la que son instruidos, uno es el sacramento del bautismo, en el que son lavados, y uno y el mismo Espíritu es el que consagra a todos los elegidos, aunque tienen diferentes dones en el mismo Espíritu, que distribuye a cada uno como quiere.

Un lavabo contenía cuarenta batos. El número cuarenta suele representar un tipo de gran perfección, porque cuatro veces diez hacen cuarenta. Diez son los mandamientos en los que se ha fijado toda nuestra operación en la ley divina; y cuatro son los libros de los Evangelios, en los que a través de la dispensación de la encarnación del Señor se nos ha abierto la entrada a la patria celestial. Y porque todos los que pertenecen al misterio del sagrado bautismo deben mostrar el fruto de la recta operación con la fe y los sacramentos del Evangelio, adecuadamente cada lavabo, en el que se lavaban los holocaustos, contenía cuarenta batos. Lo que sigue: "Y era de cuatro codos, ya sea en altura o en anchura", el entendimiento del misterio está a la vista. Pues un lavabo era de cuatro codos, ya sea por los libros del santo Evangelio, en los que se nos ha fijado la forma del bautismo; o por las cuatro virtudes cardinales, en las que cada fiel, si no es en vano fiel, debe ser instruido; o ciertamente por las cuatro regiones del mundo, a las que se ministra el baño de la salvación, diciendo el Salmista: "A los que redimió de la mano del enemigo, los reunió de las regiones, del oriente y del occidente, del norte y del mar" (Salmo LXXVII). Lo que dijo antes: "Y tenía un codo y medio", y no añadió si se refería a la altura o a la amplitud, parece que quiso que se entendiera que el fondo del mismo lavabo era de una amplitud de un codo. Esto se puede inferir fácilmente de la medida de la base en la que estaba colocado cada lavabo, que se describe así: "En la parte superior de la base había una cierta redondez de un codo y medio, hecha de tal manera que el lavabo pudiera ser colocado encima". Por lo tanto, la anchura del fondo en los lavabos era de un codo y medio, pero la capacidad de los lavabos era de cuatro codos. Pero si se refiere a la altura, a la longitud, o a ambas, ¿quién lo sabe? Y colocó diez bases, cinco a la derecha del templo, cinco a la izquierda.

La parte derecha del templo y la izquierda no se refieren al interior del templo mismo, sino al frente del templo hacia el este, es decir, en el atrio interior, que propiamente se llamaba de los sacerdotes. Colocó cinco a la derecha del templo por los judíos, que solían usar el Sol de justicia para la enseñanza de la ley desde la antigüedad; y cinco a la izquierda por nosotros, que con corazón ciego por más tiempo nos adheríamos a la servidumbre de aquel que dijo: "Pondré mi trono al norte", lo cual es decir abiertamente: "Deseo descansar en aquellos corazones que considero ajenos a la luz de la verdad y a la llama de la caridad divina".

Colocó el mar a la derecha del templo, hacia el este al sur. Y esto se colocó en el mismo atrio hacia el este. Lo que dice: "A la derecha del templo", es lo que repite diciendo "Al sur". Pues al entrar al atrio desde el este, primero se debía desviar al sur, donde el mar estaba en la misma esquina, preparado para que los sacerdotes se lavaran; luego, al avanzar hacia adentro, se encontraban las pilas para lavar las ofrendas, colocadas a ambos lados; dentro de estas había una base de bronce de cinco codos de longitud, cinco codos de ancho y tres codos de altura, en la cual Salomón dedicó el templo; luego, al avanzar más, se encontraba el altar de los holocaustos hacia el sur del atrio; luego el pórtico del templo o vestíbulo, en el cual había columnas de bronce alrededor de la puerta del templo. Por lo tanto, el mar colocado a la derecha del templo significa que debemos llegar al reino celestial a través del lavacro del bautismo, que con razón se figura con el término de la derecha. Porque quien crea y sea bautizado, será salvo. Pues donde la derecha y la izquierda se toman en buen sentido, ya sea Judea y la gentilidad, como dijimos en la exposición de las bases arriba; o la vida presente de la Iglesia y la futura, o la alegría de los santos y la tristeza, o algo similar; pero donde la derecha se pone absolutamente en buen sentido, a menudo demuestra los gozos eternos. Que el mar se colocara hacia el este, se refiere casi al mismo significado, que a través del lavacro de la fuente sagrada se nos abre el esplendor de la claridad interna. Que al lado sur del atrio, significa que los fieles, por la recepción del Espíritu Santo, suelen encenderse en el fervor de la verdadera caridad. Pues el fervor del sol meridiano suele significar en las Escrituras el ardor del amor y la iluminación del Espíritu Santo, por el cual el mismo amor se difunde en los corazones de los elegidos.

CAPÍTULO XXI. Que en la región del Jordán se hicieron los vasos de la casa del Señor.

Todos los vasos... eran de bronce, etc. Apropiadamente en la región del Jordán se fundieron los vasos de la casa del Señor, en el cual río nuestro Señor se dignó ser bautizado, y al ser sumergido en sus aguas, convirtió el elemento del agua para nosotros en la ablución de los pecados, porque todo bautismo de los fieles, por el cual se consagran al Señor, se celebra en ejemplo de aquel bautismo con el cual Él mismo santificó las aguas. Correctamente en la región del Jordán se hicieron los vasos de la casa del Señor. Pues no podemos ser de otra manera vasos de elección y misericordia, a menos que mirando al bautismo que Él sufrió en ese río, también nosotros nos esforcemos por ser lavados en el río vital. Sin embargo, es de notar que no solo en la región del Jordán, sino también en la región llana de la misma se dice que se hicieron esos vasos; significando la multiplicación de los fieles, que no solo en Judea, sino también en la amplitud de todas las naciones iba a ser futura, cumplida la profecía que dice: "Se alegrarán los campos, y todo lo que hay en ellos" (Salmo XCV). A lo cual es similar esto, que el mismo Salmista sobre el misterio de la encarnación del Señor, de la cual vinieron a la fe, dice: "He aquí, la oímos en Efrata, la encontramos en los campos del bosque". Pues oímos en Efrata, es decir, en Belén los misterios del Señor, porque fue revelado por los profetas sobre la Virgen, que era de esa misma ciudad, que de su fruto del vientre Cristo vendría en la carne. La encontramos en los campos del bosque, porque revelada en la amplitud de las naciones por el mundo, nosotros la conocimos, nosotros la vimos, nosotros nos hicimos partícipes. Por lo tanto, el rey fundió los vasos de la casa del Señor en la región llana del Jordán, porque el Señor llenó el bautismo de salvación, del cual haría vasos de misericordia, por toda la amplitud del mundo. Pero la tierra arcillosa, de la cual se hicieron los moldes para fundir los vasos de la casa del Señor, ¿qué mejor que la Escritura sagrada, de la cual recibimos la regla para vivir bien, puede ser entendida? Pues así como la arcilla endurecida por el fuego exhibe la forma de los vasos del Señor, cuántos y de qué tipo deben ser hechos, cuando la Escritura nos muestra la regla de justicia que debemos seguir, y nos prefigura los ejemplos de los santos, que en el fuego de las tribulaciones permanecieron

invencibles, en todo a seguir. Si deseamos ser vasos elegidos y preciosos en la casa del Señor, así como el bronce derretido por el fuego entra en los moldes de arcilla, para que el vaso pueda ser apto para los ministerios celestiales, así también nosotros, humildemente y suavizados por la llama de la caridad divina o incluso de la adversidad humana, entramos en el camino de los padres haciendo el bien, para que corriendo bien lleguemos a las recompensas de los padres. Pues no siempre es necesario que nos adaptemos a las reglas de la buena operación, sino que completada la buena operación, se debe esperar la palma de la retribución bienaventurada, porque ni siempre los vasos estaban encerrados en los moldes de arcilla, sino que cuando llegaban a la perfección, rotos los cierres de los moldes, eran llevados a la luz, y en el templo del Señor se disponían cada uno en sus lugares. Esto decimos, no porque las obras de los santos vayan a perecer alguna vez, sino porque cuando reciban la corona de justicia, que merecieron obrando bien, cesarán ya todos los oficios de la operación laboriosa. Pues ¿quién en aquella vida sufrirá martirio por la fe de Cristo, donde, expulsados los adversarios, todos los elegidos se alegran en la presencia de Cristo (Apoc. VII)? ¿Quién allí sepultará a un muerto, donde solo es tierra de vivientes? ¿Quién consolará al que llora, donde Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los santos? ¿Quién allí abrirá la casa al peregrino y al huésped, donde todos los elegidos tienen una morada de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos? ¿Quién me llevará allí pan al hambriento, o bebida al sediento, donde el Señor me pastoreará, y nada me faltará? Rotos, pues, los moldes de los vasos que antes eran necesarios, los mismos vasos ya resplandecen espléndidos en la casa del Señor, porque cesando al final del siglo no solo las persecuciones, que sufren por la justicia, sino también las laboriosas obras de justicia a las que los elegidos se esfuerzan voluntariamente por la bienaventuranza eterna, se alegrarán solo con la visión de su Creador en la claridad de la inmortalidad.

CAPÍTULO XXII. Del altar de ambos.

Y Salomón hizo todos los vasos en la casa del Señor, etc. El altar de oro significa los corazones de los justos perfectos, resplandecientes con la luz de la claridad interna y la castidad, cuya sublimidad también conviene al lugar de ese mismo altar. Pues estaba ante la puerta del santo de los santos, como leemos claramente en la construcción del tabernáculo. En el cual altar no se quemaba la sangre de las víctimas, ni libaciones, sino solo incienso, cuyo humo ascendiendo a las alturas cubría el arca, y llenaba el oráculo con el olor de suavidad. En el cual expresaba la figura de los santos, que, al descuidar las codicias temporales, buscan con toda intención las celestiales, como si estuvieran dentro en la vecindad del oráculo, y no están lejos del velo, que separa el templo y el santo de los santos. Que solo con el cuerpo habitan la tierra, pero según el hombre interior tienen toda su conversación en los cielos. Y el humo del incienso sube de este altar dentro del santo de los santos, donde está el arca escondida, cuando las oraciones de los santos, excitadas por la llama de la caridad, llegan hasta el cielo, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Pues en este altar no se quemaba la sangre de las víctimas, sino solo incienso, porque tales hombres no tienen obras de carne y sangre, que inmolan al Señor en el altar de su corazón, sino que solo le ofrecen votos de lágrimas y oración, por el deseo del reino celestial. Pero porque nadie se hace sumo de repente, sino que se asciende al deseo celestial por la oblación de las voluptuosidades carnales con mente solícita, la Escritura no omitió poner en la mística construcción de la casa del Señor también la figura de aquellos que aún trabajan por incendiar las concupiscencias carnales en ellos, que militan contra el alma, con la llama del trabajo superior, para que, extirpadas estas de su corazón o cuerpo, puedan consecuentemente ascender a mayores cosas, y ofrecer a Dios los inciensos espirituales de oración y compunción. Pues se hizo otro altar para ofrecer víctimas, mucho más grande, pero cuanto

más sobresaliente en magnitud, tanto inferior en el sitio del lugar y en la especie del metal. Pues estaba hecho de bronce, y colocado ante las puertas del templo. En el cual ciertamente están figurativamente expresados aquellos que sirven al Señor con tal devoción, que su carne aún concupisca contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne (Rom. VII), y suelen decir: "Porque con la mente servimos a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado". Que cuando se esfuerzan por domar los incentivos de la carne, restringir los flujos de la lujuria, con frecuentes ayunos y oraciones, vigiliias y limosnas, y los demás frutos del Espíritu, para acceder dignamente a la castidad en tranquilidad ante Dios, ¿qué sino que inmolan al Señor la víctima de su devoción, cumpliendo aquello del Apóstol, que nos exhorta por la misericordia de Dios, a que presentemos nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Rom. XII)? Que porque arden con el fervor del amor espiritual, pero aún no sobresalen en el triunfo de la concupiscencia carnal vencida, el altar del holocausto tiene fuego sagrado del cielo, pero muestra la apariencia de bronce, y no de oro. Pero porque son más en la santa Iglesia los carnales que los espirituales, más los que refrenan las seducciones de los vicios que los que, superada y apagada la lucha de los vicios, se alegran de la seguridad de las virtudes adquiridas, con razón se afirmaba que el altar del holocausto era mucho más grande que el altar del incienso. Pues está escrito de él en el libro de las Crónicas: "Y hizo el altar de bronce de veinte codos de longitud, y veinte codos de anchura, y diez codos de altura" (II Crón. IV). Y ciertamente el altar del incienso Moisés lo hizo en el desierto, teniendo un codo de longitud, y otro de anchura, y dos codos de altura. Pero de qué magnitud hizo este Salomón, la Escritura no lo dice, sino que solo se dice que hizo el altar de oro. Sin embargo, está claro que no pudo hacerlo tan grande como hizo el del holocausto, porque si se hubiera hecho de veinte codos de longitud, llenaría toda la anchura del templo. Cuanto más lejos estaba colocado el altar del holocausto que el del incienso, y cuanto más inferior fue en el género de la oblación y en la vileza del metal, tanto más sobresalía en la cantidad de la medida y en la frecuencia de las ofrendas, porque ciertamente son muchos más a quienes se dice: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos", que a quienes les agrada escuchar: "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres" (Mat. XIX). Sin embargo, la medida de este altar no carece de razón mística y número. Pues tiene veinte codos de longitud, y otros tantos codos de anchura, y diez codos de altura, de lo cual ciertamente hablamos del número en la exposición del templo y su vestíbulo. Pero también ahora se debe decir brevemente que el altar del holocausto tiene el tipo de los elegidos en la Iglesia, que buscan consagrar su cuerpo y alma a Dios por el fuego de su amor; la perseverancia de estos en la buena obra se figura por la longitud del altar, la amplitud en la caridad de Dios y del prójimo por la anchura, la esperanza en la expectativa de la visión divina por la altura. Que la longitud y la anchura del altar fueran de veinte codos, ciertamente designa la gran perfección de esa misma longanimidad incansable y sincera dilección, que se nos otorga por la observancia de ambos Testamentos. Pues cuatro veces cinco completan el número veinte. Cinco son los libros de la ley mosaica, cuatro son de la libertad evangélica. Y cuando llegamos a la inteligencia y custodia espiritual de la ley iluminados por la gracia del Evangelio, ciertamente completamos el número veinte. Y se hace el mismo número veinte en la longitud y anchura del altar, cuando los corazones de los elegidos, enseñados por ambos Testamentos, y ayudados por el mismo autor de ambos Testamentos, también guardan la perseverancia en la buena obra incluso en las persecuciones, y muestran la alegría de la dilección hacia los que los persiguen. Pero el número diez suele designar la esperanza de las recompensas celestiales, afirmando el Señor, cuando testifica que los que trabajaban en la viña del gran padre de familia serán remunerados con un denario (Mat. XX). Y con razón por este número se figura la recompensa eterna, en la cual nuestra naturaleza, y en la eternidad se une a la visión divina, porque en ese número místico se designa a la vez la naturaleza divina y humana, pues Dios es trinidad. Pero el hombre se comprende en el número siete; en el

número cuatro por el cuerpo, que consiste en cuatro elementos; en el número tres por la triple diferencia del hombre interior que la santa Escritura nos muestra, cuando nos manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza. Por lo cual en el decálogo de la ley hay tres mandamientos, que nos excitan al culto del amor divino, siete que encomiendan la dilección del prójimo. Quienes guardan el Decálogo en el amor de Dios y del prójimo, justamente perciben la recompensa de esta custodia en la visión de Dios y del prójimo. Quienes en esta vida aman al prójimo que ven, y a Dios que no ven, en la vida futura verán a Dios rey en su hermosura, y al prójimo glorificado y adornado. Y por eso el altar que se hizo en figura de los elegidos, para significar su vida perpetua, era de diez codos de altura. Cuando se dijo que Salomón hizo el altar de oro, se añadió inmediatamente: "Y la mesa, sobre la cual se pondrían los panes de la proposición, de oro". La mesa de oro es la Escritura sagrada fecunda en la claridad de la inteligencia espiritual; de la cual el Salmista al Señor: "Preparaste (dice) en mi presencia una mesa, contra los que me tribulan" (Salmo XXII). Para que no nos inclinen a error los adversarios que nos tribulan, nuestro Creador nos preparó una mesa de ciencia celestial, por la cual nos confortamos en la fe de la verdad. Pues los panes de la proposición son los santos doctores, cuyas obras o palabras saludables, propuestas como ejemplo de vida, siempre en las páginas divinas quien bien busca encuentra. Por lo cual también apropiadamente esos panes en Éxodo se mandaron hacer doce, a saber, por los doce apóstoles, por cuyo ministerio se compuso la Escritura del Nuevo Testamento, y se revelaron los misterios del Antiguo Instrumento, por don del Señor (Éxodo XXV). En cuyo número no solo se designan esos apóstoles, sino también todos los que predicando la palabra ministran el alimento de vida a los fieles, porque todos ciertamente siguen la misma forma de doctrina, que los apóstoles recibieron del Señor. Leemos además de estos panes en Éxodo, que por cada sábado debían ser cambiados y nuevos por los viejos en la mesa del Señor propuestos, y siempre se mandaron preparar de una misma medida y forma. De todas estas cosas el sentido místico de la interna refección resplandece más claro que la luz. Pues quitados los viejos, se restituyen nuevos panes, cuando, asumidos de esta vida algunos de los doctores fieles, la santa Iglesia ordena a otros en su lugar. Y esto no sino en el día del sábado, porque quien haya peleado el buen combate, haya acabado la carrera, haya guardado la fe, en el tiempo de su disolución entrará en el descanso de la bienaventuranza perenne. Siempre se hacían panes de una medida, y no dispares, porque ciertamente una y la misma es la forma de la verdad y la fe, que primero los apóstoles mostraban a sus oyentes, y luego sus sucesores, y todos hasta el fin del siglo los piadosos doctores en las iglesias de Cristo por el mundo no cesan de predicar.

CAPÍTULO XXIII. De las diez mesas de oro.

Lo que leemos en las palabras de los días, que Salomón hizo diez mesas y las colocó en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, también cien copas de oro, es creíble que no fueron hechas tanto para los panes de la proposición, sino para los vasos del Señor; las copas, evidentemente, que la Escritura refiere que fueron hechas igualmente; los incensarios, los turíbulo y otras cosas que se leen en lo siguiente. Pues lo que poco después se añade en el mismo volumen de palabras: "E hizo todos los vasos de la casa del Señor, y el altar de bronce, y las mesas, y sobre ellas los panes de la proposición", o bien puso el plural por el singular, un uso muy común en las Escrituras; como en Josué: "Pero los hijos de Israel prevaricaron el mandato, y tomaron del anatema" (Jos. VII), cuando solo Acán, y no muchos hijos de Israel, lo hicieron, o ciertamente porque los panes de la proposición solían cocinarse antes del sábado, para que en el sábado pudieran colocarse inmediatamente en la mesa de la proposición; pudo suceder que los panes recién cocidos se colocaran inmediatamente en esas mesas, y allí se guardaran cubiertos esa noche, hasta que por la mañana, al retirar los viejos,

se colocaran calientes sobre la mesa de la proposición. Sin embargo, estas diez mesas no difieren de la figura de una sola mesa de la proposición. Pues así como la mesa cargada con doce panes designa la concordia unánime de toda la Escritura, fortalecida por la autoridad apostólica; así, no sin razón, las diez mesas de oro anuncian figurativamente las palabras de la ley divina y de los profetas, que nos ofrecen la refección de la palabra de Dios, como los panes de la proposición, o nos proponen los ejemplos de los fieles, como los vasos del Señor colocados en ellas, la claridad y los milagros del Señor. Y correctamente son mesas cinco a la derecha y cinco a la izquierda, no solo porque el legislador escribió cinco volúmenes, sino también porque toda la serie del Antiguo Testamento abarca cinco edades del mundo. Además, el número de mesas se duplica, y se colocan cinco a la derecha y cinco a la izquierda, cuando después de la Encarnación del Señor, la misma Escritura se confía tanto al pueblo de Dios, judío y gentil, o se muestra llena de figuras evangélicas, que antes se pensaba que solo debían entenderse literalmente por el antiguo pueblo de Dios. Pues cuando leemos en la Sagrada Escritura, por ejemplo, a Abel coronado con el martirio, a Enoc trasladado del mundo, a Noé salvado milagrosamente mientras el mundo perecía, a Lot hospitalario recompensado sublimemente tras la exterminación de los impíos, a Abraham constituido padre de todas las naciones por el mérito de la obediencia, a José, tras la venta, asumido como ejemplo de virtud por el mérito de la castidad e inocencia; ¿qué son las cinco mesas de oro, o los vasos del Señor, o los panes de la proposición aún en el lado izquierdo del templo, sino que las letras divinas, según el sentido histórico, nos abren la puerta tanto para vivir rectamente como para esperar las recompensas eternas del Señor? Pero cuando las entendemos más profundamente, o vemos que suenan la dispensación de la Encarnación del Señor o cualquier otro sacramento de la santa Iglesia, encontramos como otras cinco mesas para llevar los vasos de elección y el alimento de la vida espiritual en el lado derecho del templo, porque las mismas palabras de la historia sagrada nos abren completamente un nuevo resplandor de sabiduría celestial, nuevos sentidos de los antiguos; en cuya figura ciertamente también se hicieron cinco candelabros en el templo. Pues cuando la Escritura dijo que el rey Salomón hizo la mesa sobre la cual se colocarían los panes de la proposición, de oro, añadió subsecuentemente, y dijo:

CAPÍTULO XXXIV. De los diez candelabros.

Y los candelabros de oro cinco, etc. Estas mesas se colocan correctamente como un tipo de la Sagrada Escritura, porque ministran el pan de la palabra a los que tienen hambre de justicia, y llevan los vasos del ministerio celestial, es decir, nos proponen los actos de los justos como ejemplo; así también, muy adecuadamente, los mismos divinos discursos se figuran por los candelabros, evidentemente porque ofrecen la luz de la sabiduría a los errantes. De aquí el Salmista: "Lámpara es a mis pies tu palabra" (Sal. CXVIII), etc. De aquí también Salomón dice: "Porque el mandamiento es lámpara, y la ley es luz" (Prov. VI). ¿Por qué, entonces, se colocan cinco a la derecha y cinco a la izquierda los candelabros? Esto se hace evidente por lo que hemos tratado sobre las mesas. Cuando dijo: "Cinco a la derecha y cinco a la izquierda", se añade convenientemente: "Frente al oráculo". Pues el oráculo, donde estaba el arca, como se ha dicho a menudo, designa el acceso a la patria celestial, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, consciente de los secretos paternos. O los candelabros de oro del templo están colocados frente al oráculo, porque los divinos discursos siempre miran hacia la morada de la ciudad celestial, para infundir en nuestros corazones su conocimiento y deseo, y encender a aquellos que tienen su origen carnal en la tierra para desear y merecer una sede perpetua en los cielos. Hay quienes piensan que lo que se dice de los candelabros, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, debe entenderse de esta manera, que cinco estaban a la derecha de aquel candelabro que hizo Moisés en el desierto, y cinco a la izquierda, ambos

en el lado meridional, donde se ordenó que estuviera el único candelabro que hizo Moisés. Lo mismo entienden del orden de las diez mesas, que todas estaban colocadas en el lado septentrional, pero cinco a la derecha de aquella mesa mosaica, y cinco a la izquierda. Sin embargo, si consideras las palabras de la Sagrada Escritura, donde se dice: "Y los candelabros de oro cinco a la derecha y cinco a la izquierda frente al oráculo", queda claro, si no me equivoco, que ambos están colocados a lo largo de cada lado del templo. Pues si todos los candelabros estuvieran colocados a lo largo del lado sur del templo, no se diría que están frente al oráculo, sino más bien frente al norte, o frente a las mesas, o incluso en las mesas donde estaban; lo que se dijo en Éxodo, de aquel único candelabro en el tabernáculo del testimonio, frente a la mesa, en la parte sur (Éxodo XXV); y también en el libro de los Números: "Cuando pongas las siete lámparas frente a esa parte, donde el candelabro debía iluminar" (Núm. VIII). De cada lado del templo había candelabros, de cada lado había mesas, porque la divina Escritura fue compuesta para la iluminación y refección de ambos pueblos de Dios, que nos consuela en las cosas prósperas y adversas, tristes y alegres que vienen o suceden, para que no desfallezcamos, y nos ilumina para que no permanezcamos ciegos. También propone los vasos de misericordia colocados sobre ella, es decir, las obras de los justos escritas en ella, para que también nosotros nos confortemos en la acción de la justicia. Si preguntas qué diferencia hay típicamente entre los candelabros y sus lámparas, podemos entender correctamente que las lámparas son los hombres santos, que, llenos del aceite del Espíritu Santo, arden con el fuego del amor en el corazón y ofrecen la luz del conocimiento a los prójimos con la lengua. Los candelabros, que elevan estas lámparas a lo alto para que puedan ser vistas de lejos y ampliamente en la Iglesia, son la Sagrada Escritura, que nos muestra las virtudes y la doctrina de los santos con su lectura; a esta interpretación asiente la palabra del Señor, donde se dice de Juan: "Él era una lámpara ardiente y luminosa" (Juan V). También podemos decir muy adecuadamente que las lámparas son los divinos discursos, según lo que el Salmista dice, que también hemos citado antes: "Lámpara es a mis pies tu palabra" (Sal. CXVIII). Los candelabros de estas lámparas son todos los santos, que siempre con humilde intención someten sus corazones y cuerpos a llevar los mandamientos del Señor. Pues quien en nada se preocupa por seguir su propia voluntad, sino que en todo lo que dice la Sagrada Escritura atiende, y se esfuerza por someterse a sus mandatos, escuchar sus promesas, como un candelabro de la casa de Dios de oro lleva sus lámparas de oro, porque se esfuerza por someter los castos miembros de su cuerpo a las castas meditaciones de su mente para hacer lo que Dios manda. Y esto con una intención tan fija como un candelabro, es necesario mantener firmemente erguido hacia lo alto, para conservar las lámparas colocadas sobre él no solo sin caída, sino también sin ningún cambio en su estado. Pero cuando dijo: "Y los candelabros de oro cinco a la derecha y cinco a la izquierda frente al oráculo de oro puro", añadió: "Y como flores de lirio, y lámparas de oro encima", parece según la letra, que la parte superior de los candelabros está deformada en forma de lirio extendido, lo que se lee que se hizo en el candelabro del tabernáculo, cuyo tallo medio y los brazos que de él proceden con copas y esferas, se escriben que tenían muchos lirios. Las flores de lirio, como se ha dicho a menudo, designan la amenidad de la tierra siempre verde de los vivos. De la cual dice el bienaventurado Pedro, que hemos sido regenerados por el Señor en una esperanza viva en una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos. Y bien, las flores de lirio de oro en el candelabro de la casa del Señor, porque la divina Escritura, despreciando los gozos temporales, nos acostumbra a provocar a desear los bienes de la patria celestial. Y así como el candelabro erguido en altura tiene flores de lirio y lámparas de oro en la cima, así todos los elegidos que están contenidos en la misma Sagrada Escritura, con el sentido erguido hacia lo alto, se prueban que han buscado y recibido del Señor los bienes celestiales. Hemos hablado más plenamente de la mesa y el candelabro, y de ambos altares, y de la base de la casa del Señor, en los libros que escribimos sobre la construcción del

tabernáculo y el hábito sacerdotal. Si alguien, por tanto, desea saber según la capacidad de nuestro sentido, nacida de la tradición de los padres, sobre estas cosas, que lo busque en esa obra. Sigue:

CAPÍTULO XXV. De los goznes de las puertas y la perfección de la obra de la casa del Señor.

Y los goznes de las puertas de la casa del Señor, etc. Si las puertas de la casa interior del santo de los santos son los misterios angélicos, que nos abren el acceso a la vida celestial cuando salimos del cuerpo, y las puertas de la casa del templo son los santos doctores y sacerdotes, que instruyendo, bautizando, comunicando los misterios del cuerpo y sangre del Señor, nos abren las primeras luces de la iglesia presente, ¿qué son los goznes de ambas puertas, sino los sentidos y corazones de los mismos ángeles o santos, que se adhieren inamoviblemente a la contemplación y amor de su Creador, para que cumplan correctamente el ministerio divinamente delegado a ellos, porque nunca apartan sus ojos de la voluntad de aquel a quien sirven? Por tanto, las puertas se abren y cierran en el tiempo adecuado, pero nunca abandonan su gozne, porque tanto los ángeles como los hombres santos, ya sea que reciban a los fieles y elegidos en esta vida de fe o en aquella de visión, siempre mantienen su ánimo fijo en la raíz del amor interno. Por lo cual, bien se dice que estos goznes están hechos de oro, por el mérito de su propia claridad.

Y perfeccionó toda la obra, etc. Salomón perfecciona la obra que hacía en la casa del Señor, cuando nuestro Rey pacífico en el último día glorifica a todos los elegidos con la inmortalidad de la resurrección. De lo contrario, mientras se lleva a cabo el estado de este siglo, Salomón ciertamente hace la obra de la casa del Señor, pero aún no la perfecciona, porque el Señor inspira y ayuda a los corazones de los elegidos para que obren bien; sin embargo, no concede que ninguno que habite en esta vida esté sin pecado, pues este don lo reserva para la bienaventuranza de la vida futura. Pero verdaderamente perfecciona toda la obra de su templo, y lo hace apto para la dedicación, cuando lleva a los elegidos trasladados de esta vida a su reino eterno. Lo cual se significa bien también en esto, que el templo fue construido en siete años, pero en el octavo fue perfeccionado y dedicado. Pues en siete días se desarrolla todo este tiempo. El octavo es el día del juicio y de la futura resurrección, de la cual están titulados el sexto y el undécimo salmo; a este tiempo conviene adecuadamente lo que sigue:

E introdujo lo que había sacrificado su padre David, etc. La plata, pues, se refiere al brillo de la elocuencia; el oro, al esplendor de la sabiduría; los vasos, en general, a la criatura racional. Y David, padre de Salomón, santifica la plata, cuando Dios Padre fortalece con la gracia del Espíritu Santo a los elocuentes para hablar la palabra del Evangelio; santifica el oro, cuando ilumina a los dotados de ingenio natural, llenándolos de su Espíritu, para considerar las maravillas en su ley; santifica también los vasos, cuando a todos los hijos de la Iglesia en general, otorgándoles la misma gracia del Espíritu, los inflama para amar y desear los dones de la salvación perpetua. Pero esta plata, este oro, estos vasos santificados, Salomón los introduce en el templo, cuando nuestro Señor, tras el juicio universal, introduce a todos los elegidos, tanto los doctores como el resto de la comunidad de fieles, en el gozo del reino celestial: y coloca los vasos de diverso género, de plata o de oro, en los tesoros de la casa del Señor, cuando a aquellos que han merecido disfrutar de la multitud de su dulzura, los esconde en el secreto de su rostro de la perturbación de los hombres. Y adecuadamente hay muchos tesoros en los que se guardan los vasos de elección, pero una sola casa del Señor en la que se han hecho esos tesoros, porque también hay una sola Iglesia, en la que se contienen todos los elegidos, por mucho que difieran en méritos: y es una y no diversa aquella patria celestial que

se promete a todos los elegidos, aunque, así como una estrella difiere de otra en claridad, así también la resurrección de los muertos. Lo cual, el mismo juez y distribuidor de premios, el Señor, demostró con una sola sentencia, cuando dijo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas". Por tanto, Salomón hizo una sola casa del Señor, pero preparó muchos tesoros en ella para recibir los vasos de diverso género, sin embargo, santificados con una sola bendición; la cual, ciertamente, la casa del Padre no hecha por manos es eterna en los cielos, pero hay muchas moradas en ella, para recibir a todos los que le temen y aman, a quienes el Señor ha bendecido, a los pequeños con los grandes. Amén.